EPISODIOS HISTÓRICOS DE ESPAÑA

DE

RICARDO DE LA CIERVA

1956/72

LA TRANSFORMACIÓN DE ESPAÑA

Lectulandia

«En 1956, la nueva generación de españoles de la que Franco habló unos meses antes irrumpía desde la Universidad en la vida de la nación, sobre todo en Madrid y Barcelona. Su actuación producirá lo que denomina uno de sus protagonistas, Enrique Múgica Herzog, comunista entonces, “el punto de inflexión del franquismo”. Esa generación no era sólo universitaria, ni sólo rebelde. Formaban en ella también otros españoles que iniciaban sus estudios superiores o se incorporaban a la vida laboral y profesional en una España que iba a ofrecerles trabajo y camino. Es lógico que muchos políticos de la transición magnifiquen su aparición pública y exageren su importancia, que fue grande pero no única. La rebelión de los estudiantes universitarios fue prevista, y quizá bienvenida, por el régimen, cuya nueva línea directriz —la tecnocracia en torno a Luis Carrero Blanco— la supo aprovechar a fondo para eliminar al falangismo franquista de Fernández-Cuesta y Arrese y al aperturismo liberal, cristiano y falangista del equipo Ruiz-Giménez, para dar paso a la línea Carrero, que sería la dominante hasta la muerte del almirante en 1973».

Lectulandia

Ricardo de la Cierva

La transformación de España

Episodios históricos de España - 48

ePub r1.0
Titivillus 16.12.2018

Título original: *La transformación de España*
Ricardo de la Cierva, 1997

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

La rebelión de la Universidad

En el año 1956, la nueva generación de españoles que Franco había detectado en su mensaje de finales de 1955 irrumpía desde la Universidad en la vida de la nación, sobre todo en Madrid y en Barcelona. Su actuación producirá lo que denomina uno de sus protagonistas, Enrique Múgica Herzog, comunista entonces, «el punto de inflexión del franquismo». Pero no sólo en el sentido indicado por Múgica, sino en otro mucho más amplio. Porque esa generación no era sólo universitaria, ni sólo rebelde. Formaban en ella también otros españoles jóvenes que iniciaban sus estudios superiores o se incorporaban ya a la vida laboral y profesional en una España que iba a ofrecerles casi siempre trabajo y camino.

Es lógico que muchos políticos de la transición magnifiquen su aparición pública y exageren su importancia, que fue grande pero no única. La rebelión de los estudiantes universitarios fue prevista, y quizá bienvenida, por el régimen, cuya nueva línea directriz —la tecnocracia en torno a Luis Carrero Blanco— la supo aprovechar a fondo para eliminar al falangismo franquista de Fernández Cuesta y Arrese y al aperturismo liberal, cristiano y falangista del equipo Ruiz-Giménez, para dar paso a la línea Carrero, que sería la dominante hasta la muerte del almirante en 1973.

En esta línea Carrero actúa en dos frentes muy vinculados entre sí y muy condicionados por la presencia decisiva de hombres del Opus Dei en cada uno. Primero, el frente económico, formado por los ministros de Hacienda y de Comercio en la crisis de 1957; segundo, el frente político articulado por Laureano López Rodó, que se incorpora de lleno al equipo Carrero en 1956; en rigor, él es quien crea ese equipo y prepara los caminos para el acceso de los expertos económicos mientras establece contacto con la «Operación Ruiseñada» (apoyada por Rafael Calvo Serer intensamente) y trata de controlar la naciente Casa del Príncipe Juan Carlos, situando en ella peones de toda confianza. De esta forma se afianzará la Operación Príncipe en el seno del franquismo, iniciada al principio de los años cincuenta y confirmada tras la entrevista de Las Cabezas a fines de 1954, dirigida por el almirante Carrero y titulada gráficamente por López Rodó «la larga marcha hacia la monarquía», título de su libro, que es el más informativo e importante sobre tan esencial episodio de la historia española.

Entre convulsiones del mundo —la crisis de Suez, la invasión soviética de Hungría—, se inscribirán las agitaciones de 1956 en España. Las dos líneas dominantes en la política del régimen, la Falange franquista representada por Fernández Cuesta, ya ajada, y el aperturismo cristiano—falangista dirigido por Ruiz

—Giménez, se agotaban frente a la resistencia reaccionaria del sistema y frente al auge de la línea Carrero. Ruiz-Giménez confesaría que sus últimos meses en el Ministerio fueron angustiosos.

El panorama interior era de una confusión creciente. José Antonio Girón, cuya estrella declinaba también, se mostraba agresivo contra los políticos de inspiración cristiana, como el nuevo obispo de Málaga, monseñor Herrera Oria. El general Aranda se quejaba amargamente a don Juan por el colaboracionismo de la causa monárquica a propósito de la estancia en España del Príncipe. Para colmo, se agravaba la situación en Marruecos, con fuertes críticas de Franco a la política del alto comisario García Valiño, por alentar a los movimientos nacionalistas que ahora se volvían también contra España. Franco llega a escribir a Eisenhower el 6 de abril de 1956 porque intuye con precisión que los Estados Unidos están propiciando la independencia de Marruecos en un año tan crítico para una y otra salida del Mediterráneo. Pero, como demostraría la crisis de Suez, la política del Mediterráneo se decidía ya fuera de Europa, por primera vez desde las guerras médicas en el siglo v antes de Cristo.

Franco, pues, participa personalmente en la orientación española ante los incontrolables acontecimientos exteriores. La sospecha, insinuada ya antes, de que Franco-Carrero trataran de manipular las agitaciones estudiantiles de 1956 para desahuciar a un sector del régimen y preparar el nuevo rumbo económico-tecnocrático, se abona por el hecho de que ya el 9 de enero de 1956, Franco Salgado conocía una encuesta del Instituto de la Opinión Pública reproducida en *L'Express,* según la cual un 85 por 100 de los estudiantes acusaba al Gobierno de inmoralidad; y consta que el Gobierno poseía información suficiente sobre la preparación de una revuelta desde finales de 1955.

En las conversaciones de Franco con su primo y secretario, hay evidencia de que aquél seguía prácticamente al día el desarrollo de los preparativos estudiantiles, y criticaba duramente, por la forma de llevar el asunto, al ministro de Educación, Ruiz-Giménez, completamente solo en el Gobierno ante la hostilidad manifiesta del ministro de la Gobernación, Blas Pérez González, y del director de la Guardia Civil, general Camilo Alonso Vega.

De los diversos testimonios que hoy nos aclaran ya definitivamente el tema de la rebelión universitaria, debemos concluir que fue, por encima de todo, una crisis interna contra el monopolio falangista del SEU, con importante cooperación, aunque no protagonismo, de estudiantes comunistas (Enrique Múgica, Javier Pradera, Ramón Tamames…) y otros que se definirían precisamente con aquel motivo como socialistas, aunque por descubrimiento interior, no por incitación del ajado PSOE del exilio, al que se fueron incorporando críticamente después. La presencia del enviado comunista Jorge Semprún, *Federico Sánchez,* en este contexto y sus pretensiones de atribuir un intenso protagonismo a la actuación de los universitarios comunistas no deben apartarnos de la conclusión anterior; los comunistas trataron de aprovecharse

del río revuelto, pero el protagonismo corrió a cargo de los hijos del régimen, orientados por Dionisio Ridruejo en su primera maniobra clara de oposición, que daría con él en la cárcel. En su informe exculpatorio de aquellos días, Ridruejo habla aún de «nuestro régimen», al que trata de reformar desde dentro, en esfuerzo paralelo con los aperturistas de Ruiz-Giménez y con talante parecido al del rector de Madrid, Laín Entralgo, a quien se debe un importante documento previo a los sucesos y que contribuye notablemente a su explicación.

La irrupción universitaria de las nuevas generaciones, bien advertida desde las alturas del régimen, desembocaba en situaciones nuevas desde el comienzo del curso 1955-56; frente al monopolio político del sindicato universitario falangista SEU, se crearán grupos activos —con cierta presencia comunista— como el Frente de Liberación Popular (FLP) y la Agrupación Socialista Universitaria (ASU), cuya principal novedad es que nacen autóctonos, con tanto recelo hacia las instituciones del régimen como hacia la pervivencia fósil de la oposición antifranquista en el exilio.

Un retoño y un tránsfuga del más puro falangismo, Miguel Sánchez Mazas Ferlosio y Dionisio Ridruejo, redactan un llamamiento para un Congreso Nacional de Estudiantes que se difunde sobre todo en la Facultad madrileña de Derecho, situada en el corazón de la ciudad, en la calle de San Bernardo. Pero, durante estas primeras semanas de un año que sería febril, las preocupaciones de Franco se centran en Marruecos, donde el 10 de enero el alto comisario Valiño y el residente general Dubois se entrevistan en Larache. El día 14 la prensa española publica una nota oficial que promete «facilitar el autogobierno de la zona por sus autoridades naturales».

Durante la primera semana de aquel febrero, menudearon los enfrentamientos en esa misma Facultad de Derecho donde, desde 1934 a 1936, los jóvenes del SEU habían luchado implacablemente contra los estudiantes de la FUE. Corren las octavillas sobre el fracaso del Congreso de Escritores Jóvenes y sobre la convocatoria, para abril, del de estudiantes. Los enfrentamientos callejeros se inician el día 7. En los titulares de la prensa del día 9 de febrero, se refleja una enorme tensión contenida, que revienta esa misma mañana.

Un nutrido grupo de estudiantes falangistas, que acababa de rendir su tradicional homenaje al primer caído del SEU durante la República, Matías Montero, sube por los bulevares madrileños y en el cruce de Alberto Aguilera con Guzmán el Bueno, junto al colegio de Areneros, choca con «grupos hostiles». Suenan unos disparos y cae gravísimamente herido el joven Miguel Álvarez Pérez, de 18 años, estudiante no universitario miembro de la centuria Fernando el Santo, del Frente de Juventudes. Aparece la Policía, que practica cincuenta detenciones. Un camarada —dicen las reseñas— empapa en sangre la camisa azul. Nunca se averiguó quién había sido el agresor. Por el testimonio de Franco Salgado, hemos sabido que Franco situó previamente toda una red de enlaces informativos por la zona de los sucesos.

El grupo agresor, que venía de San Bernardo, esgrimía palos usados en las repoblaciones del Servicio Universitario del Trabajo, muy infiltrado por estudiantes antirrégimen. Los dos ministros en entredicho —Ruiz-Giménez y Fernández Cuesta — estaban esa mañana fuera de Madrid. La bala había entrado por el parietal derecho y salió por el occipital de la víctima.

Esa misma mañana, Franco localiza a Ruiz-Giménez, que se presenta en El Pardo, donde ya está Blas Pérez. Franco no perdió nunca la serenidad en esta crisis, que pareció alegrarle.

La repercusión es enorme. Miguel Álvarez es trasladado a la Clínica de la Concepción, donde el doctor Obrador hace lo imposible por salvar su vida. Todas las autoridades, ministros incluidos, visitan repetidas veces al herido, que seguirá varios días en coma. Parece —y así lo dicen altos testigos— que de esa vida dependían muchas cosas. *Arriba* proclama en primera página del 10 de febrero: «Han vuelto a matar a Matías Montero». La Junta de Gobierno cierra la Universidad hasta el día 13. En un tremendo editorial de la misma fecha, clama el órgano de la Falange bajo el título *Los sofistas de la libertad:* «¿Qué libertad es la que predican ciertos conciliábulos de necios? Sólo queremos la democracia orgánica. Ni un manifiesto más, ni una necedad más, ni una cobardía intelectual más».

Circulan, se dice, listas negras que proceden de núcleos «duros» relacionados con un sector falangista, en las que se amenaza con graves represalias a intelectuales liberales y neoliberales, entre ellos varios falangistas del equipo Ruiz-Giménez.

Según un periodista francés, algunos generales visitan a Franco en la mañana del 10 para pedirle una intervención del Ejército que evite posibles desmanes en ese sentido; Franco quita importancia a las «listas negras», pero decide pasar a la acción y a la vez muestra una tranquila seguridad: se marcha a cazar desde el día 10 hasta el 16 nada menos, con varios ministros. El 11 de febrero la prensa publica una dura nota en la que el Gobierno anuncia que «ha acordado usar el rigor de la ley». Se proclama el estado de excepción, con la suspensión de la vigencia de los artículos 14 y 18 del Fuero de los Españoles.

Una nota de la Dirección General de Seguridad comunica la detención de diversos estudiantes y algún veterano pero todavía joven político, que sufrirán breves períodos de confinamiento. Sus nombres —Sánchez Mazas Ferlosio, Ridruejo, Tamames, Ruiz Gallardón, Múgica, Pradera y Elorriaga— evidencian que la nueva oposición ha nacido no sólo fuera, sino también dentro de las murallas familiares del régimen; hay apellidos de la más reciente y leal historia de éste entre los detenidos.

El 12 de febrero se sabe que el Consejo de Ministros ha prorrogado la suspensión de clases universitarias en Madrid hasta nueva orden; los servicios oficiales de información atribuyen la responsabilidad de los sucesos a la «infiltración comunista» y los presentan como resultado «de una lenta agresión intelectual contra los postulados del 18 de julio». Los testimonios comunistas varían: Pradera niega la cooperación del partido, que se ocupaba entonces de «vaciar el SEU»; Semprún

coincide con la tesis de Franco y subraya el protagonismo del PCE. La verdad es, seguramente, intermedia.

La crisis de 1956

El 16 de febrero se produce un relevo parcial en el Gobierno, como consecuencia evidente de los sucesos descritos; un relevo que responde a un esquema muy parecido al que motivó la decisión de Franco después del atentado de 1942 en Begoña. Cesan los ministros de Educación, Ruiz-Giménez, y del Movimiento, Raimundo Fernández-Cuesta. Sus sustitutos son Jesús Rubio García Mina y José Luis de Arrese. La trayectoria de éste —representante más genuino de la «Falange de Franco»— se conoce bien. Rubio podía presentar también credenciales políticas impecables. Catedrático de Derecho Mercantil en Madrid, estuvo refugiado, durante la guerra, en la Embajada de Chile; perteneció a la Falange clandestina del Madrid republicano y, en junio de 1939, fue nombrado secretario nacional de Educación de FET. Era, en aquel año inicial, redactor de *Arriba* y conoció bien el Ministerio durante su larga Subsecretaría en la época de Ibáñez Martín. No era, pues, como se ha repetido, un simple «técnico». Las tomas de posesión se celebran el mismo día 16. Fernández-Cuesta y Arrese pronuncian breves fórmulas. Ruiz-Giménez se despide así de sus ilusiones en el Ministerio de Educación: «Tengo que decir que con la camisa azul recorrí los campos de guerra de España y que me siento fidelísimo a lo que entraña» («interrupción —dice la reseña de prensa— por emoción y grandes y prolongados aplausos»). Muy pronto van a producirse relevos significativos en el equipo de los dos ministerios.

Los falangistas neoliberales de Educación retornarán a la vida privada, para integrarse poco a poco en una discreta oposición durante las siguientes etapas del régimen. Joaquín Ruiz-Giménez, que siempre mantendrá una personal y caballeresca lealtad al hombre que le hizo embajador y ministro, se moverá cada vez más rendidamente en la órbita política antifranquista del Vaticano, desde la cual tratará de tender puentes liberal-democráticos al marxismo; ésta es su personal concepción del diálogo para los tiempos nuevos.

El sector falangista de Arrese trata de cerrar filas en la nueva Secretaría General del Movimiento. Diego Salas Pombo es el vicesecretario, y José Antonio Girón, sin abandonar el Ministerio de Trabajo, controlará la Vicesecretaría de Obras Sociales. No resultaba fácil la tarea de Arrese, que centró sus esfuerzos en la consolidación interna de la Falange, en impedir que otros grupos amenazasen su teórico monopolio político y en recuperar su aliciente entre la juventud. Estaba demasiado próximo el incidente que promovió en plena basílica de El Escorial un ardoroso escuadrista, que increpó a las más altas jerarquías el 20 de noviembre de 1955, con ocasión de los funerales por José Antonio, en presencia del propio Franco.

Hay que reconocer que Arrese logró en parte su propósito y que el año de 1956 fue el último en que la Falange registró un movimiento importante de nuevas adhesiones. Un equipo de la Secretaría General y del Consejo del Movimiento (Luis González Vicén, José Antonio de Elola, Salas Pombo, entre otros) prepara durante todo el año, bajo la dirección efectiva del propio Arrese, una nueva serie de leyes fundamentales de carácter más político y concreto que las anteriores, cuyo alcance se resume en su libro de 1957 *Hacia una meta institucional*. El más original de los participantes es Luis González Vicén, quien propone convertir a Falange de partido único e impreciso movimiento en «sistema» que inspirase una total reorganización del Estado, con Falange como institución política básica, de forma que se confinara en sus terrenos institucionales a la Iglesia y a las Fuerzas Armadas y se asegurase, durante la vida de Franco, la pervivencia del «sistema» después de la sucesión. Fácil es de ver que el «sistema» era simplemente el fascismo. En este mismo sentido básico —mantenimiento del monopolio político en Falange y elevación de la Secretaría General a la clave del régimen—, se articulan, durante el año, los proyectos de leyes fundamentales del equipo Arrese.

Para el futuro PSOE, los sucesos de 1956 serían un vivero de renovación donde confirmaron su vocación política hombres como Francisco Bustelo, Gabriel Tortella, Luis Gómez Llórente, Miguel Boyer, Carlos Zayas y otros. Pero el viejo partido tuvo que ser asaltado desde España; ya no conectaba con las preocupaciones vitales de la oposición interior, ahogado por la eficaz represión del régimen. En Barcelona se crea por entonces un núcleo de oposición interior al régimen entre los estudiantes universitarios, nutrido, como en Madrid, por vástagos de familias derechistas, militantes desencantados de Falange y similares.

Una gran mayoría de los comentaristas y de la opinión pública designa al nuevo grupo político que aflora entonces como «los hombres del Opus Dei». Ellos y el Opus Dei lo niegan tajantemente y subrayan que su actuación es puramente a título personal y que su adscripción a la entidad fundada por Josemaría Escrivá de Balaguer es meramente personal y religiosa. No hay inconveniente en obviar la polémica con una cuidadosa selección de los términos; lo difícil es encontrar términos que reflejen la existencia de un denominador común para varios grupos, cuyos hombres, individualmente, están ligados al Opus Dei; porque esos grupos y ese denominador común, evidentemente, existen, si bien es preciso reconocer que el Opus Dei es, por encima de opciones individuales, un impulso y una asociación religiosa que respeta el pluralismo y la opción individual de sus miembros a cualquier nivel.

En 1956 puede ya advertirse con toda claridad la actuación de estos dinámicos grupos, que responden a una concepción nueva, original, del catolicismo militante. Por una parte, se acusa la del grupo ideológico-político que sigue respaldando a Rafael Calvo Serer, quien a lo largo de todo el año 1956 ocupa la más influyente tribuna periodística del país —las páginas de *ABC*—, para continuar su «teoría de la Restauración» en un sentido monárquico y caudillista a la vez. Según confesión

propia, Calvo se ha convertido ya en el principal inspirador de la «operación Ruiseñada».

El conde de Ruiseñada, enlace principal entre El Pardo y Estoril, toma una grave decisión en la agitada primavera política de 1956. Entrega al capitán general de Cataluña, Juan Bautista Sánchez, una nota resumida así por su inspirador: «Un plan gradual para poner en pie las instituciones creadas teóricamente por el régimen: libertad de expresión, tal como estaba reconocida en el Fuero de los Españoles; auténtica representación a través de libres elecciones administrativas, sindicales y profesionales; independencia del poder judicial, ante el que debía ventilarse la corrupción administrativa; libertad de asociación y de enseñanza, acorde con los principios enseñados por la Iglesia; desarrollo de la iniciativa privada en la vida económica y función subsidiaria y coordinadora del Estado». En la nota se incluía un planteamiento institucional: «Establecer la regencia de Franco, nombrar jefe de Gobierno». Los monárquicos, pues, se sitúan dentro del régimen, pero pretenden dictar a Franco el rumbo del régimen; y anticipar lo que éste realizará desde fines de la década siguiente.

Al comenzar el mes de marzo de 1956, Francia, sin contar para nada con España, reconoce solemnemente la independencia de Marruecos, con interpretación simultánea de «interdependencia» y el anuncio de que «organizará su cooperación a base de la libertad y la igualdad». España, en la estacada, calla por el momento. Unos días más tarde, el 6 de marzo, Mohamed V entra en Rabat. Se agita ahora la zona española y uno de los principales activistas del nacionalismo marroquí, Abdejalak Torres, huye de Tetuán a Tánger por el viejo camino del Fondak.

El 17 de marzo llega a El Pardo el jalifa de Tetuán; el 21 se anuncia oficialmente la visita de Mohamed V a Madrid en abril. España recalca, a partir del 27, su fórmula de «cooperación libre» frente a la «interdependencia» francesa; era un problema de palabras. Una nueva tragedia se abate sobre la familia real española: el 29 de marzo, poco después de volver de los Oficios de Jueves Santo y, mientras manipulaba una pistola junto a su hermano mayor, Juan Carlos, cae mortalmente herido en Estoril el infante don Alfonso, que a sus 15 años se preparaba para el ingreso en la Escuela Naval de Marín.

Al comenzar abril, España soluciona a trancas y barrancas su grave problema de Marruecos y logra salir de la posición desairada y del pie forzado por Francia. En la referencia del primer Consejo de Ministros del mes, se adelanta un «proyecto de declaración hispano-marroquí sobre independencia del imperio». En primera plana, la prensa lo anticipa horas antes: «El Caudillo anuncia que habrá un acuerdo pacífico en Africa del Norte… Desaparecerá en su día de la zona administrativa del Marruecos español para dar paso a la unificación e independencia marroquíes, bajo el sultán Mohamed V… La interdependencia prometida por Francia parece estar en contradicción con el estado de independencia». Mohamed V llega a El Pardo al día siguiente; el 5 se abren allí mismo las negociaciones y a las seis de la madrugada del

día 7 se firma la declaración conjunta: «España reconoce la independencia de Marruecos».

La actitud del Rey de Marruecos, que se sabía ganador con el apoyo de Estados Unidos y Francia, fue mortificante. Franco despide a su regio huésped en Barajas poco después; queda zanjado lo más grave del problema, aunque no se despejan las nubes en el horizonte común de los dos países que cierran el Mediterráneo occidental. La desaparición prevista de la zona española podía suponer, vista desde Madrid, la absorción por parte de la antigua zona francesa; pero esta perspectiva, que tan gravemente iba a repercutir sobre el antiguo protectorado español, empezaba ya a ser, como hubiera soñado Miguel Primo de Rivera antes de Alhucemas, no tanto un problema de España como un problema de Marruecos.

Más grave podría ser, en España, la repercusión sentimental y profesional en los mandos del Ejército, donde se notaron algunos movimientos inquietantes a lo largo del año. Pero los improvisados junteros de 1956 no concentraron una protesta contra el que todos reconocían como el más caracterizado de los africanistas.

Laureano López Rodó, cuya conferencia, poco antes, en Santiago, había llamado poderosamente la atención de Franco, comenta: «Como es bien sabido, los proyectos de Arrese del otoño de 1956 tropezaron con la oposición de la mayoría de los ministros y del entonces presidente de las Cortes. Ese fue el preludio del cambio de Gobierno el 25 de febrero de 1957». Uno de los consejeros nacionales que se opusieron con mayor eficacia a los proyectos de Arrese fue Alberto Martín Artajo, que emite reservadamente una constructiva crítica sobre el funcionamiento —insuficiente— de las Cortes («incumplimiento de la función política a que está llamado el órgano legislativo»); del Consejo del Reino («tampoco ha acertado a ganarse la confianza de la opinión pública»); alaba, en cambio, la adhesión conseguida por el Fuero de los Españoles y el Fuero del Trabajo; se opone a una nueva declaración de principios del Movimiento Nacional, «que huelga a estas alturas», y, sobre todo, ataca con sincera crudeza el anteproyecto de Ley Orgánica del Movimiento Nacional, «que no se conforma a los principios del derecho público cristiano…; que se aparta radicalmente de la tradición nacional y carece, por tanto, de arraigo popular… y, en fin, que por su léxico anacrónico da pretexto a que injustamente se vincule nuestro régimen a sistemas totalitarios periclitados».

La objeción principal de Artajo al proyecto Arrese se formula así: «Adjudica a perpetuidad a un grupo minoritario la representación del pueblo en las tareas del gobierno».

A esas alturas del régimen, en efecto, el proyecto Arrese pretendía convertir el populismo regeneracionista de Franco en fascismo declarado. El rechazo del proyecto probará, mejor que muchas disquisiciones, la falta de vocación fascista en la mentalidad de Franco.

Después de cuatro años de ensayos, el 28 de octubre comienza a funcionar en Madrid la primera emisora de televisión, paso inicial de un vasto y acelerado plan de

extensión nacional del poderoso *mass-medium.* Por su incalculable capacidad de sugestión popular, el Gobierno decidió desde un principio mantener a la televisión bajo su control y convertirla en medio configurador básico de opinión pública. Pero la nómina del medio se fue nutriendo por designaciones arbitrarias y recomendaciones personales que darían sorpresas sin cuento al llegar la libertad. A finales de octubre se ensombrece el panorama europeo y mediterráneo con el doble estallido en Suez y en Hungría, al que nos referíamos antes. El día 24, a la vez que se conoce la noticia del premio Nobel para Juan Ramón Jiménez, que vive entonces en Puerto Rico, los carros soviéticos ametrallan a los patriotas húngaros en las calles sublevadas de Budapest. El día 29, Israel arrolla las líneas egipcias; dos días más tarde, en movimiento que no puede eludir sospechas de sincronización, Inglaterra y Francia caen por mar y aire sobre el canal de Suez, mientras en España, fuera del tiempo, muere otro titán del 98, don Pío Baroja.

Los occidentales sufren el 3 de diciembre la tremenda humillación de un doble ultimátum aún no aclarado: la acción concertada de la URSS y los Estados Unidos les obliga a abandonar su aventura de Suez, que consagra el fin de una hegemonía europea muerta ya desde 1941, cuando lo importante para el futuro de Europa comenzaron ya a ser las decisiones de potencias exteriores. A mediados de diciembre, el ministro del Ejército, Muñoz Grandes, prohíbe al capitán general de Cataluña, Juan Bautista Sánchez, aceptar una invitación del conde de Ruiseñada para cazar en la finca del Alamín, en el valle del Alberche, donde la principal conversación no iba a ser la caza, sino el advenimiento de la monarquía previa regencia de Franco.

Esta nueva versión atenuada de la conspiración monárquica, a pesar de su escasa entidad, provocó en el ánimo de Franco un verdadero arrebato de recelos y críticas; jamás sus palabras privadas contra don Juan, y contra el propio don Juan Carlos, fueron tan duras como las que dejó escapar en 1957 y 1958. Por esos mismos días se crea en la Presidencia del Gobierno la Secretaría General Técnica encargada de la reforma administrativa y confiada a Laureano López Rodó.

Desde primeros de noviembre del año que terminaba, Franco acusaba como nunca el desgaste político de su régimen, y hasta de su propia personalidad. El 8 de noviembre, en sus conversaciones íntimas, dedica críticas a veces muy duras a sus ministros, lo que sin duda presagia para su interlocutor un cambio próximo en el Gobierno. Son particularmente incisivas las críticas contra Girón, cuyo sistema de universidades laborales es calificado por Franco como virtualmente superfluo, ante la posibilidad que tienen las clases modestas de acceder a la enseñanza superior y al mundo de las profesiones; la opinión de Franco era tal vez optimista sobre esta movilidad social.

Franco Salgado va acumulando los testimonios de Girón, de Muñoz Grandes y de Barroso, para concluir que Franco está perdiendo prestigio; su viaje a Andalucía ha tenido un ambiente cordial, pero no triunfal como antaño. Franco está políticamente incómodo; las algaradas estudiantiles de febrero le han tocado en una fibra íntima: la

adhesión de la juventud, que él identificaba con la juventud de la cruzada, y ahora, al llegar las nuevas generaciones, no quería saber nada de la misma.

Desde 1956 Franco se aferra a los principios que cristalizaron en la Guerra Civil; su ideología es cada vez más estática, como anclada en los grandes momentos del régimen. Justo cuando veía confirmada por la primera potencia material y la primera potencia espiritual del mundo —entre 1953 y 1955— su posición berroqueña, contemplaba con indignación y sorpresa que la nueva juventud española parecía inmune a las defensas del régimen. Decidió entonces aplicar la solución económica, la solución regeneracionista, e hibernar el aperturismo político que tan mal resultado daba, ante las experiencias de Ridruejo y de Ruiz-Giménez. Había sonado la hora de los tecnócratas en la historia del régimen. En cuanto a sus relaciones personales, Franco acentúa la frialdad. Sus principales colaboradores describen la congelación del ambiente personal de Franco: el silencio y la intrascendencia de sus sobremesas familiares, el desvío y la impersonalidad con que les trata.

En un consejo de ministros que se celebra por esos días, Franco evoca algunas parábolas de base histórica y envía hacia Cataluña al ministro del Ejército, Agustín Muñoz Grandes; corrieron intensos rumores sobre un extraño capítulo de la «operación Ruiseñada», en relación con el capitán general de Cataluña, Juan Bautista Sánchez. Nuevamente los adictos a la restauración y sus presuntos colaboradores militares demuestran conocer poco las convicciones del jefe del Estado. En el curso de unos ejercicios militares junto al Pirineo, un jefe del Tercio se presenta al capitán general de Cataluña para saludarle y hacerle saber que, con sus dos banderas, se encuentra allí a las órdenes directas del jefe supremo del Ejército. Nada se conoce sobre la reacción del antiguo y brillante jefe de la 5ª Brigada de Navarra, el hombre que se anticipó a todos en dar, un 16 de julio, la primera orden para la sublevación a una unidad africana junto a las Cuatro Torres de Alcalá. Una angina de pecho acaba con su vida al terminar enero; la corona que le envió Agustín Muñoz Grandes llevaba una sobria inscripción: «A un soldado honrado».

Unos días antes, el 23 de enero de 1957, Franco encarga personalmente al secretario de la Presidencia, Laureano López Rodó, la preparación de una ley sobre la reorganización administrativa del Estado.

La crisis de 1957

Franco recibe en Barajas al Rey de Marruecos, Mohamed V, el 9 de febrero y, al día siguiente, al Rey Saud de Arabia. Se concentra después en sus reflexiones hasta fin de mes, cuando las discusiones sobre la reorientación política del Estado, e incluso del régimen, van a concretarse en un espectacular y profundo cambio de Gobierno, donde se renovarán nada menos que doce carteras. Sin embargo, no conviene olvidar que la crisis va precedida, en horas, por un decreto ley —fruto de un «extenso memorial» preparado por López Rodó— que suple de momento a uno de los proyectos fundamentales presentados al Consejo Nacional —proyecto que entra por ello en vía muerta— y anticipa los rasgos más esenciales de lo que será la Ley de Régimen Jurídico de la Administración. Se crea, en efecto, el Secretariado del Gobierno y —con el asesoramiento del economista Manuel de Torres— la Oficina de Coordinación y Programación Económica (OCYPE) en la misma Secretaría Técnica de López Rodó. Se crea un nuevo ministerio, el de la Vivienda, que, contra su voluntad inicial, va a confiarse a José Luis de Arrese, cesado en el del Movimiento; se establecen comisiones delegadas de Coordinación Gubernamental, que presidirá el jefe del Gobierno o el subsecretario de la Presidencia.

En el amplio relevo gubernamental se robustece la posición de Luis Carrero Blanco, que mantiene su puesto. Siguen con él los ministros de Educación, Rubio; de Justicia, Iturmendi, y de Información y Turismo, Arias Salgado. Cesan todos los demás. Fernando María Castiella, propagandista católico, catedrático insigne, tan firme como abierto en ideas políticas, embajador cerca del Vaticano, sustituye a Martín Artajo en Exteriores. El colaborador de Terminus y ahora jefe de la Casa Militar, Antonio Barroso, sustituye en Ejército a Muñoz Grandes, nombrado inmediatamente capitán general, rango que sólo él compartía entonces con Franco. Según numerosos indicios, Muñoz Grandes es, en toda la historia del franquismo, el único militar a quien Franco teme. Acabará con él, poco a poco, gracias a la colaboración de Luis Carrero Blanco.

Desde mitad de los años cincuenta, Muñoz Grandes era cada vez más firme candidato a una regencia que descartaría definitivamente a la monarquía, pero que sería la única posibilidad de prolongar el franquismo sin Franco. Este lo sospechaba, pero su intuición histórica y su patriotismo fundamental compartidos una y otro por Carrero le impulsaron a elegir la monarquía, aun previendo la evolución democrática de esta forma de gobierno con idea clara y confusa, como dicen los lógicos clásicos. El almirante Abárzuza, jefe del Estado Mayor de la Armada, sustituye a Moreno. Cesa Blas Pérez en Gobernación, y se encarga de este departamento, especialmente delicado por los cada vez más claros síntomas de cambio social, otro veterano de la

guerra, compañero y amigo de Franco desde la primera juventud, Camilo Alonso Vega. En Obras Públicas, el ministro monárquico conde de Vallellano cede su puesto a otro sobreviviente de Acción Española, el general Jorge Vigón. Fermín Sanz Orrio —«un tal Sanz», como él mismo se describe humorísticamente—, curtido ya en la experiencia sindicalista, asumirá la dificilísima sustitución de José Antonio Girón de Velasco en Trabajo. Ingeniero agrónomo y director general de Agricultura, Cirilo Cánovas tratará de emular los excelentes logros de su predecesor en la cartera agraria, Cavestany.

El aviador qué mandaba el aeródromo de San Fernando durante las históricas jornadas de septiembre en 1936, José Rodríguez y Díaz de Lecea, releva a otro aviador histórico, Eduardo González Gallarza, en el Ministerio del Aire. José Solís, veterano sindicalista, egabrense pragmático y maniobrero, con sentida vocación europeísta, gobernador civil de Guipúzcoa y delegado nacional de Sindicatos, se encarga de la Secretaría General del Movimiento; éste es el nombre cada vez más excluyente de la antigua FET y de las JONS; incorpora a su difícil cometido la Delegación Nacional de Sindicatos. Las dos designaciones más significativas recaen en los que ya empiezan a llamarse colectivamente «ministerios económicos», y con razón; porque los dos nuevos titulares van a actuar en estrecha colaboración. Ocupa la cartera de Comercio el madrileño Alberto Ullastres Calvo, teniente provisional de Ingenieros durante la guerra; catedrático de la Universidad de Madrid, economista y asesor de empresas. El ministro de Hacienda es Mariano Navarro Rubio, turolense, capitán provisional de Infantería en primera línea de la guerra —jurídico-militar después—, que ostentaba en 1957 el grado de teniente coronel, subsecretario de Obras Públicas y consejero, en tiempos, del Banco Popular. Tanto Ullastres como Navarro Rubio eran, además, y nunca lo ocultaron, miembros numerario y supernumerario, respectivamente, del Opus Dei. Completaba el terceto de «ministros económicos» el ilustre profesor catalán Pedro Gual Villalbí, sin cartera y presidente del Consejo de Economía Nacional.

Alguien —seguramente Carrero— fue trabajando tenazmente el ánimo de Franco en los meses anteriores y predisponiéndole contra Girón y Arrese y a favor de Ullastres y Navarro. Dos personajes, Blas Pérez y Miguel Mateu, rechazaron una cartera en este Gobierno, caso insólito. Payne adelanta una interpretación demasiado militar del nuevo gabinete, que no es, sin embargo, desdeñable. Se trata, evidentemente, de un afianzamiento técnico que relega a segundo plano las disputas políticas y que mantiene el principio fundamental de «unidad franquista» en torno al presidente de ése y los anteriores gobiernos.

Con la presencia de los nuevos y eficaces ministros económicos, que, apoyados en la embrionaria OCYPE, se consagran de lleno a la planificación económica del país en dos etapas —primeramente, saneamiento o estabilización; luego, reactivación y desarrollo—, la preocupación por la economía y hasta el uso de términos técnicos sobre economía, hasta entonces reservado a las poco leídas columnas especializadas

de la prensa, saltan al centro de la opinión pública y no sólo las noticias normales de los periódicos, sino las conversaciones de tertulias y mentideros, e incluso las intrascendentes charlas de sociedad, rebosan de términos antes ignorados, como renta *per capita*, magnitudes macroeconómicas y balanza de pagos. Termina por entonces sus estudios la primera promoción de economistas, que comienzan a ejercer su misión de asesoramiento técnico en empresas y ministerios. Esta irrupción de la teoría y la técnica económica en la vida pública y en la opinión general constituye una de las marcas más características y renovadoras en la década de los cincuenta.

La familia Borbón Parma vuelve a causar preocupaciones en la primavera de 1957. En un discurso pronunciado en La Vendée, don Javier se presenta «en el nombre de la realeza cristianísima de Francia» y declara que quiso para su hijo primogénito el nombre de Hugo, «que nadie jamás había llevado en la familia desde Hugo Capeto». Pero don Hugo acude el 5 de mayo a la romería carlista de Montejurra y se declara príncipe de Asturias. Unos días después, el 19 de mayo, distinguidos representantes del carlismo elevan una enérgica protesta a don Javier: «Hemos sido dolorosamente sorprendidos el pasado día 5 de mayo por la presentación en Montejurra de un príncipe extranjero que lleva vuestra sangre y que, actuando en nombre de V.A., y sin respeto alguno para los españoles, ni para los monárquicos tradicionalistas, se ha arrogado título y condición que ni aun V.A., como regente de la Comunión, por sí propio podía conferirle». Por ello, los firmantes concluyen: «Repudiamos solemnemente por el presente escrito, que haremos público, la desgraciada actuación de V.A. en el reciente acto de Montejurra, desligándonos totalmente de la supuesta jefatura de la Comunión Tradicionalista que V.A. pudiera seguir ostentando, así como de su regencia, que consideramos caducada, al no haber sabido o querido interpretar y cumplir fielmente el repetido testamento de nuestro amado rey don Alfonso Carlos de Borbón y Austria».

Incidentalmente, revela Calvo Serer un hecho interesante que completa el panorama político de 1957: «Detrás del almirante estaba el activismo tenaz e incansable de López Rodó, quien ya en 1957 celebró una entrevista secreta en Lisboa con el conde de Barcelona, al que pidió que se pusiera a la entera disposición de Franco». Don Juan había escrito, en marzo de ese año, una dura e inútil carta a Franco, en conexión con la «operación Ruiseñada».

Los nuevos ministerios económicos emprendían ya activamente su campaña de reestructuración y saneamiento. «En julio de 1957, por primera vez en bastantes años —dice un informe oficial—, el Banco de España volvió a poner en acción la política monetaria para luchar contra la excesiva expansión monetaria; elevó el tipo de descuento y congeló los límites del redescuento». La reforma fiscal que se promulga el 16 de diciembre de 1957 «dio lugar a un saneamiento notable de la Hacienda pública. Con ello aumentaron los ingresos presupuestarios un 26 por 100 y se redujo extraordinariamente la deuda destinada a financiar el cambio de clima, y aunque la especulación de mercancías continuaba, las tendencias bursátiles cambiaron a partir

de marzo de 1957». Sin embargo, «la situación monetaria exterior continuaba evolucionando con extrema gravedad», por las razones estructurales y coyunturales ya conocidas, que se resumen en la relativa confusión de la política económica durante la desordenada etapa del despegue y en una característica de la economía española que Franco acababa de subrayar: la excesiva dependencia de la economía respecto de la agricultura. Pero Ullastres y Navarro Rubio tenían fe completa en sus preparativos de estabilización y llegarían a tiempo para evitar la bancarrota que casi se perfilaba ya en el horizonte económico español.

Franco, que ha pasado unos días del mes de junio en Barcelona, inaugura el 1 de julio el nuevo ferrocarril Zamora-Orense. La prensa destaca unos días más tarde la primera visita «oficial» del Príncipe Juan Carlos al palacio de El Pardo —donde ya había estado otras veces—y luego a los ministros militares y al presidente del Consejo de Investigaciones, Ibáñez Martín; es el comienzo público, por parte de Franco, de la «operación Príncipe» en la que cooperan desde los primeros momentos, con plena convicción, Carrero Blanco, López Rodó y Camilo Alonso Vega, pero que había sido apuntada, justo es decirlo, años antes por Rafael Calvo Serer, cuando supo que ya en los días lejanos de 1947, en torno al referéndum de la Ley de Sucesión, Franco y Carrero Blanco acariciaban la idea histórica de que Juan Carlos de Borbón podría convertirse en el sucesor, a título de Rey, de Francisco Franco.

El conde de Ruiseñada acusa su cansancio político en septiembre de 1957, después de una nueva entrevista frustrada, durante el verano, entre Franco y don Juan, esta vez en Galicia; pero don Juan Carlos ingresa, según estaba convenido, en la Escuela Naval de Marín. Franco inaugura el 24 de septiembre el primer alto horno de Avilés, un nuevo emporio siderúrgico español.

«Desde octubre de 1957 —recuerda Calvo Serer— se advirtió como una recuperación de la confianza de los falangistas. Como era natural, en la Presidencia del Gobierno, donde era ministro Carrero y secretario general López Rodó, hubo un repliegue de posiciones y apenas se volvió a mencionar el tema de las leyes fundamentales…»

La URSS lanza el 4 de octubre su Sputnik-1; durante su visita a las instalaciones petroquímicas de Escombreras, dos días más tarde, Franco acusa la fuerte impresión que le ha producido el acontecimiento: «Estamos viviendo hoy ya bajo el signo del satélite artificial». Y explica las «lecciones del satélite: una, en el aspecto político. No podemos negar la trascendencia política de que una nación, cualquiera que haya sido, hubiese logrado lanzar su primer satélite artificial. Esto no hubiera podido lograrse en la Rusia vieja; forzosamente tenía que ocurrir en la Rusia nueva. Las grandes obras necesitan para lograrse de unidad política y de disciplina».

En estas sorprendentes revelaciones, Franco llega a elogiar a Stalin por haber tenido el coraje de cambiar de raíz los planes universitarios de la URSS al enterarse de la producción de la primera bomba atómica. Esta admiración por la educación

soviética, más dirigida a la técnica que al humanismo, estaba muy arraigada en Franco, como se demuestra en sus conversaciones íntimas de esta época.

El 8 de octubre llega Franco al puerto de Barcelona a bordo del *Canarias*. Allí le sorprenden los titulares del 14 de octubre: «Valencia sufre la inundación más catastrófica de su historia». Era cierto; y todo el país, canalizado en parte por la radio falangista de la Murcia vecina, se vuelca en un alarde de solidaridad sin precedentes. Franco llega a Valencia el día 24 y celebra allí un consejo de ministros el 26.

Dos acontecimientos de suma importancia van a centrar la atención de Franco en los últimos meses de 1957: la agresión de los irregulares marroquíes contra Ifni y el Sahara español, en el campo militar e internacional, y la favorable solución parcial de la grave crisis carlista, en el terreno político. Franco recibe el día 15 de noviembre al presidente del Pakistán; desde el 23 se concentra en las noticias de África. En efecto, durante la noche del 22 al 23 de noviembre, 2.500 irregulares marroquíes a las órdenes del político del Istiqlal, Ben Ham, emprenden desde la región de Agadir un fuerte ataque por sorpresa que arrolla a algunos puestos fronterizos españoles. Esa misma mañana queda prácticamente cercada la guarnición de Sidi Ifni. Las bandas que desde hacía meses habían realizado incursiones aisladas sobre el Sahara intensifican también ahora sus ataques. Por lo pronto, el Gobierno español exige al de Marruecos que controle a los invasores. Se ha podido demostrar que éstos utilizaron armas entregadas por España y Francia al nuevo Ejército Real de Marruecos. La resistencia española se endurece y el día 26 puede darse como fracasado el plan de asalto, que ha causado cinco muertos españoles. Franco felicita personalmente el día 28 a las guarniciones con un cordial telegrama. Al día siguiente, setenta y cinco paracaidistas de la 7ª Compañía de Tierra, bajo el mando del capitán Sánchez Duque, caen sobre el cercado fuerte de Tiliuin con precisión muy comentada, e incluso exagerada por la prensa mundial. Se envían inmediatamente refuerzos al territorio de Ifni, y unos 8.000 soldados españoles logran establecer una barrera de posiciones a primeros de diciembre que aleja definitivamente el peligro de la capital, Sidi Ifni. El crucero Miguel de Cervantes transportó tropas al enclave. La Escuadra española realizó con éxito una operación disuasoria entre Agadir y Tánger.

Unos días antes, el 1 de diciembre, 63 representantes del tradicionalismo se reúnen en asamblea, en Madrid, para deliberar sobre una serie de propuestas que les había dirigido don Juan de Borbón. Se acuerda «dar el paso decisivo (…) y acercarse a don Juan», según el importante documento que firma lo más granado del carlismo español; entre los reunidos figuran el conde de la Florida, los hermanos Arauz de Robles, José Martínez de Berasain, José María Comín Sagúes, Jesús Elizalde, los hermanos José María y Lucas de Oriol y Urquijo y el marqués de Rozalejo.

El 11 de diciembre se comunica oficialmente el total de bajas en Ifni hasta entonces: 62 muertos y 125 heridos. Uno de los oficiales muertos es el alférez Francisco Rojas Navarrete, primer caído de la Milicia Universitaria. Francia, que ve amenazada su posición en el Sahara y Mauritania, coopera inmediatamente con

España en Ifni y el Sahara español; y como siempre que Francia y España engarzan sus esfuerzos, el resultado es irresistible.

El 17 de diciembre toma posesión en la Secretaría del Movimiento, como delegado nacional de Asociaciones, el profesor Manuel Fraga Iribarne. Por fin, el 20 de diciembre de 1957 se produce en Estoril lo que un ilustre testigo llama justamente «el noble final de la escisión dinástica».

Cuarenta y cuatro delegados carlistas de todas las regiones españolas —con fuerte participación navarra—habían llegado la víspera a Estoril y asisten el día 20 a la misa del Espíritu Santo que presiden don Juan y doña María y que celebra don Fermín Erice, uno de los tres capellanes requetés que salieron para el frente desde la plaza del Castillo el 19 de julio de 1936.

A las doce de la mañana, Luis Arellano se adelanta y lee un documento a don Juan «requiriéndole colectiva y públicamente para que formulase su aceptación de los principios señalados por don Alfonso Carlos». Habla don Juan; evoca el Oriamendi y pronuncia solemnes palabras: «Yo acepto». Firma el acta que consagra ante los presentes su legitimidad de ejercicio, antes de calarse la boina roja tradicional, con lo que se desborda el entusiasmo de los veteranos y jóvenes que le rodean. En su mensaje del día 31 de diciembre, Franco alude con realismo a la todavía difícil situación africana.

Con el signo de África se abre el nuevo año 1958. El 10 de enero, Franco nombra a dos generales experimentados —Mariano Gómez Zamalloa, el héroe del Pingarrón, y José Héctor Vázquez— para los gobiernos de Ifni y el Sahara; cesa Nicolás Franco en la Embajada de Lisboa, sustituido por José Ibáñez Martín. El 13 de enero, en un contraataque por sorpresa cerca de El Aaiún, los legionarios deshacen una fuerte banda enemiga, a la que causan 241 muertos: es la batalla de Etchera. La aviación española, en cooperación con la francesa, localiza y destruye los centros de provisiones y las caravanas enemigas en uno y otro Sahara. El 19 de enero, una nota en la prensa revela la desarticulación de un intento de reconstrucción comunista en el interior de España: se han practicado diversas detenciones, entre ellas la de Javier Pradera Cortázar, participante en los sucesos universitarios de febrero y liberado después.

El general López Valencia, capitán general de Canarias, lleva la dirección superior de las operaciones en Ifni y Sahara, que prosiguen con intervención de paracaidistas y cada vez con mayor energía. El 11 de febrero aparece por primera vez como noticia de prensa, aunque no en primera página aún, un dato que se convertiría felizmente en rutinario durante los años siguientes: «Ha aumentado la renta nacional». Los días 21 y 22 de febrero de 1958, «Ginés de Buitrago» proporciona la cobertura interpretativa de los sucesos de África, de los que culpa al comunismo internacional: «El norte de África, objetivo de Moscú…; datos ciertos sobre la agresión comunista en Ifni». Bajo el seudónimo, se oculta Luis Carrero Blanco.

A fines de marzo se cerró la campaña de limpieza en Ifni y Sahara, con la cooperación de fuerzas francesas de tierra y aire. Lo que menos deseaba Francia era una posible conexión de la guerra de Argelia con la guerra en África occidental. Las bajas totales de las fuerzas españolas ascienden a un centenar de muertos y medio millar de heridos. Un año después, el Rey Mohamed V devolvió a España 40 prisioneros, entre ellos algún superviviente del asalto al faro de Cabo Boj ador.

En medio de los combates, Franco comunicó a su confidente una apreciación muy realista: «El sultán y su Gobierno jamás piensan conceder nada a España y sólo desean ocupar todos nuestros territorios de soberanía en el norte de África y los de Ifni y Sahara, sin dar compensación de ninguna clase a España. Tal vez nos pedirán luego Granada y los territorios que dominaron en la península».

El 2 de abril de 1958, en las conversaciones de Sintra, los ministros Castiella y Balafrej acordaron la entrega a Marruecos de los territorios del antiguo protectorado al sur del río Draa, y al norte del Sahara español. Era la zona de Cabo Juby, ocupada por España en 1916, y que ahora servía de carnaza temporal para aplacar el nacionalismo irredentista marroquí. La suerte de España en África continental, fuera de las plazas de soberanía, estaba echada. Franco, muy preocupado durante los meses anteriores por los borradores constituyentes que emanaban de Estoril, promulga el 17 de mayo ante las Cortes una nueva ley fundamental teórica: los Principios del Movimiento Nacional, comentada al día siguiente, 18, por «Ginés de Buitrago» en *Arriba*.

Para Franco, la Ley de Principios del Movimiento Nacional era la máxima pauta democrática que podía concederse el régimen antes de lanzarse a la aventura del desarrollo económico. La ley resumía el pensamiento de Franco y de Carrero. Se confirmaba la idea joseantoniana sobre la unidad de destino; se mantenía el enfeudamiento constitucional a la Iglesia; se repetía la evocación americana; se ratificaba la presencia de los ejércitos como garantía de la unidad; se repetía la concatenación de entidades naturales, familia, municipio y sindicato; se subrayaba la forma monárquica del Estado, con cualidades —como la de representativa— que quedaban provisionalmente congeladas mientras Franco viviera; se reitera la prohibición sustancial de los partidos políticos y se confirma la forma de representación orgánica, que, sin embargo, tampoco se llevó a cabo; se proclaman los ideales del regeneracionismo, sinceramente sentidos por Franco como nervio e impulso de su política general. Se trataba, evidentemente, de mantener el régimen, no de progresar hacia un sistema democrático.

El 9 de octubre de 1958 terminaba un reinado y una era en la historia de la Iglesia, y otra se iniciaba, con hondas y casi inmediatas repercusiones en la historia y en la política española. Moría el papa Pío XII en Castelgandolfo, a las 03:52 de aquella madrugada; en el mismo lugar donde, gracias a él, su predecesor Pío XI bendijera a las víctimas de la persecución española en zona republicana. Franco clausura el día 25 en Yuste los actos del centenario de Carlos V. Tres días después,

subía el humo blanco del Vaticano para el patriarca de Venecia, Angelo Giuseppe Roncalli, que tomó el nombre de Juan XXIII. No era, sin duda, el candidato preferido por los gobernantes españoles; pero nadie, ni el propio interesado, adivinaba aún la profunda revolución eclesial que aquel anciano, elegido como «papa de transición», iba a desencadenar.

El nuevo pontificado se abre con gestos amistosos para España. Un telegrama del Vaticano, fechado el 3 de noviembre, comunica la bendición de Juan XXIII para el jefe del Estado. En la primera creación de cardenales está incluido el de Sevilla, monseñor Bueno y Monreal, a quien Franco impone la birreta en el palacio de Oriente el 23 de diciembre. Por entonces, y como directa consecuencia de su discurso en Escombreras sobre la tecnología soviética, Franco ha inaugurado el Centro de Energía Nuclear en la Moncloa madrileña.

En su mensaje para despedir el año 1958, Franco recuerda muchos acontecimientos, pero los comentarios se centran sobre dos de sus afirmaciones. Una, política: «El cambio de régimen en Francia da la razón a España». Otra, económica: «Representa una tarea agotadora mantener el equilibrio económico». En el año que se abría, 1959, la crisis económica se agudizaría hasta empujar al país al borde de la bancarrota; pero la tenaz labor previa que se trenzó desde la primavera de 1957 permitiría superar el peligro y situar a España en la plataforma para su despegue definitivo. Y muy a tiempo; porque en medio de desconfianzas propias y ajenas (incluidas la de España y la de Franco), al día siguiente del mensaje, 1 de enero de 1959, iniciaba su marcha, indecisa e irreversible, el Mercado Común de Europa.

El Plan de Estabilización y el giro tradicional

El Plan de Estabilización, preparado a fondo desde 1957, lanzado en 1959, fue mucho más: era ya Plan de Desarrollo, y las conversaciones íntimas de Franco con su confidente histórico, Franco Salgado, especialmente valiosas en el ámbito del presente momento, demuestran que Franco, tras aceptar el Plan, se identificó con él, lo comprendió y lo supo defender a fondo contra presiones adversas muy importantes. No se limitó a permitir que un grupo de técnicos, o de tecnócratas, lo ideara y ejecutara. El Plan remansó, canalizó e impulsó el crecimiento real, pero desordenado, de la vida económica española durante la etapa del despegue. El éxito del Plan fue tan profundo como espectacular, lo que se reconoció inmediatamente fuera de España. En 1959, Franco volvió a pedir, públicamente, veinte años de permanencia al frente del régimen para completar su obra. La victoria económica del Plan le concedió más de quince: todos los que le quedaban de vida.

Los ministros del grupo tecnocrático vinculados al Opus Dei fueron los artífices de esa victoria: el de Hacienda, Mariano Navarro, y el de Comercio, Alberto Ullastres. Mientras tanto, el frente político del Opus Dei —Gonzalo Fernández de la Mora, Florentino Pérez Embid, Rafael Calvo Serer— impulsaba el avance de otra operación doble: por una parte, la operación Príncipe, con situación de destacados alfiles alrededor de don Juan Carlos tras hacerse con la iniciativa de su siguiente período educativo; por otra, la consolidación del acercamiento entre don Juan y Franco mediante la operación Ruiseñada mientras vivió el conde; y mediante el apoyo al sector monárquico tradicional, que Ruiseñada había logrado imponer al sector liberal de Estoril, capitaneado ahora por Pedro Sainz Rodríguez.

El hombre clave que a la sombra del ministro subsecretario Carrero Blanco coordinaba los dos frentes, el económico y el político, era un miembro numerario del Opus Dei, el profesor Laureano López Rodó, quien desempeñaba además un alto cargo interno en la organización religiosa y estaba plenamente identificado con Carrero Blanco para la realización de las dos operaciones. Franco conocía perfectamente este esquema; y dejaba hacer, mientras aceptaba expresamente la interpretación oficial del Opus Dei acerca de la acción política o económica de sus miembros como personal e independiente de la actuación de la Obra como tal.

El sistema económico occidental, convocado por una acertada conjunción política de relaciones públicas a muy alto nivel, acudió en socorro de la desguazada economía española. Los artífices de tal conjunción fueron, ante todo, los ministros económicos Navarro Rubio y Ullastres; el de Asuntos Exteriores, Castiella, y el consejero de Carrero Blanco, López Rodó. Mas no sólo ellos. Un documentado cronista, Antonio

Sánchez Gijón, afirma: «Se ha solido ver en el trío Ullastres-Navarro-Castiella a los responsables de la política comercial, la política económica y la política exterior. Injustamente se ha atribuido menor papel al responsable de la "política política": al secretario general del Movimiento, José Solís». Señala Sánchez Gijón dos líneas de actuación de Solís: una, interior, para convencer a los militantes de Falange y a los sindicalistas del sistema sobre la necesidad de la apertura económica; otra, exterior, mediante un incansable peregrinar por la Europa política y sindical, desde los pasillos del Parlamento británico al feudo berlinés de Willi Brandt, pasando por numerosas organizaciones y grupos sindicales en varios países.

La estrategia dio sus frutos. Al término de la angustiosa primavera de 1959, los organismos internacionales, la banca privada norteamericana, los gobiernos europeos y el de los Estados Unidos ponían a disposición de España un amplio respaldo de 544 millones de dólares como cobertura de la estabilización. «En realidad —señalaba el Banco de España—, los fondos directamente afectados a la estabilización y utilizables de inmediato con el fin de sostener el equilibrio en pagos exteriores eran: 175 millones de dólares de los organismos internacionales, más 71 millones de créditos bancarios privados como reserva de segunda línea. No obstante, tales asistencias eran suficientes para acometer la aventurada operación proyectada y así lo demostró la evolución posterior de los hechos». Insistamos en que la operación estabilizadora y el lanzamiento del desarrollo no se gestaron al margen de Franco, quien vio prontamente en los nuevos esquemas un nuevo cauce para su permanente ideal regeneracionista y, según se deduce clarísimamente de sus conversaciones y sus actuaciones, se comprometió a fondo con la operación.

Con los problemas económicos encauzados dentro de su gravedad —Franco recabó durante toda la primavera y el verano informes frecuentes, que tomaban aire de partes de operaciones—, el jefe del Estado puede dar personalmente el impulso final a uno de sus proyectos más profundos y constantes: el Valle de los Caídos. El colosal monumento estaba virtualmente terminado desde dos años antes, pero diversas causas retrasaban su inauguración; entre otras, el hecho de que más de un colaborador de Franco —quien se quejaba amargamente, sobre este tema, de Blas Pérez González— tenía menos fe que él en la idea y la vida del memorial. El 7 de marzo de 1959, Franco dirige una carta autógrafa a Pilar y Miguel Primo de Rivera para pedirles el traslado de los restos de José Antonio desde El Escorial al vecino valle de Cuelgamuros.

El 22 de marzo, el londinense *Observer* inserta un notable comentario en el que reconoce las supremas razones de la España de Franco nada menos que en la Guerra Civil española. El 30 de marzo, en medio de una tremenda ventisca del Guadarrama, José Antonio Primo de Rivera hace su última jornada hasta el corazón de una enorme roca de Castilla. Sus hermanos Pilar y Miguel, sus amigos —antiguos o actuales— Raimundo Fernández-Cuesta, Antonio Iturmendi, José Solís y Luis Carrero Blanco testimonian la exhumación de sus restos frente al altar mayor de la basílica

escurialense. Todos se incorporan a la comitiva que parte hacia Cuelgamuros a las nueve y media de la mañana; en ella forman también José Luis de Arrese, Jesús Rubio, Fermín Sanz Orrio, los generales Muñoz Grandes, García Valiño y Asensio, los ex ministros Ramón Serrano Súñer, José Antonio Girón, Joaquín Ruiz-Giménez, Carlos Rein, Pedro González Bueno, los carlistas Zamanillo y el general Redondo, al frente de una silenciosa multitud que siente la pervivencia de José Antonio.

Al día siguiente, primero de abril, aniversario de la victoria, Franco inaugura su gran obra; una cruz de 153 metros, con brazos de 46 y doscientas mil toneladas de hormigón revestido de granito sobre una inmensa basílica subterránea con cámaras laterales para albergar a todos los caídos de la guerra de España. En su oración, Franco recuerda, como milagro, a su cruzada y afirma: «Nuestra victoria no fue una victoria parcial, sino una victoria de todos». Es el momento de su vida en que se acerca más a un ideal de reconciliación que sus enemigos juzgarían insuficiente y tardía. Ante algunas quejas sobre la inhumación conjunta de los antiguos enemigos, Franco manifestó: «Hubo muchos en el bando rojo que lucharon porque creían cumplir un deber con la República y otros por haber sido movilizados forzosamente. El monumento no se hizo para seguir dividiendo a los españoles en dos bandos irreconciliables. Se hizo, y eso fue siempre mi intención, como recuerdo de mi victoria contra el comunismo que trataba de dominar a España. Así se justifica mi deseo de que se puede enterrar a los caídos católicos de ambos bandos».

Franco acababa de expresar muy poco antes la sensación de agobio ante sus responsabilidades en un desahogo excepcional en él: «Hay pocas personas que se den cuenta de la intensidad y diversidad de las preocupaciones que pesan sobre mí, de la cantidad de problemas que tengo que resolver, vigilando que las soluciones que doy sean bien interpretadas». El 8 de abril, con su visita al enorme embalse navarro de Yesa y el canal de las Bárdenas, inaugura otro de sus viejos sueños: el sistema de riegos del Alto Aragón. El 30 de abril declara a Emilio Romero, director de *Pueblo*, notable dialéctico del régimen y uno de los intelectuales más admirados por él: «Debemos lograr otros veinte años de paz interna».

El encuentro con Eisenhower en Madrid

En la fiesta nacional española, 18 de julio de 1959, todo el país se cuelga de los radiorreceptores y de los ya proliferantes televisores para asociarse a uno de los más populares triunfos deportivos españoles de todos los tiempos: el del esforzado toledano Federico Martín Bahamontes, que gana en el Parque de los Príncipes la Vuelta Ciclista a Francia. Dos días después ingresa España en la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), último requisito de cobertura exterior para que Franco pueda firmar el 22 de julio el decreto-ley conocido como Plan de Estabilización, que alcanza a la total «ordenación económica del país». Se establece una liberalización progresiva de la importación de mercancías y de su comercio interior; «de este modo se espera obtener la estabilidad interna y externa de nuestra economía, el equilibrio de la balanza de pagos, el robustecimiento de la confianza en nuestro signo monetario y, en suma, la normalización de nuestra vida económica». Comenta López Rodó: «Unos meses antes que en España, se había adoptado también en Francia, siendo ministro de Economía y Hacienda Antoine Pinay, un plan de estabilización debido a Jacques Rueff que saneó la economía francesa y permitió un desarrollo vigoroso. La idea de la estabilidad como base del desarrollo me la expuso gráficamente el propio Rueff a los postres de un almuerzo en nuestra embajada de París: “Ocurre con la estabilidad igual que con el queso: hay que tomarlo antes de beber, para que el vino no se suba a la cabeza. La estabilidad es previa al desarrollo.”»

Un formidable huracán, que a veces alcanza la velocidad de 288 kilómetros por hora, sacude los cielos de toda España desde la primera madrugada de diciembre. Fuertes tormentas, también, en los lejanos entresijos del comunismo español; Santiago Carrillo asalta la Secretaría del partido en medio del recelo de otros veteranos, capitaneados por Enrique Líster, tras desplazar a Dolores Ibárruri con el encargo de dirigir una historia oficiosa de la Guerra Civil española. El 12 de diciembre, en la gran plaza de la Academia General Militar construida por Franco, don Juan Carlos de Borbón recibe los despachos de teniente de Infantería, alférez de Navio y teniente de Aviación, luego de terminar en la Academia General del Aire la tercera etapa de sus estudios militares. Su preceptor, Carlos Martínez de Campos, tenía ya convenido un inteligente plan para que el Príncipe recibiese una profunda inmersión universitaria en Salamanca, durante los dos años siguientes. Franco estaba de acuerdo. El grupo Fernández de la Mora-Pérez Embid provocó un cambio de agujas en Estoril y el plan se modificó y se frustró en medio de la improvisación. Poco después, el duque de la Torre, cuyas apasionantes memorias completas serán

reveladas a España a su debido tiempo, dimitió y se retiró a la Historia; el episodio, revelado extensamente por el autor de este libro sobre un impresionante documento inédito, constituyó una verdadera prueba de fuerza por parte del frente político del Opus Dei dentro de la operación Príncipe.

Al mediar el mes, el general Dwight D. Eisenhower se dispone a emprender su histórico viaje a España. El embajador en Washington, José María de Areilza, le saluda el 20 de diciembre en primera página de *Arriba,* bajo el titular *Una visita oportuna:* «La amenaza marxista —dice— hace que España se mantenga vigilante y armada, porque vivió ese peligro durante años». Un testimonio, escrito pero inédito hasta hoy, del periodista italiano Cesare Gullino, revela que Eisenhower trató por todos los medios de eludir la visita a España, pero Franco le hizo saber que si no venía pensaba entablar relaciones con la URSS —propósito siempre latente—, lo que decidió al presidente americano a presentarse en Madrid.

Al día siguiente y sin preocuparse de la llovizna, un millón de madrileños se echan a la calle para recibir al primer presidente de los Estados Unidos que visitaba España. Franco, en nombre de todos ellos, le saluda en las pistas de Torrejón: «España os abre las puertas de su casa». Eisenhower se congratula por realizar «uno de los grandes sueños de su vida». El general que dirigió las operaciones Torch y Overlord recibe, entre el nudo de Barajas (que llevará su nombre) y el palacio de la Moncloa, uno de los más entusiastas homenajes de su vida. Por la noche preside con Franco una cena de gala en el palacio de Oriente.

Al día siguiente, celebra con él, en El Pardo, un desayuno de trabajo que se prolonga durante dos horas. Franco le despide al pie del avión, con un abrazo que se convierte en uno de los momentos estelares para la vida del Caudillo, quien puede mostrarse satisfecho en su mensaje del día 31, donde recuerda, ante todo, la falsedad de quienes le acusan de cultivador sistemático de la autarquía; en 1942, en efecto, dijo precisamente ante un embajador americano: «Ningún pueblo de la tierra puede vivir normalmente de su sola economía». Y recalca: «El Plan de Estabilización tiene su origen en aquellas líneas maestras de nuestra política económica establecidas desde el momento en que cayó sobre mis hombros la responsabilidad de la dirección de la patria».

Precisamente por esos días comunicaba Franco a su confidente una luminosa defensa del Plan. El 23 de diciembre, Franco comentaba la visita de Eisenhower: «Estoy muy satisfecho del gran recibimiento que el pueblo de Madrid le ha tributado. Ha sido un verdadero plebiscito y referéndum del pueblo a mi política exterior».

Nueva entrevista con don Juan

La estabilización, con su cara y su cruz, era, sin duda, la gran noticia y la gran realidad de 1959. A fines de año se sabe ya que la marea ha cambiado de signo; las reservas se sitúan entre cien y doscientos millones de dólares. La economía española parece ya salvada para el futuro; y lo está. Claro que el peso humano de la operación ha recaído en sus aspectos más sensibles sobre el mundo del trabajo, sobre las familias más humildes del país. El paro aumenta ligera, pero significativamente; de 115.000 a 132.000 afectados en 1959. (Las cifras de hoy, 1997, son veinte veces superiores). Disminuyen los rendimientos familiares ante la fuerte reducción de las horas extraordinarias. La estabilización realista de la peseta frente al exterior y la drástica reducción de créditos bancarios provocan graves situaciones en todo tipo de empresas; también son meses de sacrificio e incertidumbre empresarial. En los últimos meses de 1959 Europa había puesto dos hitos en su proceso de construcción: el nacimiento de la Asociación Europea para el Libre Comercio (EFTA), complementaria del Mercado Común, y el programa de la socialdemocracia alemana en Bad Godesberg, donde el socialismo germánico rompía con la dogmática marxista.

Una confidencia de Franco el 16 de enero de 1960 alcanza un singular valor para la interpretación de su actitud sobre la monarquía. «El régimen —dice— desembocará en una monarquía representativa en la que todos los españoles podrán elegir sus representantes en el Parlamento y tener así intervención en el Gobierno del Estado, lo mismo que en los municipios». Es decir, Franco intuía que la monarquía de don Juan Carlos sería democrática, inevitablemente; preparaba los caminos de esa monarquía mediante la creación de una infraestructura social apta para el régimen democrático; pero se negaba a asumir él mismo la idea democrática ante su experiencia y la de las generaciones que estaban con él. Por eso pedía veinte años más; para asegurar los caminos del futuro.

Franco revelaría una vez a don Juan Carlos que la actuación del sucesor tendría que ser muy diferente a la suya; sabía el rumbo futuro de Juan Carlos, y le mantuvo como sucesor. Terminados los estudios militares del príncipe Juan Carlos, era preciso orientar su formación civil. Para ello se entrevistan Franco y don Juan de Borbón por tercera vez y en el mismo escenario del segundo encuentro, el palacio rural de Las Cabezas, en Cáceres, donde son huéspedes de los hijos del anterior conde de Ruiseñada. Acude don Juan en la tarde del 28 de marzo, con el duque de Alburquerque, el marqués de Comillas y el secretario, Padilla; Franco llega en la mañana siguiente con el conde de Casa Loja. A las cuatro, después de la comida, se incorporan a la conferencia los ministros Jorge Vigón y Jesús Rubio. Fracasado

lamentablemente el plan Martínez de Campos, se acuerda la educación universitaria de don Juan Carlos, que se iniciará en las aulas madrileñas, aunque, después de algunos incidentes desagradables (sobrellevados por el príncipe con notable presencia de ánimo), se proseguirá en el palacio de la Zarzuela, habilitado expresamente para residencia de don Juan Carlos; la formación del príncipe se completará con una fuerte iniciación en la vida política y administrativa del país.

Emilio Romero escribirá sus inspiradas *Cartas a un príncipe*, pausadamente leídas a su destinatario antes de su clamorosa publicación. El padre Federico Suárez Verdeguer, catedrático de historia y uno de los primeros compañeros de monseñor Escrivá de Balaguer, será consejero religioso en el palacio de la Zarzuela, donde los más prestigiosos profesores de la universidad española —entre ellos Torcuato Fernández—Miranda y Vicente Palacio Atard— contribuirán a la formación del Príncipe, en quien tantas esperanzas confluían ya. La conjunción de Fernández-Miranda con don Juan Carlos en 1960 será trascendental: el profesor convencerá a su alumno de que podrá trazar la evolución a la democracia desde las mismas Leyes Fundamentales del régimen.

La prensa española publica el 31 de marzo la referencia oficial del encuentro de Franco y don Juan, que trataron «temas de importancia para la vida nacional en los que ambos interlocutores se mostraron de acuerdo». Como ve el lector, en esta segunda entrevista de Las Cabezas se adoptó el plan contrario al que propuso Martínez de Campos, a quien sustituyó el general Castañón de Mena, el más afecto al Opus Dei de todo el generalato. Franco no quedó satisfecho de la entrevista; quizá porque había dado antes su conformidad al plan del duque de la Torre. Poco después definió el carácter populista de su ideología: «Mi lema es la legislación del trabajo, es menos ricos y menos pobres, y lo seguiré aplicando con mayor intensidad». Insiste más veces sobre este punto clave de su ideología en conversaciones de esta época.

Por entonces comienza a difundirse una carta de 339 eclesiásticos a los obispos del País Vasco, que coincide con una proclama subversiva de los dirigentes de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) en el teatro Arriaga de Bilbao. Es evidente que la proximidad del Concilio suscitaba vientos de libertad en sectores de la Iglesia periférica, contra los que Franco adoptaría actitudes intransigentes, pero no sin expresiva prudencia; nunca generalizó, sino particularizó las disidencias de «algunos eclesiásticos».

Los arzobispos anuncian oficialmente el Concilio en su pastoral colectiva de febrero de 1961: era la señal para una nueva época en la Iglesia española. El día 5, Kruschef anuncia el derribo de un avión espía U-2 de los Estados Unidos y la captura de su piloto, Powers; Eisenhower debe suspender su proyectado viaje a Moscú. A comienzos de julio, los cuatro obispos del país vasco-navarro reaccionan enérgicamente mediante una pastoral colectiva contra la carta de los 339 sacerdotes: «Por las falsedades evidentes y por su carácter político, no podemos aceptar tal

escrito… Os pedimos que nunca queráis mezclaros en ningún empeño extraño a nuestro ministerio sacerdotal».

Mientras la riada turística del verano confirma los excelentes augurios de la primavera, Fidel Castro ameniza el estival vacío de noticias con una serie de insultos dirigidos a Franco y a los «curas fascistas» españoles. España replica con irónica dureza a su original retoño del Caribe, y ya casi no pasa nada más en el verano de la reactivación —que tarda en afirmarse en el horizonte económico español— hasta mediados de septiembre. Había inaugurado Franco el día 14 la reconstrucción del monasterio lucense de Samos, fundado en el siglo VI, cuando dos días más tarde se asocia al júbilo español al presentar oficialmente al Rey de los Belgas, Balduino, a su prometida española, Fabiola de Mora y Aragón. El 23 de septiembre, el presidente Gamal Abdel Nasser se detiene en Barajas para conferenciar con el jefe del Estado español

La nueva generación del Movimiento

La amenización española del mes de octubre corre personalmente en Nueva York a cargo de Nikita Kruschef, máxima estrella de la Asamblea General de la ONU. El día 1 de octubre, el teatral primer secretario soviético celebra el día del Caudillo con una ristra de insultos contra España y Franco, que el embajador Lequerica interrumpe con celtibérico griterío.

Los dos intercambian frases poco amables durante casi veinte minutos ante el divertido y admirado auditorio; y cuando el presidente irlandés Fred Boland, harto de inútiles golpes con el mazo, corta el micrófono soviético, Kruschef agita los brazos enardecido, Lequerica redobla sus réplicas, el presidente ordena que nada conste en acta, Lequerica sube al estrado y, antes de que comience su respuesta en forma, Kruschef, dominado por aquella primera lección de oratoria vasca, opta por abandonar el salón. Lequerica remata, breve, la faena: «Acaso sean muy pocos los jefes de Estado a quienes acompañe un horror semejante al de los crímenes perpetrados por la URSS y el Gobierno que la representa». Cuando el 6 de octubre el delegado filipino alaba la huella de España en su patria, Kruschef, que se entrenaba ardorosamente para su inmediata escena del zapato, golpea su pupitre.

(El mismo día se proclama en la lejana Pamplona el decreto papal sobre la erección de la Universidad Pontificia del Opus Dei; asisten el nuncio y los ministros Ullastres, Navarro e lturmendi, pero no el titular de Educación, Jesús Rubio, impresionado quizá por la protesta universitaria contra el nuevo centro superior, a pesar de la plena legalidad concordataria de la elección.)

Kruschef elige otra entrañable fiesta española, el día de la Raza, 12 de octubre, para su segundo asalto contra España. La representación española (en la que formaba como delegado ocasional Laureano López Rodó) estaba situada un banco delante de la soviética; presididos entonces por el ministro-consejero Jaime de Piniés y el embajador Cacho Zabalza (uno y otro de acrisolado abolengo liberal), los españoles permanecen impasibles cuando Kruschef termina uno de sus clásicos latiguillos. La falta de entusiasmo de los españoles indigna al histrión soviético, que hace ademán de agredirles y encuentra la lógica reacción de repulsa, al borde mismo de la bofetada. Otra vez abandona el campo el soviético.

Así terminó la primera confrontación hispano-soviética después del último combate de la División Azul. La siguiente, con Franco como testigo, se celebraría en el estadio madrileño Santiago Bernabéu y también la ganaría España de cabeza.

Acaba Franco de visitar una veintena de núcleos del nuevo y absurdo Madrid, cuando en la noche del martes 24 de enero le sorprende, como a todo el mundo, el

comienzo de la notable y también absurda aventura del pirata portugués capitán Galvao, frustrado político que, al frente de un comando hispano-luso del DRIL, se apodera en el Caribe del transatlántico Santa María, con 800 pasajeros a bordo, entre ellos bastantes españoles vejados con especial fruición por los nuevos filibusteros. Franco ordena al *Canarias* participar en la cacería contra Galvao, cuya aventura termina con pena y sin gloria en el puerto brasileño de Recife pocos días después. Aparece en Madrid el general rebelde de Argel, Raoul Salan, que entra en contacto con diversos políticos españoles y prepara desde la capital de España su siguiente asalto contra De Gaulle. «Una nueva generación —clama *Arriba* el 7 de febrero— se incorpora a los cuadros de mando del Movimiento». En efecto, un brillante grupo de hombres que rozan 1 a cuarentena accede al puente de mando: Femando Herrero Tejedor, vicesecretario de Movimiento; Manuel Fraga Iribarne, director del Instituto de Estudios Políticos, y los delegados nacionales José Luis Taboada, José María del Moral y Antonio Tena Artigas. Al día siguiente se renuevan también en un sentido juvenil los mandos sindicales: Mendoza Ruiz, Mombiedro de la Torre, Pío Cabanillas, Antonio Chozas, Lamata y Miguel García Sáez.

El 3 de junio de 1961, al abrir la VII Legislatura de las Cortes, Franco pronuncia uno de sus discursos más significativos, en el que anuncia la elaboración de una ley orgánica del Estado que culmine el proceso institucional, y también una ley de información, si bien reconoce expresamente que la contención informativa en los anteriores períodos tan críticos ha resultado muy beneficios para la marcha política del país, lo que indirectamente revela lo injusto de los ataques en exclusiva al ministro Gabriel Arias Salgado.

La Ley Orgánica del Estado —que no se aprobaría hasta fines de 1966— se convierte en la gran ilusión, y como se vería a su tiempo en el gran espejismo del régimen. Nadie imaginaba, al formular Franco el propósito, que se trataba precisamente de la última ilusión, tras de la cual sobrevendría inexorablemente, en 1967, la decadencia.

En el mismo discurso, Franco calcula las inversiones públicas a lo largo de los últimos veinte años en 310.000 millones de pesetas de 1960. Y las del sector privado en 650.000 millones durante el mismo período. Recalca su profunda decepción, confesada ya en el discurso de Córdoba; durante sus visitas a las tierras de España «comprueba en muchos casos la ausencia de una auténtica conciencia social». Y matiza una tesis expuesta ya más de una vez en los últimos meses: «Para fuera podemos presentarnos como una solución; para los españoles somos la solución; yo me atrevo a afirmar que la única solución».

Un accidente de caza

Este año el Desfile de la Victoria se ha hecho coincidir con el 17 de julio, a los veinticinco años del Alzamiento; tras las unidades militares que exhiben un renovado material, desfilan 50.000 veteranos en traje civil, con sus condecoraciones al pecho y cantando las canciones de la Cruzada.

Quedaba claro que Franco mantenía la adhesión y la militancia espiritual de quienes habían luchado junto a él: la juventud de 1936, hombres y mujeres maduros ya en 1961, pero que a su vez habían transmitido a la mayoría de la nueva juventud el respeto y la adhesión a Franco. Los jóvenes disidentes de 1956 eran más ruidosos; pero sólo constituían una minoría sin conexiones masivas con el resto de la juventud española.

Había brotes generacionales contra el régimen en 1961, no oposición generacional. La Policía hace fracasar la voladura de un tren repleto de excombatientes a la salida de San Sebastián; ésta es la presentación oficial de una organización terrorista del separatismo vasco, la ETA, en el panorama político que vive las vísperas del desarrollo. Dos jóvenes príncipes, Juan Carlos de España y Sofía de Grecia, se conocen en la boda de su pariente el duque de Kent; las cábalas parecen afianzarse cuando los reyes de Grecia invitan al gallardo oficial español a unas vacaciones en la isla de Corfú. Franco inicia su temporada veraniega en el norte con la presidencia de los actos conmemorativos del VI Centenario de la Cofradía de Pescadores en Fuenterrabía.

El 31 de agosto de 1961, en marcha silenciosa, las últimas unidades del Ejército español abandonan el territorio del antiguo protectorado marroquí y se repliegan sobre las plazas de soberanía española. Se cierra así una larga historia de guerra y paz abierta cien años largos antes, vital para la comprensión de la historia de España. Con este motivo, el último jefe superior de las fuerzas militares en Marruecos, teniente general Alfredo Galera Paniagua, dirige a sus hombres una histórica orden general: «Sois el Ejército de una nación que nunca fue colonialista». Saluda a Franco y evoca sus años africanos, junto a «los miles de héroes que cayeron por Marruecos y no contra Marruecos». Franco responde con un emocionado telegrama desde La Coruña, la ciudad de donde partió para Marruecos un lejano anochecer de 1912.

El 10 de septiembre, la recientemente formada OAS franco-argelina está a punto de eliminar a De Gaulle. En la mañana del 13 suena insistentemente el teléfono en el pazo de Meirás. La Casa de don Juan en Estoril desea comunicar urgentemente con el jefe del Estado, que navega en el Azor; se logra al fin la comunicación directa por radioteléfono y esa misma mañana el conde de Barcelona puede comunicar a Franco la noticia del compromiso de su hijo don Juan Carlos con la princesa Sofía de Grecia.

Franco había procurado estar al tanto y deseaba aprobar de alguna forma el compromiso: pero don Juan, aconsejado por Sainz Rodríguez y todo el grupo liberal, preparó eficazmente un gran desaire al Caudillo.

Carrero había enviado a López Rodó a Estoril para convencer a don Juan y aconsejarle una consulta o al menos una comunicación oficial a Madrid sobre el compromiso; don Juan desorientó al emisario y al embajador Ibáñez Martín, que desmintió los rumores en imprudentísimo telegrama, y comunicó a Franco la noticia cuando ya la estaba difundiendo la prensa. Franco tomó nota del desaire, pero envió una cálida felicitación desde el Azor, a bordo del cual arribó en el día siguiente a las islas Cíes, donde inauguró un hito atlántico en conmemoración de su jefatura. Dos días después está con su esposa de vuelta en El Pardo. El 18 de septiembre cae sobre territorio rodesiano el avión del secretario general de las Naciones Unidas, Hammarskjóld, que se dirigía a Katanga. Asiste Franco en Zaragoza el día 23 al Congreso Eucarístico a donde llega un mensaje de Juan XXIII que bendice a España en términos muy preconciliares: «Heraldo del Evangelio y paladín del catolicismo».

El domingo 24 de diciembre de 1961, a las 16:45 de la tarde anterior a la Nochebuena, Franco, que caza palomas en las vaguadas de El Pardo, ha introducido un cartucho de calibre equivocado en su escopeta, que estalla, y se produce una herida profunda en la palma de la mano izquierda, perforada por la explosión. Un practicante militar le hace con maestría la cura de urgencia, mientras Franco indica personalmente que se llame al doctor Garaizábal. El marqués de Villaverde llama al afamado cirujano y teniente coronel médico de Aviación, que se encontraba en el Hospital del Aire, en la calle madrileña de la Princesa. «Es mi padre», avisa el doctor Martínez Bordiú, por lo que Garaizábal sale a recibir al conde de Argillo; comprueba la llegada de Franco y ordena que pase directamente a Radiología. Villaverde pide a su colega: «Dígale toda la verdad, necesita estar bien informado». Garaizábal dice a su paciente que sufre fractura del metacarpiano y del índice. Franco le mira fijamente cuando el cirujano le indica que va a operar inmediatamente, bajo anestesia general. «Usted manda y yo obedezco —dice Franco—; yo hago siempre lo que mande la tabla. Garaizábal: tiene usted que redactar un comunicado oficial y que se entere todo el mundo».

Con los nervios a flor de piel, estaban allí doña Carmen Polo de Franco, la marquesa de Villaverde y varios ministros. A la operación, que dura hora y cuarto, asisten sólo los doctores Martínez Bordiú y los hermanos Gil. Termina felizmente. Garaizábal ordena que se suba a Franco a la habitación número siete. Camilo Alonso Vega duda al redactar el parte; al fin lo hace íntegramente el cirujano, con una corrección: escribe «dedo» tras tachar la última palabra de una de sus frases, «se ha partido la falange», con lo que evita sin duda una proliferación de chistes políticos. Al volver de la anestesia, le pregunta Franco: «¿Usted está contento?». Corren, a pesar del parte, todo tipo de rumores disparatados que insisten en la ceguera del Caudillo. Franco pide a Garaizábal el día de Navidad un nuevo parte. Y le dice: «No

se deje influir por nadie y actúe de acuerdo con su criterio». Los demás médicos, en efecto, querían trasladar inmediatamente a El Pardo al herido, aunque había presentado cifras algo altas de glucosa y urea.

A las 13:30 del 26 de diciembre, normalizados los análisis, Garaizábal accede al traslado. Doña Carmen Polo descose la manga de la americana de su esposo para dar paso al brazo escayolado. Franco sale por su pie, apoyado en el cirujano. La bajada del ascensor, que se avería, se hace a trompicones. No se ha interrumpido durante la estancia de Franco el régimen normal de la casa. El Caudillo, al sentirse herido, se acordó de Garaizábal, que había curado magistralmente poco antes la grave quemadura facial de su nieta María del Carmen.

Los reyes de Bélgica, Fabiola y Balduino, llegan a España el 28 de diciembre. Algo más calmados los sensacionalistas rumores sobre la herida de Franco, desaparecen por completo cuando el Caudillo se asoma el 30 de diciembre a la televisión con su mano ostensiblemente escayolada y, a la vez que proclama la solidaridad con Portugal en los momentos difíciles, resume la marcha del año que muere: «La recuperación de nuestra economía ha sido un hecho». Se cerraba así el accidentado, Peligroso y esperanzador trienio de la estabilización.

El desarrollo transforma España

El 26 de enero de 1962 se conoce, junto al nombramiento de Gregorio Marañón para dirigir el Instituto de Cultura Hispánica, una serie de importantes designaciones en la cumbre del régimen. Laureano López Rodó es el primer comisario del Plan de Desarrollo, con rango de subsecretario adscrito a la Presidencia, es decir, al vasto complejo político que funciona, en dos palacetes de la Castellana, a las órdenes de Luis Carrero Blanco. «Se trata —dice el protagonista— de una organización muy poco burocratizada». Se le señala un cometido claro —una misión, de ahí su propio nombre de Comisaría—: la elaboración del Plan de Desarrollo Económico y Social.

Al frente de la reforma administrativa, José María Hernández Sampelayo sucederá a López Rodó. El nuevo comisario se rodeará de un eficaz grupo de planificadores, muchos de los cuales estaban personalmente vinculados al Opus Dei. López Rodó explica el trasfondo político de su nombramiento.

Al estar virtualmente congeladas las relaciones con la dinastía, «en el terreno político no había, pues, nada que hacer por entonces». En cambio, podía operarse desde la economía sobre la política: liberalización, reforma administrativa, mejora del nivel de vida. «Mi fuerza política —dice López Rodó— derivaba de mi relación con Carrero, que llevaba a Franco mis notas, mis propuestas y mis proyectos». Pemán escribiría a López Rodó que empezaba a tener en sus manos a la Historia. Tenía razón. Y, con todos sus defectos y restricciones, Laureano López Rodó fue el gran coordinador de un gran capítulo en la historia de España, la década de los sesenta.

El equipo López Rodó pone inmediatamente manos a la obra con ese sentido de misión al que él mismo acaba de aludir; con una fe realista en las posibilidades españolas que resulta una de las más claras versiones actuales del patriotismo, y que por fuerza hubo de cautivar a Franco, el hombre cuya principal característica política era precisamente la fe. Como noblemente reconoce López Rodó en el prólogo a un libro del planificador galo Pierre Massé, el plan español se traza ante el modelo que tantos éxitos había ya logrado en Francia.

La circunstancia exterior del Plan va a ser más o menos la misma que propició los comienzos de la financiación exterior y la estabilización en la anterior década, es decir, la guerra fría. Las nuevas formulaciones soviéticas en tomo a la política de la coexistencia no rompen ese contexto de tensiones, que va a encontrar una trágica salida en el Vietnam gracias a la escalada de aquel conflicto que inicia el presidente Kennedy con otro de sus lamentables errores externos; y si el desordenado despegue español se hizo en el marco de los convenios de 1953, el desarrollo va a inscribirse en la renovación de esos acuerdos y en la decidida, pero lenta, voluntad de incorporación a ese enigma económico y político llamado Europa.

López Rodó y sus hombres disponían de suficiente bagaje técnico y también ideológico para acometer la trascendental empresa del desarrollo. Su talante político coincidía en la base con el del propio Franco; recuérdense sus declaraciones políticas orientadas a la técnica más que a la ideología retórica desde las primeras semanas de su alzamiento y de su Gobierno, al que quiso llamar durante más de un año Junta Técnica. Por eso Franco, al reconocer el impulso y sobre todo la mística que imprimió al desarrollo el equipo López Rodó, puede justamente recalcar que no se trata más que de la continuación acelerada de una empresa nacional puesta en marcha mucho antes.

Franco era ya un tecnócrata cuando el nuevo equipo de tecnócratas andaba aún en pantalones cortos por la convulsa España de los años treinta y cuarenta. La diferencia es que Franco, además de tecnócrata, ha sido, sin contradicción, más cosas.

El ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, acapara los titulares de la prensa mundial con su carta del 9 de febrero de 1962 al presidente del Consejo de Ministros de la Comunidad Económica Europea, Maurice Couve de Murville. En nombre del Gobierno español, pide «la apertura de negociaciones con objeto de examinar la posible vinculación de mi país con la CEE en la forma que resulte más conveniente para los recíprocos intereses». España, en efecto, ha decidido «solicitar una asociación susceptible de llegar en su día a la plena integración».

Dos días más tarde, muere en el exilio mexicano un hombre que era media historia contemporánea de España, Indalecio Prieto y Tuero. Él mismo había trazado su mejor epitafio: «No hemos perdido la fe. No la he perdido yo, tildado, no sé si con razón o con justicia, de hombre escéptico. Tenemos fe, tengo fe en nuestra España, en los destinos de la patria inmortal, y todos ansiamos volver a ella. Quienes todavía sean jóvenes, para rendirle el tributo de su esfuerzo, y quienes hayan doblado la cúspide desde donde se puede contemplar serenamente la vida, con la santa ambición de devolverle nuestros huesos para que la savia que reste en nuestros despojos pueda ser raíz de árbol, espiga de trigo, tallo de flor, o más humildemente, musgo pegado a las viejas piedras del solar español».

Ésta es la tragedia de España; que esta raíz no puede impulsar al mismo árbol que la otra raíz. Así desaparece de este relato una sombra que gravitó sobre él desde sus primeros capítulos. Uno de los hombres que, desde la opuesta orilla, mejor llegó a comprender a Francisco Franco. El que habló mejor y peor de él, a lo largo de más de cuarenta años de vida convergente, divergente y paralela.

Parecen abrirse caminos una nueva generación política. El 1 de marzo es nombrado jefe nacional del SEU un joven ingeniero que apunta vuelos políticos, Rodolfo Martín Villa, y cuya trayectoria personal en sus tramos más importantes no se inscribiría en la historia del régimen, sino en la de la etapa siguiente.

Se abre el día 5 el Segundo Congreso Sindical; Solís sigue firme en su arriesgada política de cara al público, tanto interior como exterior; se afianza cada semana como uno de los más netos políticos del régimen. El día 10, cuando fallece el legendario

financiero Juan March, Franco clausura la reunión sindicalista: dice allí que no se comprende nuestra revolución, y que los españoles no tolerarían ni dictaduras ni arbitrariedades (la conciencia de su moderación y su autolimitación lleva a Franco al convencimiento íntimo de que su régimen no es una dictadura). «Nosotros somos —dice— un Estado nuevo. Esta tarea que hemos emprendido, en la que nos hemos desfasado de los otros pueblos porque vamos mucho más adelante, en la seguridad de que ellos vendrán mañana por nuestro camino…»

Otro gran testigo que desaparece: el general marqués de Dávila, a cuyos restos despide Franco por la tarde del 22 de marzo, día de una gran victoria frustrada de los peronistas en las elecciones argentinas. Una semana después recibe Franco en El Pardo al presidente electo de Costa Rica, Orlich.

Durante el mes de febrero, el general Castañón de Mena, nuevo preceptor del Príncipe, visita a los condes de Barcelona en Estoril y trae a Franco la invitación para la boda en Atenas de don Juan Carlos y doña Sofía. Un grupo monárquico —Yanguas, Pérez Embid— fue también a Estoril para recordar a don Juan que desde los tiempos de Recaredo —¡qué maravilloso país!— la familia real siempre había sido católica; por tanto, la princesa Sofía debía convertirse urgentemente. Pronto se dieron, por parte de la casa real griega —procedente de los países nórdicos, pero de religión ortodoxa—, toda clase de facilidades; se accedería al matrimonio mixto, pero la princesa estaba ya muy próxima a la Iglesia católica, con lo que el sentido común, algo retorcido, se impuso sobre la Edad Media.

Durante los años 1962 y 1963, con motivo de una boda real que se había concertado con un grave desaire a Franco, la larga marcha hacia la monarquía atraviesa una complicada fase, llena de obstáculos; pero entonces todo quedó en secreto; sin embargo, hoy ya sabemos todo. «Año de golpes y contragolpes, como en un partido de tenis», dice López Rodó; y tiene toda la razón.

La situación puede resumirse así: Franco intenta vengar el desaire de don Juan dividiendo a éste y su hijo; el Príncipe, aún antes de su matrimonio, despliega un tacto colosal y consigue mantener la lealtad a su padre sin romper con Franco; cuando la princesa Sofía, esa maravilla de inteligencia y de sentido cultural, se incorpore a la Zarzuela, el joven matrimonio real fascinará inmediatamente a Franco, apagará el conato de incendio regencialista y restablecerá plenamente la situación.

Este proceso —que discurre entre los años 1962 y 1963— se inicia el 2 de febrero del primer año citado con una larga conversación entre Franco y don Juan Carlos. Franco, que ya había intentado la operación a finales del año anterior, recomienda al Príncipe, en vísperas de boda, que se mantenga «en contacto con el pueblo español». Y añade: «Yo os aseguro, alteza, que tenéis muchas más probabilidades de ser rey de España que vuestro padre». El Príncipe le contestó que daría cuenta a su padre de esa conversación. Franco, que está seguro de que el patriotismo de don Juan le impulsaría a renunciar a sus derechos en su momento, manifestó en sus conversaciones íntimas

que el Príncipe «es muy inteligente, de imaginación despierta y que está bien enterado de los asuntos de España».

Ya después de la boda, los príncipes visitan a Franco, que se deshace luego en elogios sobre la princesa. «Es muy agradable y parece inteligente y muy culta». Al revelar que fue la reina Victoria quien aconsejó esta visita, Franco irradiaba satisfacción. Según Franco Salgado, el tema de la monarquía obsesionaba a Franco durante toda esa época. El 13 de diciembre de 1962 decía: «Don Juan está cada vez más lejos de ceñir la Corona de España; hoy está entregado de lleno al señor Sainz Rodríguez» y decidido a restaurar la monarquía de 1876, como si no hubiese de por medio una Guerra Civil.

Unos días después, Franco demuestra su excelente información sobre el apoyo que la monarquía liberal encuentra ya en los Estados Unidos; notabilísima anticipación en 1962. «Los americanos —dice— creen que esa monarquía será duradera y hará la felicidad de los españoles». Y añade: «Estoy convencido de que en España no llegará a reinar el conde de Barcelona, pues su manera de pensar daría paso a una revolución comunista como la que vencimos en el 39. Si no se encuentra un rey que garantice el régimen, se nombrará un regente».

La última confidencia de Franco en 1962: «En Estoril están desquiciados». Ya en enero del 63 insiste en la idea de nombrar un regente. «No quedará otro remedio», dice. El 4 de febrero de ese año es el día negro en las perspectivas de don Juan y don Juan Carlos. Es evidente que el grupo regencialista, que cultivaba, de acuerdo con doña Carmen Polo de Franco, a don Alfonso de Borbón Dampierre, «el príncipe del Movimiento», como se insinuaba en una hábil campaña de prensa, contrarrestada tontamente por los demás monárquicos con apelativos como «el Doño», calienta la cabeza de Franco conociendo su obsesión de la época. «No comprendo —dice Franco ese día— por qué el infante don Juan Carlos continúa supeditado a la política de su padre, que se ha declarado incompatible con los principios del Movimiento Nacional».

Franco insiste en que el heredero de la Corona, «una vez descartado el príncipe don Juan de Borbón, es su hijo don Juan Carlos». Pero añade: «Quedan otros príncipes, como el infante don Alfonso de Borbón Dampierre, que es culto, patriota y que podría ser una solución si no se arregla lo de don Juan Carlos».

Pero pronto autoriza de nuevo don Juan, contra el parecer de Sainz Rodríguez —que está a punto de conseguir, sin pretenderlo, el final de las posibilidades de la dinastía—, que don Juan Carlos regrese a España y siga su formación mediante una serie larga de visitas y conferencias; el Príncipe visita de nuevo a Franco a finales de febrero o principios de marzo de 1963, y Franco vuelve a su preferencia normal. Hace, en sus confidencias del día 2 de ese mes, rendidos elogios a la capacidad del Príncipe, y apunta otra causa importante de su complacencia: «Doña Sofía estuvo a saludar a Carmen y permaneció con ella casi dos horas». Puede que esta visita de la princesa salvase la Corona de su joven esposo definitivamente; desde luego, fue

esencial para salvar la grave y prolongada crisis regencialista de Franco en el bienio que estudiamos.

Trescientos treinta y nueve sacerdotes vascos difunden un escrito «sobre los gravísimos peligros que determinadas actividades políticas infieren en la de sus feligreses»; se trata de un claro ataque al Gobierno y al régimen.

La oposición política de signo laboral parece concentrarse en el movimiento de las Comisiones Obreras —al margen del sindicalismo legal—, que ya apuntaron desde 1956. Con una habilidad indiscutible, los emisarios del PCE logran introducirse en la etapa germinal de Comisiones Obreras —grupos sindicales de protesta contra el sindicalismo vertical oficial— y capitalizan el importante movimiento. Esta infiltración-capitalización es la victoria más importante del PCE en toda su historia. El 28 de abril se conoce el nombre del sucesor del nuncio Antoniutti: monseñor Riberi. En todo este conjunto de problemas, interviene, por supuesto, la agitación organizada desde los medios de oposición interior y exterior, españoles y no españoles.

El Partido Comunista clandestino trató desesperadamente de atribuirse en exclusiva el liderazgo de estas actividades, presentadas por su aparato de propaganda como dirigidas y coordinadas por él. Con ello trataban los comunistas españoles e internacionales de repetir su rapto propagandístico de fenómenos tan poco comunistas como la revolución de Asturias, el Frente Popular o la resistencia agónica de la República en guerra. El Gobierno cayó muchas veces en esa trampa interpretativa y coincidió con las pretensiones comunistas al atribuirles la iniciativa y la responsabilidad de las agitaciones. Y no. Se trataba de convulsiones lógicas en el despertar del desarrollo; de convulsiones, en gran parte naturales, provocadas por desajustes más sociales que políticos, más espontáneos que programados. Los hombres que inspiraban y coordinaban el nuevo desarrollo tuvieron otras veces la intuición de comprenderlo así.

Durante los meses de mayo y junio de 1962, la primavera política se pone al rojo. El 1 de mayo Franco preside, sin inmutarse, la concentración sindical de Chamartín. Se conoce, a partir del día 6, una dura carta firmada por un nutrido grupo de intelectuales eminentes a los que se agrega un enjambre de teloneros. Los nombres ilustres están encabezados por Ramón Menéndez Pidal, Ramón Pérez de Ayala, Camilo José Cela, Pedro Laín, Vicente Aleixandre, Ignacio Aldecoa, José María Gil Robles, Manuel Giménez Fernández, Aranguren, Marías, Ridruejo, Luis Felipe Vivanco y el doctor Vega Díaz. (Casi todos habían sido ardientes partidarios de Franco).

Protestan primeramente por la información deficiente sobre las huelgas; desean practicar una especie de «mediación moral». En segundo lugar, por los «métodos represivos y autoritarios». Impresiona la carta —que poco tiene de subversiva— en los medios oficiales, pero alcanza mucho mayor relieve popular la boda de don Juan Carlos con la bella princesa de Grecia; durante los días centrales de mayo, la historia,

la actualidad y el futuro de España se entretejen en el claro horizonte donde nació nuestra civilización.

El 10 de mayo arriban al Falero el conde de Barcelona, a bordo del Saltillo, y el representante de Franco, ministro almirante Abárzuza, con su pabellón arbolado en el histórico crucero *Canarias*. Por el aire llega la reina Victoria de España, que va a presidir una constelación de realeza equivalente a todo un álbum de historia romántica. No menos agradó a la joven pareja la presencia entusiasta de cinco mil españoles; nunca tantos en Atenas desde la conquista catalana.

La boda se celebra el 14 de mayo; son testigos, por parte de don Juan Carlos, su tío abuelo don Alfonso de Orleans y Borbón y su primo hermano don Alfonso de Borbón Dampierre. Laureano López Rodó transmite una autorizada interpretación política del enlace: «El Generalísimo quiso rodear al Príncipe, con ocasión de su boda, de una serie de signos externos que fueron creando en el ánimo de los españoles la idea de cuál era su intención para el futuro: el nombramiento del marqués de Luca de Tena como embajador en Grecia; el envío del crucero *Canarias*…; la concesión al Príncipe del gran collar de Carlos III, etc».

No es, por tanto, en ninguna camarilla madrileña (aunque ella lo creyese), sino bajo la clara silueta de los montes platónicos, donde se hizo irreversible la «operación Príncipe» sugerida un día lejano por discretos consiliarios, alentada por Carrero Blanco y su equipo de Presidencia, apuntalada por consejeros privados de la talla de un Fernández de la Mora y por nuevos gobernantes de la talla de un López Rodó, pero concebida, dirigida y realizada desde una serena estancia de El Pardo.

El Contubernio de Múnich

Las fuerzas inconexas de la subversión y de la oposición radical al régimen han desconocido sistemáticamente, para su posterior desesperación a la hora de las comprobaciones, la decisiva potencialidad del apoyo popular a Franco. A veces han sido los propios gobiernos de Franco los que han minusvalorado la capacidad de reacción pro-Franco del pueblo español en circunstancias agitadas. Los aguerridos alféreces provisionales de la guerra, expresión de un apoyo popular selectivo convertido en entraña del régimen, prepararon una concentración a fines de mayo para adherirse a Franco y —según los portavoces de algún sector exagerado en el grupo— para exigir públicamente a Franco mayor energía ante las «audacias del enemigo».

Una cosa era el amplísimo movimiento de los alféreces provisionales y otra su capitalización e incluso manipulación por un grupo de extrema derecha, caracterizado por su miedo al futuro. Franco acudió a cuerpo limpio a la cita de sus fieles, el 27 de mayo de 1962, en el cerro Garabitas de la Casa de Campo madrileña, escenario de un heroico forcejeo durante más de dos años de guerra. No hubo lugar a crítica ni exigencia alguna; la simple presencia de Franco hizo rugir de entusiasmo a los oficiales de su ejército popular. Les dice:«Se moviliza vuestra asociación para hacer acto de presencia en el ruedo ibérico. Constituimos el punto clave más importante de la resistencia política occidental. El liberalismo es una de las puertas principales por donde el comunismo penetra». Alude a los más candentes problemas de la actualidad: huelgas, agitaciones eclesiásticas, sucesión. «Se pretende llevar su filtración (comunista) a las organizaciones seglares de nuestra Iglesia, parasitadas muchas veces por la filtración de sus agentes». Pero cuida muy mucho de matizar su contraataque; jamás se encara institucionalmente contra un frente hostil, sino que trata de minimizarlo en su advertencia; alude simplemente a «los excesos de algún clérigo vasco separatista».

Advierte también por lo bajo a quienes fueron a Garabitas para criticarle: «Hemos de sacrificar lo que nos separa por lo que nos une». Y se lleva de calle a su auditorio con un arranque final: «Hay también quienes torpemente especulan con mis años (clamor). Yo sólo puedo deciros que me siento joven, como vosotros (cinco minutos de griterío); que detrás de mí todo quedará atado y garantizado por la voluntad de la mayoría de los españoles» (ya no logró seguir hablando). En las vaguadas velazqueñas que frenaron en seco la primera, Franco ganaba, entre los suyos, a pecho descubierto, su segunda batalla de Madrid.

El mes de junio de 1962, cuando la actividad política parece que va a resurgir en forma de paroxismo, se inicia con toda normalidad. El ministro de Comercio, Alberto

Ullastres, habla el día 1 en Barcelona. «Así como la herejía del siglo XIX —dice— fue el liberalismo (no el liberalismo económico, sino el religioso), pues bien, la herejía del siglo XX es el progresismo», al que aplica una severa interpretación de la encíclica *Mater et magistra.* Por esos días vuelve a la normalidad la situación social en el norte. Franco preside un normal y entusiasta desfile de la victoria el día 4.

Pero al día siguiente, 5, se inicia en Múnich el Congreso del Movimiento Europeo, en el que confluyen, dentro de un claro ambiente liberal, todas las tendencias políticas de la nueva Europa, con exclusión del comunismo, que por entonces, al dictado soviético, se presentaba como decididamente adversario del europeísmo. Confluyen en Múnich 118 españoles del interior y del exilio, pero el Movimiento Europeo, además de la exclusión de los comunistas, cae en otra, bien torpe por cierto: no invita a los representantes del europeísmo español fíeles al régimen.

Por tanto, los españoles de Múnich-62 pertenecen a dos grandes grupos: la oposición a Franco en el interior y la oposición a Franco en el exilio. Reunidos en dos comisiones, la A —presidente, Gil Robles— y la B —presidente, Madariaga—, se ponen de acuerdo en un programa que «fije las garantías que España deberá dar para ser admitida en el Mercado Común». Antes de salir para Múnich, algunos participantes, como Gil Robles, Miralles y Satrústegui, habían comunicado fehacientemente al Gobierno español sus propósitos de acudir a Múnich, si bien una de las cartas al menos, la de Gil Robles, llega a manos de aquél más de veinticuatro horas después de la salida del firmante. El Gobierno español trata de oponerse a los esfuerzos de la doble oposición y destaca a Múnich al marqués de Valdeiglesias, cuyas gestiones, lo mismo que las del embajador de España en Bélgica, logran escaso fruto.

Madariaga y Gil Robles presentan conjuntamente la resolución adoptada por los 118 delegados de la oposición española, en la que se exige «la instauración de instituciones auténticamente representativas y democráticas…, la efectiva garantía de todos los derechos de la persona humana…, el reconocimiento de la personalidad de las distintas comunidades naturales…, el ejercicio de las libertades sindicales sobre bases democráticas…, la posibilidad de organización de corrientes de opinión y partidos políticos». Se cierra la propuesta «con el compromiso de renunciar a toda violencia activa o pasiva antes, durante y después del proceso evolutivo». Los delegados de la oposición se erigen en portavoces de «la inmensa mayoría de los españoles» (sin más pruebas que su afirmación).

En su discurso para presentar la moción, Madariaga ataca a Franco: «Si toleráis un tirano en cualquier provincia de Europa, la española o la yugoslava, ¿quién os dice que mañana no intentará quedarse también con vuestra libertad, por ejemplo ejerciendo presiones diplomáticas y consulares para que en vuestras asambleas no se discutan tales temas ni se presenten tales resoluciones?» Gil Robles afirmó luego que,

gracias a la intervención de los españoles del interior, el Movimiento Europeo redujo las condiciones previas a la entrada de España en el Mercado Común.

Para comprender la inmediata reacción española, conviene tener en cuenta, además de los datos, varios hechos: la ejecutoria de Madariaga y Gil Robles contra Franco y su régimen; la exclusión muniquesa de los europeístas fíeles al Gobierno; el hecho de que el Gobierno español mantuviese relaciones normales con todos los estados europeos; y el claro aspecto de intromisión en los asuntos internos de un país que acababa de solicitar oficialmente su incorporación a Europa.

Esa reacción no se hace esperar y es fulminante. El 8 de junio firma Franco un decreto-ley por el que se suspende el artículo 14 del Fuero de los Españoles (derecho de libre residencia) por dos años. «Las campañas que desde el exterior vienen realizándose para dañar al crédito y el prestigio de España —dice el decreto-ley— han encontrado eco y complicidad en algunas personas que, abusando de la libertad que el Fuero de los Españoles les reconoce, se han sumado a tan indignas maniobras».

Ante la revelación de los hechos de Múnich, según la versión sensacionalista y en buena parte desenfocada de Marcel Niedergang, *Arriba* dirige a partir del 9 de junio la indignación —por lo demás nada artificial ni injustificada, aunque algunas veces exagerada— de la prensa y la opinión pública españolas. Tienen razón los actores de Múnich al quejarse de las exageraciones y tergiversaciones; pero se equivocaron entonces, y se siguen equivocando ahora, ante la primera historia, cuando atribuyen exclusivamente a la presión oficial el enorme movimiento de espontánea indignación que suscitó su, por lo demás, evidente maniobra. Franco reaccionó ante el desafío de Múnich con su desafío de Valencia; y se limitó a una crítica muy moderada y desapasionada por la presencia de Gil Robles. Pronto criticaría también, desde esa lejanía que afectaba siempre que comentaba actuaciones de los intelectuales disidentes, a Julián Marías (que no estuvo en Múnich) y a Dionisio Ridruejo (que sí asistió).

El 9 de junio inicia *Arriba* el contraataque con su célebre artículo *El contubernio de la traición.* Jamás se utilizó tanto como entonces en la España contemporánea la agresiva palabra contubernio. (*Arriba*, tras Niedergang, sitúa equivocadamente en Múnich a Manuel Giménez Fernández.) Cuando a partir del 9 de junio los auténticos asistentes van regresando a España, son detenidos y obligados a elegir entre el confinamiento o el exilio. Gil Robles pasa la noche en Barajas y al día siguiente decide ir a París. Otros eligen Fuerteventura o Hierro: Joaquín Satrústegui, Jaime Miralles, Jesús Barros de Lis y Fernando Álvarez de Miranda e Íñigo Cavero; algunos, como Prados Arrarte, Ignacio Aldecoa, Ignacio Fernández de Castro y Dionisio Ridruejo, la expatriación temporal.

En su nuevo ataque, bajo el título *Reconciliación de traidores*, la prensa oficiosa continúa el día 10 su campaña; mientras, el Gobierno de la República en el exilio declara acoger «con emoción los acuerdos elaborados de manera unánime por los

delegados españoles». En medio de una viva aunque sorda polémica sobre las actividades políticas del Opus Dei, la *Hoja del Lunes* de Madrid publica el 11 de junio una reiteración de los habituales matices y distingos, esta vez con mayor solemnidad y a cargo de la Secretaría General del Instituto, en Roma.

El 13 de junio, en el clandestino *Mundo Obrero*, el Partido Comunista de España riza el rizo para engancharse en lo posible al tren de la oposición muniquesa, con lo que da también nuevos argumentos a la exagerada «teoría de la conjura», tan grata siempre a los propagandistas de Franco. «Frente a la dictadura franquista, el PC afirma su coincidencia con estas cinco condiciones, que podrían constituir la base fundamental para un acuerdo político de las fuerzas de oposición». Era, como pronto se confirmaría, el comienzo de una nueva etapa para el tenaz «gran engaño».

El 15 de junio José María Gil Robles cae víctima del retroceso de su propia detonación. Una nota oficial del conde de Barcelona le desautoriza y dispone su cese en el Consejo Privado. «Su presencia en él —dice Calvo Serer— significaría, según algunos consejeros, un entorpecimiento en las buenas relaciones existentes en aquellos momentos entre don Juan y el general». La prensa oficiosa incluye falsamente a don Juan en el contubernio; ésta será la causa de que Franco cesase al ministro de Información, Arias Salgado, poco después de declarar su identificación ideológica con él.

Residenciados o expatriados sus adversarios de Múnich, Franco busca, como en otros momentos críticos, el contacto directo con su pueblo. Una enorme multitud, todavía más espontánea que en anteriores ocasiones, le aclama en Valencia cuando, con experta intención, Franco le dirige una vieja frase de Gil Robles en la República; «He aquí mis poderes». Y concreta: «La unión más estrecha con mi pueblo».

Franco no nombra a Múnich, aunque su alusión al recrudecimiento de las campañas antiespañolas sea suficientemente intencionada como para provocar entre su auditorio el grito que reprodujo toda la prensa: «Los de Múnich, ¡a la horca!» Dos días después de su cese, José María Gil Robles, que en esta época se complica un poco con los plazos, dimite de su puesto en el Consejo Privado de don Juan.

El movimiento de la resaca por Múnich lleva la firma de Franco bajo el decreto-ley del 10 de julio de 1962. Es el relevo de seis ministros del Gobierno. Refuerzo de la posición del Ejército: el general Muñoz Grandes es designado vicepresidente del Gobierno (se resucita el cargo, sin cubrir desde los primeros ensayos, encomendados también a militares), sin perjuicio de sus funciones como jefe del Alto Estado Mayor: «tendrá a su cargo la coordinación de los departamentos afectos a la defensa nacional y desempeñará aquellas funciones que expresamente le delegue el presidente del Gobierno, a quien sustituirá en casos de vacante, ausencia o enfermedad». El nombramiento de Muñoz Grandes anima al grupo regencialista.

Los nuevos ministros son: Pablo Martín Alonso, ayudante de Alfonso XIII, liberador de Oviedo, actual capitán general de Cataluña, del Ejército; el almirante Nieto Antúnez, segundo comandante del España y comandante del Azor,

subsecretario a la sazón de la Marina Mercante, de Marina; José Lacalle Larraga, veterano de las columnas de Mola y de la Brigada Aérea Hispana, del Aire; el vicerrector de la Universidad madrileña, investigador mundialmente conocido en el campo de las reacciones orgánicas, Manuel Lora Tamayo, de Educación Nacional; y un antiguo oficial provisional de la Primera de Navarra y letrado del Consejo de Estado, Jesús Romeo Gorría, de Trabajo.

Dos jóvenes ministros acaparan, sin embargo, la atención general: Gregorio López Bravo, ministro de Industria a los 39 años, y Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo a los 40. Insinúa Calvo Serer que Arias cayó víctima de los apresurados excesos informativos en la reacción de Múnich, y tiene razón. Hombre de total lealtad a Franco antes y después del cese, falleció casi inmediatamente, el día 26. Los comentarios de *Le Monde* revelan la superficialidad exterior al aplicar a la España en vísperas del desarrollo criterios de pandereta política: López Bravo «se parece a Luis Miguel Dominguín y Fraga es el niño prodigio del régimen».

Era Fraga, en realidad, un hombre ejemplar del régimen; de procedencia falangista moderada, nacido en una modesta familia gallega, trabajador legendario, totalmente hecho a sí mismo, con un carácter algo desbordado pero también con una espléndida firmeza, una profunda inteligencia y una formación sólo comparable, por su vastedad y hondura, a su patriotismo; conquistador de los primeros puestos en la carrera diplomática, en la cátedra universitaria y en la investigación de ciencia política, de la que ya era en 1962 uno de los primeros teóricos españoles. Le fallaba a veces el sentido de la oportunidad y el conocimiento real de las posibilidades y las bajezas de sus adversarios; el autor de este libro le definiría, muchos años después, como incombustible, y lo es. Se vinculó pronto a Castiella, Solís y Muñoz Grandes.

Carrero y los tecnócratas recelaban de Fraga; Franco se asustaba por su dinamismo y no llegó jamás a comprenderle del todo. Como hombre integral del Movimiento, estaba en excelentes relaciones con los medios políticos del catolicismo español, incluso los moderadamente progresistas.

Su ensayo, en cualquier caso, sería el ensayo de la madurez política del régimen. Acometió decididamente, en tromba a veces, la creación de una plataforma de equilibrio entre pasado y futuro, entre autoridad y libertad. Acreditó inmediatamente su capacidad de convocatoria popular y pasó la prueba del fuego para todo gran político: demostrar que sabía rodearse de un equipo de hombres eminentes.

Uno de sus principales enemigos era su propio carácter, del que extraía también una tenacidad y una energía inagotables. Miembro del equipo avanzado de Ruiz-Giménez, mantendría siempre su lealtad a Franco, al régimen y a sí mismo. Fraga toma posesión con firmes palabras. «Vengo a defender el honor de España por todos los medios. No bajaremos la guardia ante nuestros enemigos». La declaración del Gobierno, el 13 de julio, tiene un corte nuevo. «Se impulsará el crecimiento acelerado de nuestra economía a través del Plan de Desarrollo económico». Se fomentará la «formación moral e intelectual de todos los españoles»; se prestará «atención a los

estados de opinión pública y sus lícitas manifestaciones» dentro de la mayor «fidelidad al servicio de la paz y de la vocación europea». Concluye el mensaje con el ofrecimiento a Europa de la España turística.

Franco cumple 70 años

El 4 de diciembre de 1962, y en plenitud física, mental y política, Francisco Franco cruza la barrera de los setenta años. En su mensaje del día 30, anuncia el establecimiento por primera vez en España de un salario mínimo interprofesional: sesenta pesetas. «Hago llegar mi voz —dice— a vuestros hogares para hablaros de política». Exalta la trascendencia de lo espiritual: «Son muchos los que han llegado a consideramos como la reserva espiritual de Occidente». Evoca los largos días amargos: «Hemos conseguido ganar tiempo». Al resumir los datos económicos de 1935 a 1962, recuerda que «algunos hablan ya de milagro español». Pero el desarrollo económico —Franco insiste varias veces en ello— no es novedad de hoy. «Hoy importa más a los pueblos la sustancia de las realizaciones que la lucha abstracta de las ideologías». Nada tenía de abstracto el enorme éxito editorial de 1962: los 20.000 ejemplares del informe de la misión del Banco Mundial sobre el desarrollo español en puertas. Jamás un estudio técnico tan abstruso logró semejante aceptación entre los especialistas y el pueblo. El desarrollo estaba en el ambiente; se convertía, pues, en un desafío político tanto como económico. Laureano López Rodó y sus hombres tuvieron el acierto táctico de comprenderlo así, después de su éxito estratégico al suscitarlo.

A lo largo del mes de febrero de 1963, bajo la personal dirección de doña Carmen Polo de Franco, se dan en el palacio de la Zarzuela los últimos toques decorativos para que puedan instalarse cómodamente los príncipes don Juan Carlos y doña Sofía, a la vera de El Pardo. El propósito estaba ya claro, aunque no todos lo advirtieron con seguridad.

El 8 de marzo, en la Biblioteca Municipal de Bilbao, Laureano López Rodó pronuncia el pregón del Plan de Desarrollo con su muy comentada conferencia *La programación económica.* Al día siguiente, clausura Franco el pleno del Consejo Nacional del Movimiento: «El Consejo Nacional habrá de estudiar si para lo sucesivo la organización actual se corresponde con lo que el tiempo demanda». El ministro Solís anunciará al día siguiente que el Consejo Nacional se reunirá normalmente cada año; pero seguirá durante el resto de la década sin encontrar su sitio, limitado a su demasiado cómodo papel de reserva política, como el propio Franco lo recordará en su momento.

El embajador Garrigues declara en Washington: «España ha tenido en 1962 el más alto coeficiente de crecimiento de Europa». Parece que a finales de marzo la OAS puede darse por desmantelada; su dirigente militar, Argoud, es cazado misteriosamente y su inspirador político, el viejo enemigo de España Georges Bidault, aparece disfrazado en una esquina de Lisboa.

El proceso contra un dirigente comunista, Julián Grimau, va a envenenar el mes de abril de 1963, poco después de un rápido viaje de Franco y su esposa a Málaga, los días 13 y 14. Capturado a finales del año anterior, Grimau es condenado a muerte por un consejo de guerra tras declararle convicto de diversos delitos de sangre durante la Guerra Civil, cuando el encartado actuaba como policía en la «checa» barcelonesa de la calle de Berenguer el Grande. No fue combatiente, sino, desde el 15 de agosto de 1936, miembro de la policía política. Se demostró después alguna irregularidad en la composición del tribunal militar. El Gobierno discute largas horas el indulto, que no se concede; vivían —y depusieron en el proceso— algunas de sus víctimas.

Miembro del Comité Central del PCE, Grimau había regresado a España para dirigir sus actividades subversivas. Su partido orquestó una tremenda campaña internacional para evitar su muerte, con participación personal de Nikita Kruschef mediante un telegrama directo a Franco. Llega a Madrid, el 19 de abril, el ministro y prestigioso hacendista francés Valéry Giscard d'Estaing. Julián Grimau es fusilado al día siguiente al amanecer.

Giscard no cancela por ello su visita, contra la cual no le faltaron consejos. Franco, en sus conversaciones íntimas, se muestra convencido de la culpabilidad de Grimau, según las deposiciones de algunas víctimas supervivientes. Compañeros de Santiago Carrillo atribuyeron después al líder comunista extrañas sospechas en tomo a la muerte de Grimau, como si hubiera sido enviado a ella desde dentro.

A sus 70 años, Franco estaba en forma, aunque se atrevió a comentar sobre algunas actuaciones de su coetáneo Camilo Alonso Vega: «Los años no perdonan». En testimonios abiertos y secretos, hay pruebas más que suficientes. Ya hemos visto cómo resistía a las presiones de los grupos internos de su régimen, y lograba restablecer por sus medios la confianza en los príncipes a pesar del tremendo navajeo que, con la ayuda de algunos regencialistas y de la propia familia de Franco, se insinuaba ya en las alturas desde el desaire de don Juan en los días del compromiso para la boda. En noviembre de 1963, cesó implacablemente al presidente del INI, Juan Antonio Suances, su amigo de infancia, seducido, sí, por la preferencia que otorgaba al joven y brillante ministro Gregorio López Bravo, pero guiado sobre todo por razones objetivas: el inmovilismo de Suances, a quien Franco reconocía, sin embargo, todos sus grandes servicios.

Mantuvo a raya a su familia y a los *adláteres* de su familia, como el señor Sanchiz, tío del marqués de Villaverde y encargado de administrar la finca de Franco en Móstoles, cuando quiso extralimitarse en sus influencias y tutear al Caudillo, que no se lo permitió.

Durante estos años, en sus conversaciones íntimas, Franco acumula pruebas de su capacidad, sentido común y sentido de alerta. Por ejemplo, en política interior, su información sobre movimientos de la oposición socialista y comunista, y sobre ciertos manejos masónicos (auténticos, pero tergiversados, eso sí, en la

interpretación), así como sobre movimientos de los consejeros liberales monárquicos de don Juan sigue siendo excelente.

En política exterior, sobre la que los historiadores y propagandistas de la revancha quieren presentamos ahora a un Franco punto menos que analfabeto, Franco prodiga en este bienio opiniones y actuaciones llenas de sentido común y de prudencia que ahora no podemos detallar, pero sí citar: por ejemplo, en la crisis de los misiles soviéticos en Cuba, en las desorientaciones de la Administración Kennedy sobre Castro (donde el *New York Times* cometió un fiasco descomunal, imposible de tapar históricamente); en la apetencia de la URSS sobre las colonias portuguesas; en su contacto y valoración del rey Hassan; en el tema de la entrada de España en el Mercado Común.

El repaso detallado de las opiniones de Franco puede corregir ciertas simplificaciones sobre su capacidad y sobre su vigencia mental y política en estos primeros años del desarrollo, cuando palpaba ya, entre diversos fallos, el éxito económico del régimen.

La Secretaría del conde de Barcelona publica el 3 de mayo una esperanzadora noticia nacional: la princesa doña Sofía espera un hijo. Con esa misma fecha, el Gobierno envía a las Cortes un proyecto de Ley para la Creación del Juzgado y Tribunal de Orden Público, que se convertirá en bestia negra de la oposición, sobre todo para los sectores abiertamente subversivos. Franco y Salazar celebran en Mérida, los días 14 y 15 de mayo, su séptima reunión. El 18, Franco y su esposa inauguran en el Retiro la exposición *Arte de América y España.*

Importantes noticias van a conmover, en junio, los teletipos de un año especialmente tranquilo, el de 1963. El día 3, a las 19:45, fallece en el Vaticano, tras una agonía de ochenta horas, el buen papa Juan, que había entregado, sí, a los comunistas italianos un millón de votos católicos (casi todos femeninos) en las recientes elecciones, pero había logrado también la más realista y profunda reflexión de la Iglesia sobre su propio destino desde el Concilio de Trento. Franco preside el funeral por el pontífice el día 5 en San Francisco el Grande, antes de salir para Albacete, a donde llega esa misma tarde. Al día siguiente se entrevista con el Rey Hassan de Marruecos en Barajas, y, según se comunica oficiosamente, acepta la invitación de su amigo para un viaje oficial a Marruecos que no llegaría a realizarse. El día 6, Franco está en Murcia; inaugura los embalses de Camarilla y El Cenajo. Muere tres días después, en Las Arenas, un colaborador de las horas difíciles: el embajador y ex ministro José Félix de Lequerica, a quien Franco, sobre todo en estos últimos años, prodigó los elogios.

El 14 de junio llega Franco a Barcelona por mar. Inaugura allí, el 17, el Museo Militar de Montjuic. «Para nosotros —dice—, no son necesarias las prisiones, ni que las fortalezas miren al interior». Barcelona, pese a posteriores reticencias, supo comprender y valorar el gesto. Visita el día 18 la zona del Vallés, recuperada. Conoce en Pedralbes, el día 21, la noticia de la elevación al solio pontificio del cardenal

Montini, que no era, desde luego, el candidato de España, cuando asume el nombre de Pablo VI.

Cunde la grave preocupación en el elemento oficial, que recuerda antecedentes y telegramas; pero la prensa se apresura a tranquilizar a los aprensivos con todo género de seguridades. Montini queda atrás; ahora es el Papa.

Arriba cita una carta de Montini en 1953: «Es de alabar la inteligencia del Gobierno de España para resolver los problemas del campo andaluz». El pronto progresista y futuro comunista padre Llanos acude a la misma tribuna oficiosa: «Hora de plenitud, hora de bendito triunfo de la Iglesia, que se prepara a salvar de nuevo a la tierra de los astronautas, de los hombres rana, de los investigadores, de los turistas, de los economistas, de los marxistas, de los anticolonialistas, de los enfermos mentales, de las estrellas de cine, de las masas y masas que avanzan ciegamente en busca de una luz».

Se encrespan diversas polémicas impensables no sólo años, sino incluso meses antes, a lo largo de noviembre de 1963. El *New York Times*, a propósito de unos comentarios sobre la encíclica *Pacem in terris,* atribuye al obispo Angel Herrera un enfrentamiento con Franco que el creador de La Editorial Católica se apresura, con toda razón, a desmentir. Más aún, monseñor Herrera manifiesta por entonces cierto desvío hacia la solución monárquica, y parece aproximarse a las tesis regencialistas acariciadas por Franco en sus períodos de exacerbación contra don Juan. En cambio, según Calvo Serer, «Joaquín Ruiz-Giménez, uno de los más conocidos hombres políticos del grupo de Herrera, estaba utilizando cada vez de modo más claro la encíclica como arma arrojadiza contra el franquismo. Ya durante la primavera de 1963 había comentado que la aparición de la *Pacem in terris* le planteaba un problema de conciencia, toda vez que, tras lo que el papa acababa de publicar, le acongojaba la duda de si estaba obligado a romper abiertamente contra el régimen. Por expresarse en este sentido, tuvo un fuerte choque con Alfredo Sánchez Bella, embajador entonces en El Quirinal, de quien era huésped en Roma».

Choca luego Ruiz-Giménez con Martín Artajo y Sánchez Agesta; choca, con mayor dureza, en plenas Cortes (de las que era procurador designado, si bien pronto dejaría de frecuentarlas), con Raimundo Fernández Cuesta, quien pronunció contra él «palabras que no se perciben» en el argot parlamentario; choca con el régimen el audaz abad de Montserrat, don Aurelio María Escarré, quien luego debió trasladarse a climas italianos, menos polémicos que los de su recortada serranía catalana. Tanta agitación proviene de las primeras incertidumbres conciliares. Las duras declaraciones del abad Escarré en *Le Monde* constituyen la primera crítica radical contra Franco desde medios eclesiásticos de altura. Fraga las publicó con una refutación justa y enérgica; Franco las critica dura, pero serenamente, en la intimidad. El 2 de noviembre, el mundo se pregunta el porqué del asesinato del presidente católico del Vietnam, Ngo Dinh Diem.

El 22 Franco se conmueve en lo más hondo, con todos los españoles, con el asesinato de John Fitzgerald Kennedy, en Dallas, ciudad sin ley. «Estoy profundamente impresionado —es la declaración inmediata, oficial y espontánea a la vez de Franco— por la noticia del criminal atentado contra el presidente Kennedy, conductor de la nación americana en momentos difíciles y gran figura de hombre de Estado en el occidente cristiano».

Para llevar su pésame, parte a Nueva York el vicepresidente del Gobierno, Agustín Muñoz Grandes. Los comentarios privados de Franco sobre el asesinato de Kennedy critican mucho el sistema de seguridad en Dallas. El día 26, cuando España no se ha repuesto aún de la trágica noticia, Franco la comenta en Barajas con el emperador Haile Selassie, de Etiopía. Casi a la vez, Jacqueline Kennedy estalla en sollozos sobre el hombro del embajador de España, Antonio Garrigues, con quien los Kennedy habían pasado el anterior fin de semana. A Franco le molesta mucho que un adversario del régimen, Julián Marías, cubra en la Real Academia Española la vacante del obispo Eijo y Garay, pero nada intenta para impedirlo. Un comunicado del duque de Alburquerque, jefe de la Casa de don Juan, anuncia el nacimiento de la primera hija de don Juan Carlos y doña Sofía, la infanta Elena de España; es el 20 de diciembre. El día 27, Laureano López Rodó defiende ante las Cortes su Plan de Desarrollo. El conde de Barcelona penetra por tierra hasta el corazón de la península; pasa en la finca El Soto, de los Alburquerque, en Algete, a orillas del Jarama, la noche del 26 de diciembre, y el 27 se traslada al palacio de la Zarzuela para presidir, junto a Francisco Franco, el bautizo de su primera nieta.

Transcurre, pues, en familia, el histórico reencuentro de los dos personajes que polarizaban, de manera diversa, la historia de España. No hubo entre los dos un formal cambio de impresiones, sino una conversación amistosa y superficial. Se celebra el mismo día un apretado pleno de las Cortes españolas: quedan allí aprobadas la Ley General Tributaria, el Plan de Desarrollo, la Ley de Centros y Zonas de Interés Turístico Nacional, la de Asociaciones y Uniones de Empresas, la de Bases de Contratos del Estado y la de Seguridad Social. Todas ellas habían nacido de proyectos del Gobierno, discutidos ampliamente en ponencias y comisiones, aprobadas al fin de su trayectoria, ni de forma tan democrática como pretendía la propaganda del régimen, ni tan dictatorial como sentenciaba, sin mayor examen, la propaganda enemiga.

El 30 de diciembre, en su aparición anual ante los hogares españoles, Franco convierte en tema de su mensaje la espera y la esperanza común del desarrollo: «El Plan de Desarrollo va a constituir la gran obra de nuestro tiempo. Lo interesante no es estar con el mundo de ayer, sino acertar con el mundo de mañana». Y presenta el sistema político global del futuro como una síntesis de los que hoy rigen en Oriente y Occidente: «Acertar con el mundo de mañana». Nadie pensaba en otra cosa, dentro de la España política a finales de 1963. ¿Empezaba ya, en vida de Franco, según las propias palabras de Franco, el posfranquismo? Parece que esto es lo que quiso decir

Franco en persona al derrotado Barry Goldwater, que le visitó no muy lejos de estas fechas. Cuando el conservador de Arizona le pregunta por el futuro de España, Franco le contestó: «Estamos ya en el futuro».

En el diario del ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, quedan numerosas referencias a rasgos y actuaciones de Franco durante los años 1962 y 1963: los larguísimos consejos de ministros, la formalización del bando aperturista y el bando reaccionario en el Gobierno, etc. El diario está difundido y el lector puede ampliar allí estas sugerencias. Fraga insiste en la profunda popularidad y comunicación de Franco con el pueblo, en la expertísima relación que, cuando Franco desaparezca —pronostica en 1962— nadie sabe cómo suplir. Ese diario es una prueba importante de la excelente forma física y política de Franco en el bienio que acabamos de evocar.

Los XXV Años de Paz

Franco había pasado el bienio anterior (1962-63) en plenitud física y política. Ahora, en el cuatrienio siguiente —que coincide con la vigencia formal del primer Plan de Desarrollo—, Franco llega a la cumbre de su vida, e inicia lentamente el declive.

Sus íntimos y sus próximos lo advierten y se alarman, mientras reaccionan en dos sentidos. Por una parte, tratan —algunos de ellos, el círculo familiar— de obrar como si nada sucediera; de perpetuar la trayectoria de Franco y la plataforma de disfrute del poder que ellos mismos detentaban. Esta dirección era obra de una camarilla formada por la familia Franco —doña Carmen Polo, sobre todo— y el sector antimonárquico en la cumbre del régimen, que pretendía agruparse en torno a una regencia del capitán general Muñoz Grandes, o de una república presidencialista, entre mexicana y peronista, como pretendía el ministro Solís, según su adversario López Rodó. El sector tecnocrático, con el almirante Carrero como jefe de fila, pretendía acelerar y consolidar la institucionalización del régimen en la persona de don Juan Carlos de Borbón como sucesor, y presionaba, a veces casi brutalmente, a Franco para que preparase y promulgase lo que creían gran panacea: la Ley Orgánica del Estado, que desdoblase la Jefatura del Estado y la Presidencia del Gobierno, en la que debería situarse el almirante Carrero Blanco, quien sería el hombre fuerte de la monarquía autoritaria que sucediese al reinado de Franco. Un tercer grupo, cuyo líder era el joven ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, pretendía una sincera apertura política del régimen que diese paso a una democratización efectiva por vía de reforma, en un marco de monarquía bajo el príncipe Juan Carlos. Fraga ha diseñado con claridad los componentes de estas facciones del régimen ante su etapa final. Castiella, Silva, Nieto Antúnez y generalmente el propio Solís estaban a su favor, si bien Solís no descartaba la opción regencialista-presidencialista con la candidatura de don Alfonso de Borbón Dampierre para el trono.

Al presentar al pueblo español la Ley Orgánica del Estado, en las Cortes y en televisión, Franco logra comunicar e infundir su última ilusión y lograr su última victoria; el sí masivo, innegable, de los españoles a su proyecto. Pero pronto pudo advertirse que el proyecto era una cáscara vacía y, además, que nacía muerto ante la evidente voluntad de Franco de no interpretarlo en sentido democratizador, sino en sentido regresivo. Desde la primavera de 1967, el pueblo español se sintió, por primera vez, frustrado y hasta engañado por Franco, que se encerraba cada vez más en su hermetismo, entregaba el poder vicario a su lugarteniente Carrero Blanco, paladín del reaccionarismo, y no volvería ya a convocar al pueblo a empresas políticas de envergadura, excepto la sucesión de 1969, que era el futuro, pero sin Franco.

Sin embargo, durante este cuatrienio —1964 a 1967— Franco mantiene su protagonismo político. Él es quien personalmente estudia, redacta y propone la Ley Orgánica del Estado. El es también quien marca por actuaciones personales directas los caminos de la regresión en 1967. Poco antes, en el verano de 1963, había publicado el último de sus artículos, que dedicó a un tema favorito: la batalla de San Quintín. A partir de este año, Franco va dejando de ser Franco. Perderá el control de la vida política, del Consejo de Ministros, de su propia familia, que se le desmandará como jamás se había atrevido antes. Procederá en adelante por reflejo del mando, y sin abdicar jamás de su voluntad de permanencia. Pero la historia del franquismo, la historia que entonces se iniciaba de la transición van ya por derroteros diferentes de la biografía de Franco. En mi *Historia del franquismo* (tomo II), encontrará el lector más detalles de la evolución española.

La transformación de España bajo el régimen de Franco —de lo que los Planes de Desarrollo fueron culminación y exponente— logró dotar a la nación de una infraestructura económica y social que permitiría el planteamiento y la implantación de la democracia en el reinado siguiente. En una profunda intuición histórica, el profesor Stanley G. Payne atribuía el fracaso de los intentos anteriores para la democratización a la carencia de esa infraestructura. El régimen de Franco no fue la democracia, pero se abrió a ella, y la hizo económica y socialmente posible. Ésa es una de sus grandes contribuciones a la historia de España.

López Rodó expuso claramente el alcance del primer Plan en su prólogo al libro de Pierre Massé, configurador de los planes franceses, *El Plan o el antiazar.* Con ello queda abiertamente reconocida la mimesis española de la programación francesa, si bien el modelo formal francés se adaptó al complejo caso español a través de una filosofía económica original y realista, por medio de un equipo competente y dedicado que buscó, además, la cooperación de numerosos expertos en la Administración y en el campo de la empresa.

Según López Rodó, el Plan es, ante todo, una tarea colectiva de los españoles; es un programa vinculante para el Estado mediante el esquema de inversiones públicas, engranado con la marcha normal de los presupuestos, e indicativo para la iniciativa privada a la que se quiere proponer, con la garantía del Estado, un gran estudio de mercados nacionales. La opinión pública y empresarial española creyó en el Plan de Desarrollo; los abstrusos volúmenes en los que se iban encuadernando las directrices de la Comisaria se iban convirtiendo en *best-sellers* de forma regular, e incluso, quién lo dijera, en piezas de colección. Pero más importante aún que la creencia generalizada en el Plan es la fe, suscitada por sus realizadores, en el propio desarrollo, que se convierte con lenta firmeza en un esquema mental del país. Hasta el punto de que algunos enemigos del régimen, herederos directos a veces de quienes exigían antaño despensa y escuela, dirigieron después sus cansinos dardos al vituperio de la sociedad de consumo, expresión que casi logran convertir en peyorativa, cuando fue el ignorado ensueño de otras generaciones críticas.

El 1 de febrero Fraga, que tira sin precauciones, propina un plomazo, en salva sea la parte, a la hija de Franco delante de su padre. Puede el lector imaginarse la escena, que afectó profundamente al Caudillo. Dos días después, los príncipes Juan Carlos y Sofía visitan a Franco, quien les pone al corriente de su intenso trabajo para preparar una Constitución en la que el jefe del Gobierno fuera muy estable y elegido por referéndum; en la que las Cortes se integrasen por representaciones más directas y auténticas.

El padre Javier Barcón, jesuita, dirige los ejercicios espirituales de Franco y su esposa; durante toda esta época Franco se muestra totalmente acorde con las opiniones del Opus Dei sobre el carácter exclusivamente individual de la actuación de sus miembros incluso en política y defiende en este sentido a la Obra y a diversos miembros de ella que colaboran con el régimen. Pero —esto es muy importante— Franco aprueba la actuación del Opus Dei porque piensa que esta versión católica de la masonería —es evocación de Franco— está ligada indisolublemente con el régimen. Después del asunto Matesa, Franco se despegará del Opus Dei, y en 1973 tenía ya dos años sin contestar dos cartas del padre Escrivá de Balaguer, fundador de la asociación.

Con un tedéum en la basílica del Valle de los Caídos, celebrado por el cardenal primado, Pía, y presidido por Franco, que tiene a su lado al Príncipe Juan Carlos, comienza la conmemoración solemne de los XXV Años de Paz, orquestada con característica eficacia por Manuel Fraga Iribarne. Se proclama un indulto general. El 15 de mayo Franco decide uno de esos gestos que en 1969 reivindicará expresamente como premonitorios; y sitúa a su lado al Príncipe Juan Carlos de uniforme para presidir el Desfile anual de la Victoria. Poco después, la agencia UPI distribuye una crónica de su director para España, Carlos Mendo, que había acompañado a Franco durante una semana de pesca por los ríos de Asturias. Se sale así al paso de los extendidos rumores sobre la mala salud del Caudillo: «He visto a Franco —dice Mendo— pescar, andar, saltar de peña en peña, levantar a pulso un salmón de nueve kilos». Detalla el observador sus conclusiones: «Franco no padece ni arteriosclerosis, ni mal de Parkinson, ni diabetes, ni uremia». Exageraba el gran periodista; el Parkinson progresaba ya lentamente, y Franco manifestaba algunos signos de decaimiento, aunque se reponía pronto y por supuesto se cuidaba muchísimo.

En esta primavera de 1964, Franco se manifestaba en sus conversaciones íntimas muy contento con los príncipes Juan Carlos y Sofía, muy alejado de don Juan, absolutamente ajeno a las pretensiones carlistas. Comunicaba también su completa falta de identificación con el pretendido monopolio de la extrema derecha —en este caso José Antonio Girón— sobre las asociaciones de ex combatientes, que según certera frase de Franco comprendían a sectores mucho más amplios de la sociedad española. Fraga Iribarne, excelente notario de la época, registra ya el duro enfrentamiento de Castiella y Carrero Blanco sobre la descolonización de Guinea, que Castie11a quería preparar racionalmente mientras Carrero se aferraba a la

permanencia inmovilista en el territorio; este choque era ya una prueba de la decadencia física y política de Franco, que en otros tiempos no lo hubiera permitido.

Fraga encuentra a Franco, ya en julio, «cansado, aburrido, un poco ido»; el fervor popular que no decrecía ante él por su senilidad, sino que acentuaba su relación popular paternalista —su populismo—, «le hizo aquel verano enfriarse en su principio de aceptar algunas reformas, de hacer cosas políticas».

Un Consejo de Ministros aprueba el 10 de septiembre en el pazo de Meirás un anteproyecto de ley —dirigido por Castiella— sobre confesiones religiosas. Es el texto, tan deseado por Castiella y Fraga, sobre libertad religiosa; tardío e insuficiente. En realidad, no se tomó el acuerdo de aprobarlo, pero Fraga, en la referencia, lo insinuó así. Carrero, al verlo, «explotó literalmente» y, también según Fraga, les acusó a él y a Castiella de fomentar la «apertura a sinistra».

Durante su tercera etapa, abierta el 14 de septiembre, el Concilio Vaticano II cuajó decisiones importantes, como la Constitución sobre la Iglesia y el decreto sobre ecumenismo e iglesias orientales; lo más importante para España es que el 18 de septiembre, y por una abrumadora votación de 2.055 obispos contra ocho (había 70 españoles en el aula), el Concilio pide que los estados cristianos renuncien al privilegio de presentar obispos. El asunto se iba a convertir en el principal problema de las relaciones Iglesia-Estado los años siguientes.

Las pantallas de toda España seguían iluminándose con un éxito inesperado: la película de José Luis Sáenz de Heredia, *Franco, ese hombre*, estrenada el 11 de noviembre de 1964. El autor de este libro es testigo de que, durante un viaje a California en octubre de 1964, el ministro Fraga advirtió los primeros signos de la oleada de revueltas estudiantiles en Occidente, que se iniciaría allí mismo poco después —en la Universidad de Berkeley— y culminaría en los sucesos de mayo en el París de 1968. El rector Seymour Lipset no le hizo caso y luego reconoció su error. Al regresar, Fraga advierte y anota los primeros signos alarmantes de decadencia irreversible en la salud y en la personalidad de Franco. «Le encontré totalmente agotado, y los ojos se le cerraban literalmente. Por primera vez empecé a temer que se nos acababa el personaje, justamente cuando más falta hacía para arreglar las cosas», escribe Fraga el 29 de noviembre de 1964. Poco después, tiene lugar en las Cortes un grave incidente entre Joaquín Ruiz-Giménez y el profesor Jesús Fueyo.

Cuando España se alegra, el 24 de enero, por la elevación al cardenalato de uno de los hombres que han hecho su historia reciente, el obispo Ángel Herrera Oria, se conmueve, dentro de Europa, por la simultánea muerte de Winston Churchill; Franco enviará a la reina Isabel II un telegrama de pésame. «El nuevo cardenal Herrera Oria me agradó bastante —dirá Franco al poco— y está dispuesto a hablar con los clérigos extraviados que demuestran sus simpatías por las ideas comunistas. Los antiguos compañeros del cardenal en Acción Católica y en *El Debate* también guardan excelente actitud». A finales de enero circulan por el país unas populares fotografías;

durante una cacería toledana, Franco departe con el ídolo popular Manuel Benítez, *el Cordobés.*

Desde principios de este año, el clan Carrero y sus aliados cercan materialmente a Franco y le acosan para que publique cuanto antes la Ley Orgánica del Estado. Abre el juego Camilo Alonso Vega y le siguen Miguel Primo de Rivera, Manuel Lora Tamayo, y muchas personas más incluso ajenas al clan, como Fraga y el arzobispo Morcillo, en nombre de la Iglesia e incluso desde el año anterior en nombre del propio Papa. Franco confesaba, un tanto forzadamente, el 21 de enero:«Yo no hago más que acatar el espíritu del Concilio Vaticano II».

El 1 de abril de 1965 el Gobierno sabe que el general Muñoz Grandes tiene cáncer. En Consejo de Ministros Fraga pide a Franco «literalmente a voces que complete la institucionalización». Franco, por fin, reacciona y lo promete. Poco después, ante una discusión, dice a sus ministros: «Tienen ustedes que oírse unos a otros».

Como consecuencia directa de la agitación universitaria, muere formalmente, entre reticencias administrativas, el viejo SEU por un doble decreto de 2 y 7 de abril. Franco preside, como siempre, la demostración sindical del 1 de mayo; el 3 se entrevista en Barajas con el sha del Irán.

El padre Pedro Arrape, provincial del Japón, testigo de la bomba atómica en Hiroshima, es elegido el día 22 sucesor de otro vasco insigne, san Ignacio de Loyola, al frente de la Compañía de Jesús, que apunta ya una grave crisis de horizonte. Arrape será completamente desbordado por esa crisis. Y Pablo VI dirige a los jesuitas una grave admonición por sus desviaciones políticas, sin que ellos le hagan el menor caso.

El 19 de junio, cuando se consuma en Argel la eliminación de Ben Bella por Bumedián, Franco inaugura en Cáceres la presa de Valdecañas. Tres días después, recibe el bautismo la infanta Cristina, segunda hija de los príncipes Sofía y Juan Carlos; España les felicita, pero sigue esperando un heredero varón. Franco, tras las huellas lejanas de Alfonso XIII, renueva en el Cerro de los Ángeles, el 25 de junio, la consagración de España al Corazón de Jesús, con motivo de la inauguración del nuevo monumento, tras las destrucciones de la guerra. El 7 de mayo Franco urge las investigaciones sobre el asesinato del líder de la oposición portuguesa, general Humberto Delgado, cuyo cadáver había aparecido en territorio español cerca de la frontera. La actitud de la justicia española fue reconocida como ejemplar.

Ante la renovación de sus contactos populares, Franco se declaraba convencido, a fines de mayo, de que el pueblo estaba con él y lo esperaba todo de él. El 7 de junio, y en medio de comentarios íntimos de enorme comprensión, Franco indulta al célebre quinqui Eleuterio Sánchez, *el Lute*, quien, al ser liberado en 1981 por su buena conducta, hace que se cumpla la expresa predicción de Franco sobre su posibilidad de regeneración, y se refiere a Franco como el Caudillo. Los medios políticos que

apoyan a don Alfonso de Borbón Dampierre se agitan mucho en esta primavera de 1965.

Las convulsiones universitarias del invierno produjeron en todo el país una sensación de desconcierto político, agravado por el progresivo descontento del campo —no muy atendido en el Plan de Desarrollo— y por ocultas tensiones en el seno del Gobierno. Como en otras ocasiones, Franco sale al paso de tales problemas mediante un reajuste ministerial, con más sentido técnico que político, que se conoce el 7 de julio, en el que seis nuevos ministros forman, junto a los que permanecen, el llamado «octavo gabinete básico» de Franco, que, en realidad, es el undécimo.

Antonio de Oriol y Urquijo, miembro de una de las primeras familias del País Vasco, medalla militar en las brigadas navarras, mantendrá la inspiración del tradicionalismo en el Ministerio de Justicia. Un distinguido funcionario de carrera, Juan José Espinosa San Martín, sustituye en Hacienda a Navarro Rubio, nombrado gobernador del Banco de España, y un alto directivo bancario, Faustino García Moneó, releva en Comercio a Alberto Ullastres, que pasa a representar a España ante el Mercado Común. Los dos autores principales de la estabilización siguen, pues, en puestos político-económicos de primera línea, si bien a ellos se encaminó con preferencia, por parte de la opinión pública, un comentario sobre la crisis que algún testigo atribuyó a un giro especialmente galaico del propio jefe del Gobierno: «El poder desgasta».

Un abogado del Estado, Federico Silva Muñoz, pronto conocido como «ministro eficacia», se hizo cargo de la cartera de Obras Públicas; vinculado a La Editorial Católica, patrocinado por José Larraz, Silva era, según la algo apresurada descripción de Calvo Serer, «el tercer hombre del cardenal Herrera». Otro abogado del Estado y empresario agrícola extremeño, Díaz Ambrona, es ministro de la crítica Agricultura; el campo español evolucionaba lentamente, con el lastre de la emigración a los suburbios y a Europa, pero ya es sintomático que se hable cada vez más de «empresarios rurales» que de simples «propietarios». Estas novedades se complementan con el ascenso de Laureano López Rodó a la categoría de ministro sin cartera, al frente de su Comisaría del Plan de Desarrollo. Fraga califica esta crisis como «crimen perfecto» y como «golpe indudable del grupo Opus».

Otras dos noticias, entonces casi inadvertidas, configuran, para el futuro, la historia de aquel verano. La primera apareció en el *Boletín Oficial*: era la ley de 17 de julio de 1965, que perfilaba, junto al Plan de Desarrollo, otro plan: el primero para la modernización de las Fuerzas Armadas durante ocho años, hasta 1972; un esquema que trataba de canalizar la ayuda especial americana hacia la revitalización de la industria militar española, justamente envidiosa de los logros entonces alcanzados, o, cuando menos, apuntados por la tecnología militar francesa.

Franco hace personalmente el 25 de julio la ofrenda al apóstol Santiago. Un juez universitario de la antigua CEDA, Luciano de la Calzada, aplica el reglamento de disciplina académica redactado en tiempos de Ruiz-Giménez para separar del

servicio, durante el verano, a tres catedráticos implicados en las agitaciones universitarias de febrero: Aranguren, Tierno Galván y García Calvo. Otros dos sufren la suspensión por tiempo determinado.

La Ley de Prensa y la Ley Orgánica

El 8 de marzo Manuel Fraga Iribarne y Angier Biddle Duke se bañan en las sospechosas aguas de Palomares, con la bomba dentro; es un hermoso gesto que contribuye sobremanera a mantener la curva ascendente del turismo español. En justa correspondencia, las Cortes españolas aprueban una semana después la Ley de Prensa con tres votos en contra: los del sacerdote navarro Fermín Yzurdiaga, veterano de la propaganda falangista, el señor Pastor Nieto y el inquieto procurador Ezequiel Puig y Maestro Amado, notable supervivencia del político profesional de antaño.

Todos los comentaristas, incluidos los que no logran cohibir una hostilidad congénita contra el brillante ministro de Información, consideran obra suya, y obra trascendental, la Ley de Prensa de 1966, que inauguró no sólo una nueva etapa, sino un nuevo horizonte de la información y la política de España. El servicio que con ella prestó Fraga a la España del presente y del futuro sigue siendo incalculable. Se trata de una de las más claras fuentes de la democracia posterior.

Franco sigue fiel, en mayo, a su costumbre de presidir la concentración sindical y a su temporada primaveral de pesca salmonera en Asturias. Antes ha invitado al presidente Nasser a visitar España, el mismo día —9 de mayo— en el que China hace estallar su primera bomba de hidrógeno. Fernando Castiella, que lleva adelante simultáneamente la negociación directa y la presión de la justicia internacional en la ONU, adelanta en Londres, el 18 de mayo, en sus conversaciones con el ministro Stewart, una inteligente y generosa oferta española sobre Gibraltar que impresiona a la opinión británica e internacional. En el Desfile de la Victoria del 30 de mayo, pasan por primera vez ante Franco cohetes tierra-tierra y tierra-aire.

Otro importante servicio de Castiella comienza a tomar cuerpo el 3 de junio: un alto grupo de trabajo presidido por él, y formado por el ministro de Justicia, Oriol, y el ahora embajador de España ante el Vaticano, Antonio Garrigues, con un grupo de colaboradores eminentes (Alfredo López, Moro, Olivié), inicia el estudio del nuevo estatuto español para asegurar la libertad religiosa en sentido conciliar, no sin serios recelos por parte del almirante Carrero.

Preside Franco en Barcelona el 28 de junio un consejo de ministros cuando el teniente general Juan Carlos Onganía, sin casi oposición, asume el poder supremo en Argentina. El alcalde de Barcelona, Porcioles, tiene el valor de preparar al Príncipe Juan Carlos para una inevitable ruptura con su padre con motivo de la sucesión. «Es muy duro, Porcioles», contesta el Príncipe. El 17 de junio don Juan Carlos habla con Franco y se suma a la lista de quienes le preguntan por la Ley Orgánica del Estado. «Me gusta que a V.A. le interesen estos problemas», dice Franco. «La separación de

la Jefatura del Estado y de la Presidencia del Gobierno se hará en el momento oportuno». Franco recomienda al Príncipe: «V.A. debe ser leal y respetar a su padre». Desde ese momento, Franco y don Juan Carlos coincidirían en algo que Franco expresó así: «Tengo interés en dejarlo bien».

A finales de junio, la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal plantea, por primera vez, la necesidad de la participación política de los españoles en un sentido netamente democrático. El 30 de junio se reunía en Barcelona con Franco el grupo de ministros que colaboraba directamente con él en la preparación de la Ley Orgánica.

Arriba truena el 22 de julio contra *ABC*, secuestrado por un gran artículo de Luis María Anson: *La Monarquía de todos.* «El mayor enemigo de la monarquía y del régimen —comentó Franco— no hubiera escrito nada más lamentable». Recientemente converso a la democracia, a partir de sus ideas de extrema derecha antiliberal, Anson iniciaba su nueva etapa con el ardor del converso.

Transcurre el verano en tensa calma para la preparación de un caliente otoño político, pero esta vez bajo la plena iniciativa del régimen, aparentemente decidido a llevar de forma paralela y coordinada el doble desarrollo económico y político. Ésta es la impresión que el régimen logró transmitir a la oposición; se vivían vísperas democratizadoras y por eso la decepción sería luego tan profunda y definitiva. A pesar de los nuevos dirigentes de la causa monárquica, don Juan de Borbón se suma a la apoteosis del régimen para sus «25 Años de Paz» y en vísperas de la Ley Orgánica del Estado.

«Al cumplirse treinta años —telegrafía a Franco nada menos que el 1 de octubre de 1966— del día en que V.E. fue elevado al mando de nuestro pueblo, como un español más me uno a cuantos en esta fecha le manifiestan su congratulación. Lo que hay en mi persona que más singularmente me vincula a los dolores o alegrías de nuestra patria me impulsa a elevar a V.E. el testimonio de mi gratitud por cuanto hizo y sufrió por ella, y de mi segura esperanza de que su obra quedará en la historia como ejemplo de un esfuerzo excepcional culminado con clarividencia, en pacífica y evolutiva continuidad. Juan, conde de Barcelona». Nunca don Juan dijo a Franco tales cosas; pero ya era tarde para Franco.

El 28 de octubre el capitán general Muñoz Grandes intenta, en un esfuerzo supremo, que Franco retire del Consejo de Ministros el texto de la Ley Orgánica del Estado. No lo consigue; y la ley queda aprobada ese mismo día. Ha fracasado el esfuerzo supremo de los regencialistas.

«Yo votaré sí en el próximo referéndum». Con estas palabras inicia Fraga, en Almería, su campaña a favor de la Ley Orgánica del Estado, texto constitucional básico que Franco ha decidido proponer a las Cortes y luego al pueblo español mediante referéndum. El 22 de noviembre Franco presenta a las Cortes la Ley Orgánica del Estado. Anuncia el referéndum para el 14 de diciembre. Combina, en su discurso, las manifestaciones aperturistas con la petición de apoyo a la ley como

prueba de adhesión personal y política a su figura; vuelca, pues, todo su prestigio histórico en el empeño. «El diálogo —dijo Franco a las Cortes— es la base de la política». Presenta Franco su proyecto como una «amplia democratización del proceso político. Se establece —dice— un justo poder ejecutivo, encabezado por un presidente del Gobierno, en quien se centra la dirección política y administrativa del país. Las Cortes asumen la plenitud de la función legislativa y de control». Éste es el párrafo que obtuvo internacionalmente mayor éxito: «Recuerden los españoles que a cada pueblo le rondan siempre sus demonios familiares, que son diferentes para cada uno. Los de España se llaman espíritu anárquico, crítica negativa, insolidaridad entre los hombres, extremismo y enemistad mutua». Y condena el retorno de cualquier sistema político que pueda incubar semejantes aberraciones. El autor de la frase sobre los demonios familiares fue el embajador Joaquín Juste, entonces secretario general técnico del Ministerio de Fraga.

El 5 de diciembre, Franco mantiene otro largo encuentro con el Príncipe don Juan Carlos. Franco, a pesar del reciente telegrama de don Juan, le mantiene firmemente excluido. «A este señor le considero completamente eliminado», dice Franco a su confidente; y añade que no habla con don Juan Carlos sobre su padre, y se extiende en elogios sobre los príncipes.

Toda España parece vibrar con la expectativa de la Ley Orgánica del Estado. Es la última convocatoria, la última ilusión del régimen. Los obispos exhortan a la participación. Durante la primera quincena de diciembre, Solís y Fraga se vuelcan en la preparación y propaganda del referéndum. Se va a permitir el voto negativo —los sufragios son realmente secretos—, pero no la propaganda contraria, pedida por algunas personalidades que dicen representar a una indefinida «oposición».

Enjambres de funcionarios envían desde el Ministerio de Información a todos los posibles votantes de España millones de papeletas con el «sí» escrito; pero muchos españoles prefieren escribirlo por sí mismos. Una intensa e inteligente propaganda conecta el «sí» con el futuro de la patria y de los niños; subraya el «sí» como plebiscito nacional de adhesión y gratitud a Francisco Franco. Se difunde ampliamente la bella frase de Pablo VI al embajador Garrigues en la plaza romana de España el 8 de diciembre: «Yo diré una oración especial por España el día 14». La antevíspera, Franco se dirige al pueblo español por Radio Nacional y Televisión Española: «Quiero que meditéis sobre lo que fuimos y lo que somos…» España, sin distinción de matices, se conmueve por el final de sus palabras.

Aunque en los aspectos doctrinales de sus intervenciones en esta campaña de la Ley Orgánica no sea difícil adivinar las inspiraciones de sus más altos colaboradores, corregidas y adaptadas por el propio Franco, este final es inequívoca y exclusivamente suyo; por eso llegó tan hondo: «Nunca me movió la ambición de mando. Desde muy joven echaron sobre mis hombros responsabilidades superiores a mi edad y a mi empleo. Hubiera deseado disfrutar de la vida como tantos españoles; pero el servicio de la patria embargó mis horas y ocupó mi vida. Llevo treinta años

ocupando la nave del Estado, liberando a la nación de los temporales del mundo actual; pero pese a todo aquí permanezco, al pie del cañón, con el mismo espíritu de servicio de mis años mozos, empleando lo que me quede de vida útil en vuestro servicio. ¿Es mucho exigir que yo os pida, a mi vez, vuestro respaldo a las leyes que en vuestro exclusivo beneficio y en el de la nación van a someterse a referéndum?»

Era el 14 de diciembre de 1966 un tibio día de sol sobre los quejigos y los jarales de El Pardo cuando Francisco Franco y doña Carmen Polo depositaban su doble «sí» a la Ley Orgánica del Estado. Esta vez fue bastante más difícil que en 1947 demostrar exageraciones y tergiversaciones, que las hubo, sin duda, pero resultaron todavía menos necesarias que entonces. Las cifras oficiales, que pueden aceptarse con seguridad dentro de un margen aproximado al 10 por 100 de error, concretan la participación de votantes (se permitió el voto de los transeúntes) en un 89 por 100, sobre los que votaron «sí» un 95 por 100 y «no» cerca del 2 por 100. El obispo secretario de la Conferencia Episcopal española, José Guerra Campos, comentó: «La reglamentación de la vida política aprobada obliga a todos en conciencia».

Desde el sanatorio donde convalecía de un grave accidente, José Antonio Girón comentaba el 16 de diciembre: «Nunca estuve ni estaré alejado de la política». Las Naciones Unidas rubrican la victoria política de Franco. Por 78 votos contra cero y 12 abstenciones, la IV Comisión aprueba una resolución por la que lamenta el retraso en la descolonización de Gibraltar y pide que se acelere. La Asamblea General ratifica esta tesis el día 20 por 101 votos a favor, cero en contra y 14 abstenciones.

Franco ha quedado tan impresionado por el éxito de su referéndum que adelanta excepcionalmente a Nochebuena su habitual mensaje de fin de año, para agradecer la masiva adhesión de los españoles. «Llegará un día —les dice— que seremos historia; ya empezamos a serlo. España es de nuevo una nación joven».

Parece que en algún momento Franco y sus colaboradores temieran un resultado deslucido, de ahí que Franco se comprometiera personalmente tan a fondo, aunque en sus conversaciones íntimas diría después que por sus servicios de información estaba seguro del resultado en los ambientes populares.

Ruge ya por todos los confines del antiguo Imperio del Centro la revolución cultural maoísta de los guardias rojos, lejano marco para una durísima reacción de los permanentes enemigos de Franco, exteriores e interiores, en quienes el resultado del referéndum provocó auténticos arrebatos de indignación política. La oposición interior se derrumbó; sus portavoces, aislados, no supieron ofrecer más que excusas dilatorias a los contados corresponsales que se decidieron a consultarles. «¿Es un triunfo? —pregunta el historiador francés Max Gallo—. Es un triunfo. La oposición puede insistir en la ausencia de control para el escrutinio, en el hecho de que los votantes superen en dos millones a los inscritos, en las detenciones y en la propaganda oficial; algunos periódicos, como *La Vanguardia* de Barcelona, pueden contar, sumando abstenciones, votos blancos y negativos, un 14 por 100 de oponentes, pero queda claro que el régimen ha sabido y ha podido organizar este

triunfo electoral. Queda claro que la oposición ha sido incapaz de evitarlo. Con plena conciencia de su fuerza, el régimen es capaz de poner en marcha procedimientos de visos democráticos. Se halla adaptado bien a la época. Mantiene el control del país y sabe —los medios no importan— conducirle a las urnas cuando y como quiere».

Fraga, el mayor responsable del éxito después de Franco, es mucho más pesimista —por visión estratégica— que el historiador francés, impresionado por la última victoria de Franco. Y anota en su diario de aquellas noches: «Un gran momento perdido y que pudo haber sido de otro modo. Pero hay que trabajar con lo que se tiene».

La Ley Orgánica del Estado nació muerta, como un cuerpo sin alma, y esto se advirtió inmediatamente, en el mismo mes de enero de 1967 en el que se publicaba; el pueblo español advirtió durante todo ese año los signos de involución, que se concretaron en la elevación del almirante Carrero a la vicepresidencia del Gobierno y en la postergación de Fraga, quien, sin embargo, decidió seguir en la brecha. Todavía a finales de 1966 Fraga anota, junto a la satisfacción de Franco y su gratitud hacia él, el fracaso del gran intento. «El resultado —dice— fue que se hizo todo lo posible por decirle a Franco: el que ha ganado es usted con su sistema; la verdad es que la gente creyó que también había votado cambio. En definitiva, se aplazó toda idea de crisis; se torpedeó la idea de nombrar presidente del Gobierno hasta poder lograr que lo fuera el propio Carrero; y se pudo hacer muy poco en la aceleración de las reformas».

El 20 de enero, Fraga pide a Franco que les mande a todos a casa; «pocas veces en la historia un hombre —anota— tuvo la oportunidad que él en aquellos momentos». Se repetía la carta blanca de la nación a Franco otorgada el 1 de abril de 1939; entonces Franco pudo hacer la reconciliación; ahora, en 1967, podía instaurar la democracia. El peso de la historia y los traumas de la experiencia fueron mayores que el peso del futuro. Pero la reconciliación y la democracia —en buena parte gracias a Franco— estaban también en el futuro.

Una regresión inmediata

Durante el año 1967, mientras se completa el ciclo del primer Plan de Desarrollo económico, arrecia la ofensiva política interior contra el régimen, que va a defenderse, mediante la actuación del propio jefe del Estado, imponiendo lo que con cierta perspectiva se vislumbra ya como un retroceso del desarrollo político.

Desde el comienzo de 1967, Franco acentúa las tendencias regresivas del régimen. El 13 de enero tiene un fuerte choque con Castiella, a quien dice: «Está usted obcecado», cuando el ministro pedía un aumento de la presión sobre Gibraltar. Recupera Franco su lucidez al celebrar su entrevista con Adenauer el 21 de febrero. Se enfrenta permanentemente a Muñoz Grandes, quien confiesa a Fraga «su progresivo distanciamiento de Franco» con esta frase: «Los dos estamos hartos ya de discutir».

El 4 de marzo los obispos advierten, en su comunicado colectivo, sobre los peligros del marxismo y sobre la crisis de la Acción Católica; es un documento capital que no impidió el intenso giro a la izquierda de una parte significativa del clero español. Franco consigue penetrar profundamente —otra vez— en el designio estratégico norteamericano sobre la transición española que se avecinaba. «Los americanos —dice a su confidente el 13 de marzo de 1967— operan por medios indirectos, pero en realidad lo que persiguen constantemente es la seguridad de su gran nación. Por eso atacan a las derechas o a las izquierdas según lo que consideren más oportuno para dicho fin. En el caso nuestro, considero que se equivocan, ya que favorecen el desorden y la subversión, y esto sólo favorece a Rusia».

Alfredo Sánchez Bella, cuyas intuiciones políticas han sido algunas veces menospreciadas injustamente, está de acuerdo. «Dice bien Sánchez Bella —apostilla el confidente de Franco— al considerar que esta política no parece ni justa, ni correcta ni tolerable, al actuar a espaldas de un jefe de Estado aliado al que se le mina su frente interior por medio de ayudas a grupos sindicales y universitarios, asentándolos a actuar en la ilegalidad, al margen del orden constitucional que existe por la expresa voluntad de toda la nación».

Por medio de la CIA y seguramente por otros servicios de la Embajada americana en Madrid —y otras embajadas americanas en otros países—, los Estados Unidos alentaban desde hacía ya tiempo la subversión contra el régimen de Franco, para instaurar un régimen democrático en España. Es perfectamente posible que la CIA colaborase —por lo menos negativamente— con la ETA; pero queda fuera de toda duda la cooperación de la CIA con la editorial de la oposición total al régimen en París, Ruedo Ibérico, y su ayuda a movimientos estudiantiles y obreros que operaban

en la clandestinidad. La excelente información de Franco no podía fallar en campo tan importante.

El 29 de mayo de 1967 Franco llega todavía más al fondo. Detecta y revela a su confidente el designio norteamericano de montar la transición española sobre dos partidos políticos, que serían el PSOE y la UCD. Estas palabras representan la cumbre de la intuición de Franco —basada en esa excelente información— y merecen repasarse muy detenidamente:

«Después hablamos», dice el confidente de las actividades de la CIA en el mundo occidental y especialmente con relación a España. En la conversación se señala que la obsesión de Norteamérica «es conseguir que nuestro Estado tolere primero y legalice después la acción de dos partidos, uno de carácter socialista y otro democrático, que deberán tener su expresión en dualidad similar en el campo universitario y en el sindical. Para conseguirlo no vacilarán en financiar sistemáticamente a grupos de activistas (que han creado la ASU y la FUDE). Por ahora, no se proponen como objetivo derribar al Estado, sino importunarle, preocuparle, no dejarle en paz para que se arranque al partido el compromiso de una coexistencia entre lo legal y lo ilegal con aspiraciones de suceder al régimen una vez desaparezcan».

(Franco Salgado es quien pone en su boca estas palabras, que por el contexto son plenamente aceptadas por Franco; en todo caso, son prodigiosamente intuitivas.)

Franco contesta: «El Gobierno está bien informado de estas actividades (de la CIA), que sigue de cerca».

La Ley Orgánica del Movimiento, contraataque de los inmovilistas, provoca una frustración general, por regresiva. Fraga nota a Franco hermético a finales de marzo. Prosperan enmiendas regresivas en los proyectos para el desarrollo de la Ley Orgánica. El 8 de abril Franco elogia al arzobispo de Barcelona, Marcelo González Martín, y alaba —por ser del Papa, sin analizar su contenido— la encíclica *Populorum Progressio,* donde no cabía apoyarse para la defensa de regímenes como el suyo. Fraga ve perfectamente clara la situación de los dos bandos internos del Gobierno y del régimen que se enfrentarán hasta la crisis de 1969. «Castiella y yo, básicamente, defendemos la reforma y la apertura; Secretaría General (Solís), con más condicionamientos, básicamente también (sobre todo, la reforma sindical y en cuanto a las asociaciones políticas); el grupo inspirado por López Rodó, y apoyado en Presidencia y en Gobernación (ambos departamentos presididos por Carrero y Alonso Vega) juega un papel muy ambiguo porque lo supedita todo al control total por su grupo. El resultado será la lamentable crisis de 1969, y la involución de aquellos incoados procesos de apertura».

Al terminar el mes de abril de 1967, la tendencia a la regresión se ha reafirmado mientras Franco parece conformarse con quedar relegado al papel de espectador. Fraga lo advierte con claridad absoluta:

«Franco regresa de Sevilla. Cansancio primaveral; cada vez, desde luego, es mayor el trabajo, la tensión y la responsabilidad. Formación de capillas políticas,

apoyadas en unos departamentos ministeriales que nadie coordina políticamente; movimientos estudiantiles y juveniles en general; nueva actitud de la Iglesia. Parecería que estamos en uno de esos momentos de giro histórico, en el que súbitamente cambian las fórmulas de la convivencia. Cada vez veo más claro que nos va a pillar todo a la vez, en el peor momento. Franco intenta mantenerse por encima del tumulto; el resultado es que no se toman decisiones; cada vez más él y su obra se van a ver dentro del debate general».

La visita de Franco a Sevilla citada por Fraga fue la declaración pública del movimiento regresivo. Se comprende perfectamente la decepción de Fraga —reflejo de la decepción general— ante la referencia de lo que sucedió en Sevilla.

Durante esa visita de primavera a Sevilla, a finales de abril, Franco se dirige en los Reales Alcázares a las representaciones del Movimiento. Su posición es concluyente: «Pero si a disculpa del contraste de pareceres lo que se busca son los partidos políticos, sepan en absoluto que eso jamás vendrá. Y no podrá venir porque significaría la destrucción y la desmembración de la patria; volver otra vez a la base de partida, perder todo lo conquistado, implicaría la traición a nuestros muertos y a nuestros héroes. Por eso, la apertura al contraste de pareceres está perfectamente definida y clara, sin que haga falta ninguna clase de rectificaciones. Quiero decirlo de manera clara y concluyente para cortar esa campaña de grupos de presión que están siempre queriendo volver a las andadas».Tan contundentes declaraciones apaciguan las disputas políticas durante una larga temporada y arrasan hasta la raíz las últimas esperanzas de la Ley Orgánica.

Los comentarios remiten en torno a la progresión de la apertura para centrarse insistentemente en el tema de la sucesión. La calma política del verano había sido solamente superficial. Desde el 21 de julio había cesado como vicepresidente del Gobierno el capitán general Muñoz Grandes, que conservaba, sin embargo, la Jefatura del Alto Estado Mayor. Franco mantiene el cargo vacante durante dos meses, tras publicar el cese una semana después. A finales de julio, Franco escribe al presidente Johnson aconsejándole, con gran acierto, que no se enzarzase en el avispero del Vietnam; es una de las intuiciones más importantes y menos conocidas de Franco.

En conversación con López Rodó, Solís propone para la inminente transición española un régimen entre peronista y mexicano: una tercera solución republicana presidencialista, basada en el Gobierno de una oligarquía populista con el apoyo de los Estados Unidos. López Rodó se inclinaba más bien a una monarquía capaz de articularse políticamente en el sentido indicado por Calvo Serer en su libro de 1964 *Las nuevas democracias,* según el experimento de Turquía y, sobre todo, el experimento mexicano del PRI, Partido Revolucionario Institucional.

El modelo final elegido sería la monarquía democrática con un sistema de PRI a dos bandas —la centrista-populista y la socialista— por iniciativa norteamericana, bien apoyada desde Alemania, pero resulta muy interesante detectar ya desde este

período las huellas españolas del intento. El 21 de septiembre conoce el país una trascendental noticia política. El primer acto de Franco al regresar a Madrid es designar vicepresidente del Gobierno al hombre que gira fielmente en su órbita personal desde 1933: el almirante Luis Carrero Blanco. Aun conservando sus funciones como ministro subsecretario de la Presidencia, el nuevo vicepresidente sustituirá al Caudillo en los mismos casos que la ley atribuía al anterior; se subrayó el caso de la vacante.

Nadie se extrañó del paso a primer plano de quien con tan callada eficacia y lealtad había ocupado durante tantos años el segundo; la identificación ideológica y política del capitán general de la Armada con su segundo de a bordo era completa y reconocida. Franco anunció a Carrero su decisión antes de regresar a Madrid. Fraga, que aspiraba al puesto, interpretó la decisión de Franco como una derrota de la apertura: aunque el propio Fraga fue designado secretario del Consejo de Ministros. El régimen se sumiría cada vez más, desde entonces, en un verdadero marasmo político.

Rafael Calvo Serer, a quien llegaba una excelente información interior desde las alturas del régimen, interpreta el decaimiento físico de Franco como secuela de un ataque cerebral que sufrió, según él, en Cazorla a finales de septiembre de 1967, y que sería guardado como un secreto militar por Carrero y Alonso Vega.

No hay, hasta hoy, pruebas de ese ataque, que Fraga sin duda hubiera conocido. Pero todo sucede como si de verdad hubiera ocurrido el ataque. Cesan prácticamente en todo ese período las confidencias de Franco a su primo. Cuando se reanudan, son ya mucho más espaciadas.

Franco, por los días del presunto ataque, se ha entregado políticamente al nuevo vicepresidente Carrero. Como acto trascendental de su régimen, sólo le queda ya decidir la sucesión en vida: pero la retrasa porque la exaltación del Príncipe supondrá ya para Franco el cierre del futuro a su propia trayectoria, lo cual reconocía como inevitable, pero no tenía prisa alguna en declarar.

En resolución, a partir de los últimos meses de 1967, Francisco Franco ha iniciado ya el tramo irreversible y acelerado de su decadencia física; será cada día, cada mes, menos Franco, aunque de cuando en cuando, cada vez más de tarde en tarde, comunicará intuiciones, emitirá destellos de lo que fue. Pero desde entonces su historia y su agonía personal, caracterizada por su aferramiento a lo que él llamaba «el mando», se irá separando de la historia de su régimen, que marchará, cada vez más sin él, a la deriva, hacia la transición que ya germinaba incógnita y peligrosísima.

Es muy sintomática la confidencia íntima de Franco el 16 de noviembre de 1967: «Por ahora pienso seguir al frente del Gobierno por estar convencido de que ni las nuevas Cortes ni el nombramiento de un vicepresidente son motivos suficientes para que deje la presidencia».

Los resultados del Desarrollo

¿Cuáles habían sido, en realidad, los resultados del primer Plan de Desarrollo? La despiadada crítica del profesor Tamames, publicada dentro de España, parece fundada más en criterios políticos de oposición al régimen que en ponderados motivos económicos. El equipo López Rodó, con su importante parte de razón sin duda, tiene un concepto de estructura económica diferente del de Tamames; y posee fuerte carga de razón al demostrar que también por la vía indicativa se puede llegar —y de hecho se ha llegado— a importantes reformas de estructura.

En su introducción al II Plan, López Rodó reconoce los desajustes del primero. Puede extenderse al conjunto del Plan una crítica expuesta por la Vicesecretaría Sindical de Ordenación Económica al término de su primer bienio: «Ha faltado la efectiva vinculación de la Administración al logro de los grandes objetivos macroeconómicos, porque no se ha realizado el debido contraste entre planificación real y planificación financiera». Por ello, la evolución económica «ha oscilado periódicamente entre procesos de inflación y de estabilización más o menos declarados, según alternativamente predominen no los criterios, sino las acciones sobre el desarrollo o sobre la estabilidad». Esto inducía un ambiente de tirones y frenazos que crispaba los nervios de los responsables de la economía.

Pero hay que tener en cuenta algo que olvidan sistemáticamente los detractores del Plan; que se trataba del primer plan económico formal de desarrollo en toda la historia de España, con todas las circunstancias de recelo, desentrenamiento y falta de coordinación. Aun así, los resultados fueron excelentes, como se iría reconociendo cada vez con mayor intensidad a lo largo de los años siguientes. López Rodó lo pudo resumir así con precisión al presentar el II Plan: «El producto nacional, en términos reales, es decir, descontando la subida de precios, registró, pese al menor ritmo de crecimiento del pasado año (1967), un aumento medio del 6,3 por 100 anual, ligeramente superior al ritmo programado y mucho más alto que el de los países del Mercado Común, que fue del 3,9 por 100 durante el mismo período. Pero lo más importante es que en los últimos cuatro años nuestro país ha seguido avanzando ininterrumpidamente, mientras que otras naciones de Europa han visto en un año disminuir su producto natural».

Estos datos —que son reales— destruyen sin más las críticas al Plan fundadas en que España se acogía a la bonanza europea: porque iba mucho más rápida que Europa en cuanto al crecimiento.

La comparación entre las previsiones y las realizaciones del Plan es fundamental para comprender el gran salto adelante de la economía española. La población activa aumenta casi en un millón de 1960 a 1967. Se invierten los saldos migratorios a

Europa y se mantiene el signo negativo en los de Ultramar. A lo largo de los cuatro años del primer Plan, la renta por habitante saltó de 31.036 pesetas, en 1964, a 36.245, en 1967; se llega, por tanto, al orden de los 600 dólares. El crecimiento medio anual de la producción industrial —muy desacelerado en 1967— llegó al 9,4 por 100. Para el equilibrio de la balanza de pagos ha resultado decisivo el incremento del turismo; los once millones de turistas de 1963 pasaban a ser más de 18 al término del primer Plan.

El incremento de la base educativa para el pueblo español no fue menos espectacular que el directamente económico. Con 3.919.000 alumnos en todas las enseñanzas para el curso 1954-55, se superaban ya los 4.500.000 al comienzo del Plan y se llegaba a los 5.500.000 a su terminación. Resulta difícil quitar la razón a López Rodó cuando afirma: «Nunca se consiguió tanto en tal espacio de tiempo; ni siquiera en el cuatrienio anterior, que fue de intensa expansión. La renta nacional no sólo creció más, en términos absolutos, sino que se distribuyó mejor, y el poder adquisitivo del salario durante este cuatrienio aumentó en más de un 25 por 100. La mejora del nivel de vida se ha hecho tangible con el acceso masivo de la sociedad española al disfrute de bienes y servicios de superior calidad. Más de las dos terceras partes del parque de automóviles es posterior a 1963. La estructura de la población se ha ido acercando a los patrones de las economías adelantadas, al propio tiempo que se ha mantenido una situación de pleno empleo».

Las críticas negativas al Plan parecen a veces dictadas por los «demonios familiares» descritos por Franco: se distinguen invariablemente por su sospecha de parcialidad política, lo mismo que las defensas a ultranza. Algunos economistas, incluso muy competentes, parecen empeñados ocasionalmente en privar de credibilidad popular a la economía como ciencia. Lo curioso es ver cómo cambian de esquema mental cuando tratan de justificar —o excusar— científicamente las economías de otros regímenes políticos que les parecen más gratos. Es cierto que el Plan aprovechó una circunstancia exterior favorable; pero ello debería cargarse en su haber, no en su debe.

Los observadores españoles, y los millones crecientes de extranjeros que surcaban la España de 1967, veían que, con problemas tradicionales enquistados y algunos felizmente nuevos a flor de piel, la España del desarrollo estaba dispuesta a seguir adelante. Los visitantes del país notaban fuertes cambios cada año, cada bienio. Los exiliados que regresaban a casa no la reconocían. España era cada vez más diferente. Pero no del resto del mundo occidental, como rezaba un discutido eslogan, sino de sí misma, de su ajada —y venturosamente desterrada para siempre— imagen tópica, construida a golpes de desidia y de tragedia durante los veinte años del estancamiento, durante los cuarenta siglos del hambre.

Para evaluar desde posiciones serias la evolución económica de España durante el franquismo y la directa participación de Franco en las diversas fases de esa evolución, puede consultar el lector la obra extensa del profesor Luis Suárez

Francisco Franco y su tiempo (Madrid, Azor, 1984, 8 vols.) y los tres magistrales artículos del profesor Juan Velarde en *Época*, 1985, números 38, 39 y 40. Las hipercríticas del antifranquismo son muchas veces infantiles.

Terminaba, pues, el año 1967. En el Consejo de Ministros del 15 de diciembre, Franco hizo, según Fraga, nada menos que tres alusiones a la anarquía en la prensa. Convoca luego a varios ministros para que le sugieran nombres con destino a temas aptas en relación con los altos cargos. «Llevo tantos años aquí, entre estos muros, que ya no conozco a nadie…»

Cuando Fraga se reúne en otro almuerzo con los hombres del diario *Madrid*, apunta: «Está cada vez más claro que, en vez de jugar claramente a la reforma, hay una organización que se ha repartido el juego; unos van a apoyarse a ultranza en Carrero Blanco, y otros a jugar a la ruptura. La responsabilidad de la decisión es gravísima y mortal para los planes de reformas». Es la primera vez que la palabra ruptura aparece en lo que ya era simultáneamente historia del régimen e historia de la transición.

La vigencia del pacto dinástico

El 7 de septiembre de 1968 sufre un definitivo ataque cerebral el estadista más admirado por Franco, Antonio de Oliveira Salazar. El régimen portugués logra consumar sin traumas la sucesión en el poder ejecutivo en vida del profesor, pero su sucesor, Marcelo Caetano, no conseguirá articular la evolución interna del régimen ni impedirá la desintegración del Imperio, cuyas principales naciones caerán, como había profetizado Franco, en la órbita soviética.

El 24 de septiembre, en Consejo de Ministros, Franco se concentra y consigue otro de sus momentos altos. Con profundo conocimiento sobre el problema, da la razón a Castiella contra Carrero, que deseaba ceder a las presiones americanas, por lo que el 26 de septiembre de 1968 terminan sin acuerdo las negociaciones entre España y los Estados Unidos para la renovación de los convenios de 1953 y 1963; se inician los seis meses de prórroga estipulados antes de la cancelación. En la fiesta de la Raza, 12 de octubre de 1968, España concede la independencia a sus antiguos territorios del golfo de Guinea; Manuel Fraga Iribarne arría en Santa Isabel la última bandera bicolor y firma con el primer presidente, Macías, el acta de transmisión de poderes.

El 6 de noviembre, Richard Milhous Nixon, gran amigo de España, es elegido presidente de los Estados Unidos. Dean Rusk, todavía secretario de Estado, visita de nuevo a Franco en El Pardo el 18. «Desde el otoño de 1968 —nota con razón Rafael Calvo Serer—, se vio actuar al Príncipe Juan Carlos con gran seguridad, pues hablaba con los ministros como quien se preparaba para gobernar y, por otra parte, le insinuó claramente a su padre que estaba decidido a aceptar de Franco el ser nombrado rey». Durante el verano, López Rodó aconsejaba al Príncipe que presionase a Franco sobre la designación de sucesor: «Si se quiere meter un cerdo en la cochiquera —decía con todo respeto—, no hay que empujarle hacia dentro, pues entonces se para, sino tirarle del rabo hacia fuera y de esta manera entra flechado».

El miércoles 8 de enero de 1969, la prensa española publica unas declaraciones del Príncipe don Juan Carlos en las que ratificaba su plena aceptación de las Leyes Fundamentales y daba claramente a entender que estaba dispuesto a recibir la sucesión de Franco aun si su padre quedaba descartado. El hecho es importantísimo y equivale para el Príncipe al paso del Rubicón. Todo había arrancado de una admonición dirigida al Príncipe por don Juan el 12 de octubre anterior en la que invocaba a «tu cariño de hijo y tu lealtad de príncipe». Pasada la mitad de noviembre, don Juan Carlos, en esa línea, concede unas declaraciones a la revista *Point de Vue* que pueden provocar la ruptura con Franco.

En tan difícil trance, Manuel Fraga Iribarne y su segundo, Gabriel Elorriaga, prestan un insigne servicio a la España del futuro. Se adelantan a la reacción de

Franco: consiguen que un militar afecto a la Casa del Príncipe, Alfonso Armada, y el propio marqués de Mondéjar, jefe de esa Casa, declaren que las opiniones eran apócrifas, y preparan, con Carlos Mendo, las nuevas declaraciones del 8 de enero.

El autor de este libro intuyó y publicó, antes de que aparecieran las *Memorias* de Fraga, que tan hábil solución era de Fraga. Franco se mostró satisfechísimo de la solución. El año 1969 sería, gracias a la contramaniobra de Fraga, el año de la sucesión para don Juan Carlos.

Cada nuevo año parecía notarse visiblemente en un nuevo escalón la decadencia de Franco. En un Consejo de Ministros a finales de enero de 1969, Federico Silva pasa una nota dramática a López Rodó: «1) Esto se hunde por horas (José Luis Villar Palasí). Pensemos qué hacer. 2) Si se abre la Universidad, nos corren. 3) Si fracasamos, todo se irá en dirección al búnker. Y el fracaso de la represión no hay que ser un augur para verlo». El búnker era la extrema derecha inmovilista.

El restablecimiento de las posibilidades de don Juan Carlos después de sus declaraciones y redeclaraciones debe complementarse con la hipótesis —muy fundada en diversos indicios— de que en sus contactos directos e indirectos con su padre formalizó con él un verdadero pacto dinástico en el que cada uno de los dos quedaba libre para adoptar las decisiones políticas que creyera oportuno, pero en todo caso se sacrificarían para que el mejor situado accediese al trono. Este pacto suponía el sacrificio de don Juan, que él aceptó con la nobleza que de él se esperaba, incluso por parte de Franco. El pacto se ha confirmado después con certeza.

En este contexto conviene seguramente entender la crítica de don Juan a las declaraciones de su hijo. El 15 de enero, don Juan Carlos ratifica, en conversación con Franco, su reconciliación con él. «Tenga mucha tranquilidad, alteza —le dice Franco—. No se deje atraer ahora por nada. Todo está hecho». El Príncipe revelaría fehacientemente que en este instante Franco le propuso formalmente la sucesión. Y él lo aceptó «como español y como soldado». Franco, en sus conversaciones íntimas del día siguiente, manifiesta su satisfacción por este encuentro trascendental.

El 28 de mayo, impulsado por Laureano López Rodó, Camilo Alonso Vega habla con Franco de soldado a soldado, de compañero a compañero, y le pide, primero, su relevo; luego, la designación formal del sucesor; y también el nombramiento de Carrero como presidente del Gobierno. Franco no dijo entonces nada, pero al día siguiente comunicó al vicepresidente su decisión de nombrar sucesor antes del verano. El comentario de Carrero fue: «Ya parió».

Aun así, Franco vacila varias veces, cede a las sugestiones de quienes, como Girón y los demás regencialistas, le presentaban el nombramiento del Príncipe como una deserción. Cuando Carrero comunicó a don Juan Carlos que la decisión de Franco era firme e irrevocable —a mediados de junio—, el Príncipe manifestó su deseo —que fue aprobado por Franco— de pasar unos días en Estoril, donde, en presencia de doña María y doña Sofía, se concretó el pacto dinástico sin el cual no se explica nada; con él se explica todo.

La actuación de don Juan en todo este período rindió a la Corona el impagable servicio de que no se configurase una oposición republicana seria a la alternativa Juan Carlos; porque los republicanos más presentables habían manifestado ya su adhesión a don Juan.

Muy poco después del encuentro de padre e hijo en Estoril, López Rodó comunica a Franco, con gran sentido político, el argumento que, por confesión expresa del Caudillo, acabará por vencer sus dudas: era necesaria la designación del sucesor en vista de que el Papa acababa de equiparar el caso español a los problemas de Nigeria, Oriente Medio y Vietnam, con inmediata reacción anticlerical en la prensa oficiosa española.

Un aire de vísperas se difundía por las primeras semanas de la pausa estival, que todos los españoles toman ya muy en serio —agitadores y pronosticadores políticos incluidos— desde que desapareció el hambre y las vacaciones se volvieron moneda corriente para la sociedad española.

Uno de los efectos sociológicos a largo plazo del 18 de julio es que, de repetirse, habría que buscarle otro mes. Lo que Franco hizo en otro julio, el de 1969, fue confirmar aquél y abrirle un camino de futuro; un camino que también ahora tenía nombre propio.

Antes de que ese nombre propio se formulase, un inteligente sociólogo, Amando de Miguel, escribía en el diario *Madrid*: «Sin que haya cambiado el régimen, se puede decir que estamos en su última y definitiva etapa: nos hallamos sociológicamente en el posfranquismo. Éste es un momento en el que, después de la tímida etapa liberalizadora que va de Ullastres a Fraga, se recogen velas ante la posibilidad de haber desatado fuerzas que parecen incontenibles. Es el momento en que Franco no ejerce el poder personalísimo de la misma manera que años ha. Las fuerzas que le apoyan intentan asumir colegiadamente esa última instancia de poder. El poder disuasorio del Ejército está más pronto que nunca a actualizarse». Al Ejército no le agradaría esta interpretación de su poder como «disuasorio», pero tal descripción era real.

El mismo autor, a quien no se puede considerar ciertamente como un propagandista del régimen, transcribía otra opinión en un libro publicado precisamente en 1969: «El activo más importante del sistema actual lo constituyen los veinticinco (más X) años de paz que un país históricamente acribillado por guerras civiles y violencias valora por encima de todo… Un éxito positivo que, lógicamente, se ha apuntado al régimen ha sido el desarrollo económico de los últimos lustros. Analíticamente no se puede interpretar como una consecuencia necesaria del sistema político, pero en nuestros días es fácilmente convincente el argumento de que el desarrollo lo producen las medidas del Gobierno. Realmente esto es así en todas las situaciones políticas del mundo».

Al embocar el verano de 1969, el desarrollo, iniciado ya a fondo en el II Plan, se había afianzado hasta convertirse en una realidad que empezaba a parecer congénita

del país y, por supuesto, del régimen. López Rodó, al subrayar el «carácter singular e irreversible del desarrollo español», pudo prolongar hasta la fecha de sus palabras la permanencia de ese crecimiento acumulativo anual próximo al siete por ciento que parecía amenazado al término del primer Plan. «El crecimiento económico —decía— alcanzado en un año de la última década equivale al de cinco del primer tercio de siglo… El ritmo de crecimiento de la década de los sesenta revela el formidable esfuerzo del pueblo español para alcanzar, con el sólido apoyo del desarrollo económico, múltiples metas sociales que no hubieran sido más que inaccesibles ilusiones de no haberse conseguido los medios precisos. La renta por habitante, que en 1963 era de 450 dólares, ha sido de 980 el pasado año».

En julio de 1969 podía ya preverse como inmediata la superación del dique de los mil dólares para aquella renta; los economistas comenzarían pronto a arriesgar todo tipo de teorías sobre el futuro económico español y un miembro del equipo de la Comisaría, luego ministro de Industria, López de Letona, pronosticaría no mucho después la cota de 2.400 dólares por habitante para el año 1980.

No faltarían aguafiestas que añorasen, con sentido histórico tan sospechoso como el económico, los niveles relativos de 1930; pero ese mismo *U.S. News and World Report* que había ignorado, como el resto de la prensa norteamericana, toda posibilidad española de progreso, se extasía ante estos momentos finales de la gran década y habla sin rebozos de «milagro económico» al cortarse la recta ascendente del producto nacional y la descendente del analfabetismo, que roza ya el cinco por ciento cuando la renta va a lanzarse sobre la cumbre de los mil dólares.

Al comenzar el verano de 1969, las cifras de la España deshecha de 1939 se han multiplicado por amplios coeficientes en todos los sectores. La energía eléctrica, de 18 kilovatios/ hora por persona y año, a doscientos; el papel, de cuatro kilos por persona y año, a cuarenta; el consumo de carne, de diez kilos al año por persona, a treinta; los quince teléfonos que entonces se repartían entre mil españoles son en 1969 ciento treinta; los tres automóviles son en 1969 sesenta y cinco.

Saltan también todas las previsiones ante los índices clásicos del progreso económico: los 13 kilos de ácido sulfúrico para la utilización aparente *per capita* de 1939 son más de 80 en 1969; los 20 kilos de lingote de acero son 240; los 45 de cemento, 450.

Al interesado recelo de algunos críticos que añoran las premisas de 1930, responde, desde un compensatorio absurdo, la *boutade* de otros que sospechan, corrección estadística en mano, que el desarrollo español no es el proclamado por las estadísticas oficiales, sino, al menos en algunos sectores, cuatro o cinco veces superior.

Economistas más serenos, aunque igualmente originales, rizarán el rizo interpretativo, como el profesor Lasuén: «La causa del desarrollo económico y social experimentado por España no es la política actual de desarrollo. Uno y otra han coincidido en el tiempo, pero el proceso no es resultado de la política, porque ambos

son básicamente consecuencia de un mismo agente causal: el impulso externo. Pero la política de desarrollo no ha sido irrelevante, pues por sus efectos ha hecho posible que se pueda aprovechar gran parte de ese impulso externo». Lasuén extrae también consecuencias sociales de su tesis y habla de una nueva clase, como ya acababa de hacer Max Gallo; mientras uno de los primeros economistas jóvenes de la hora, Santiago Roldán, piensa que 1960 es precisamente el año en que arranca con fuerza incontenible en España nada menos que la revolución burguesa.

La distribución del desarrollo es imperfecta, como todas las distribuciones sociales; pero no conviene fiar al libre juego económico su potenciación social inevitable —como quieren algunos desarrollistas puros— ni anclarse en las injusticias de la distribución para congelar el desarrollo. En diversos saltos, el salario mínimo interprofesional pasará a 84, a 96, a 102, a 120, a 136, a 156, a 186 pesetas. Importantes sectores de la vida española organizarán sus economías mediante una agregación familiar muy diferente de la costumbre de otras naciones; también por este aspecto puede fallar el esquematismo de las estadísticas *per capita*.

El especialista mundial en economía de despegue y del desarrollo, profesor W. W. Rostow, declararía en una visita posterior a España: «España, ayudada por su propio deseo de crecimiento y por una política adecuada, por el flujo de turistas que viene a este país y por sus trabajadores —unos y otros han conseguido convertir a los Pirineos en una llanura—, va a conseguir con gran rapidez que desaparezca su diferencia de nivel económico respecto de Europa occidental». Los centros mundiales de una nueva ciencia llamada futurología comienzan a interesarse por las sorpresas de España. El más prestigioso de todos ellos profetizará que la renta española por habitante superará a la británica nada menos que en 1985. O, para decirlo con una expresiva frase de López Rodó, «la renta española de 1969 ha duplicado a la de 1959».

Cierto que la cota de 1969 se alcanzaba con fuerte inflación y alarmante erosión (400 millones de dólares) de reservas; pero también con impulso suficiente para corregir esas peligrosas desviaciones en etapas siguientes.

El desarrollo de la cultura española no ha contado, por desgracia, con un plan de eficacia, por discutible que fuese, comparable con el económico. El Libro Blanco para la Reforma Educativa fue un colosal intento, que se alineó junto a la Ley Orgánica del Estado, como la última ilusión del régimen; pero que se ha frustrado en gran parte porque el equipo para realizarlo no logró ni la coordinación ni los apoyos precisos, destruyó innecesariamente antes de edificar y, por otra parte, sufrió las más tenaces embestidas de la subversión y la incomprensión.

Aún así, la escolarización en España a todos sus niveles en vísperas de la sucesión no puede ni compararse con la de antaño; es genéricamente diferente y ya no es un privilegio, sino una necesidad nacional, cuyas realizaciones han multiplicado por cinco, por diez, por cincuenta, las estadísticas del privilegio.

Ante el verano de 1969, el analfabetismo elemental no era en España más que un espectro —todavía inquietante— del pasado y, en definitiva, un problema todavía lacerante en sus casos concretos individuales y colectivos, pero residual y por extinguir. Los fallos más graves estaban —y siguen estando— en la promoción de la cultura, dividida entre organismos dotados de excelentes deseos y personal muchas veces competente, pero sin medios y, sobre todo, sin orientación coordinadora.

La disociación entre política educativa y política cultural es una aberración permanente en la vida contemporánea española. Aun así, el crecimiento de la cultura pudo medirse de forma muy esperanzadora por medio del auge, realmente espectacular, de la producción editorial, pese a que la tirada de los periódicos siguiera siendo deficientísima para los niveles europeos. Las mismas fuentes denigratorias habituales condenan en bloque las realidades de aquel crecimiento cultural como «punto negro del desarrollo». Menos negruras en una España que en 1969 editaba más de 14.000 títulos (8.202 en 1961) y que había transformado los mil millones de pesetas exportados en 1961 bajo la forma de libros en 4.011 millones en 1969.

Quienes abominan de aquel momento cultural español (cuyas deficiencias no cabe negar) parecen sugerir que los catorce mil autores o traductores de esas obras son despreciables en bloque. Y no; porque en España escribía una pléyade de generaciones literarias que, por lo visto, habrán de descubrirse, como en otros casos, desde fuera. Como descubrían ya regularmente desde fuera a la España del desarrollo los turistas de Europa y del mundo, que al final de la década permitían ya planear la recepción de tantos huéspedes como habitantes tenía el país y prever el momento en que España desbancase a Italia como primera potencia turística, lo que ya ha sucedido cuando se escriben estas líneas en 1997.

Insistía López Rodó en que el desarrollo español era, además de económico, social. En comparación con la casi ridícula política social de la República, el desarrollo social de la época franquista fue desbordante, jamás igualado en la historia de España. Empezó a funcionar una Seguridad Social más eficaz que nunca; la sanidad pública se extendió a todas las provincias y el subsidio de paro costaba poco al Estado… porque prácticamente se vivía en régimen de pleno empleo.

La cumbre histórica en la vida de Franco

La realidad que se interpretaba en estas cifras y daba pábulo a estas críticas y a estas teorías (nadie atacaba ni teorizaba el desarrollo español durante las cinco décadas anteriores del siglo, durante las diez del siglo anterior) estaba bien clara, en lo esencial, para la mente de Franco cuando a comienzos del mes de julio de 1969 se decidió a emprender, con España, el paso que constituye, en plena decadencia personal y política, la coronación de su empeño, la cumbre histórica en su vida. Ésta se abre con un doble entremés político a cargo del permanente enemigo de Franco, ese gran español tenaz y tranquilo que se llamó Pedro Sainz Rodríguez, el cual se presenta en el palacio de la Zarzuela el 9 de julio (con pasmo y sobresalto de Franco) para decirle a don Juan Carlos (con inmediato alivio del Caudillo) que no habrá sucesión, a la vez que insinúa una clara prueba de lo que hemos llamado pacto dinástico: «que si llegaba el caso, debería salvarse la situación con una declaración de don Juan en términos que dejaran bien clara la armonía familiar».

Don Pedro repite el pronóstico negativo sobre la sucesión en Estoril, cuando el embajador Giménez Amau tenía ya la carta en que Franco anunciaba al conde de Barcelona, con tiempo suficiente para que don Juan demostrase, una vez más, su altura de miras y su capacidad de sacrificio, lo que iba a suceder una semana más tarde.

El sábado 12 de julio se celebra la importantísima entrevista final entre Franco y don Juan Carlos: «Quiero garantizar la continuidad —dice Franco— y espero de V.A. que sepa imprimir un aire joven a la vida política española. Ésta es la carta que envío a su padre. No creo que haga falta que lleve la carta alguien que tenga ascendencia en Estoril, para asegurar la buena reacción de don Juan. Una vez designado sucesor, no podrá V.A. salir al extranjero sin autorización del Gobierno y, por tanto, este verano no podrá V.A. pasar sus vacaciones fuera de España. Voy a nombrarle general honorífico de los tres ejércitos, pero en el acto de nombramiento vaya V.A. con uniforme de capitán, puesto que el nombramiento de general se publicará al día siguiente de la jura, el 24». Este detalle reglamentario es vital para comprender al Franco profundo.

El Príncipe, como hizo el día 15 de enero anterior, y por las mismas razones, reitera su aceptación: «Yo estoy para servir a España, ya que a ello me comprometí cuando juré bandera».

Don Juan recibió el 16 de julio las dos cartas: la de su hijo y la de Franco. Esta decía así: «Querido Infante: La Ley de Sucesión me faculta para proponer a las Cortes la persona que ha de sucederme. Y, considerando las diversas circunstancias y

el sentir del país, me he decidido a llevar la propuesta en favor de vuestro hijo, el Príncipe Juan Carlos. No se me oculta el disgusto que quizá pueda provocarle esta determinación mía. Pienso que en el pecho de V.A. van a pugnar sentimientos contrapuestos, pero abrigo la esperanza de que, igual que hizo su padre, el rey don Alfonso XIII, sabrá superar toda cuestión personal para el mejor servicio de la patria. También pienso que tendrá que pasar por encima de la opinión de algunos de sus consejeros, quienes verán en esta decisión la frustración de sus esperanzas políticas. Pero creo que ésta es la mejor solución para España y he querido hacérsela saber anticipadamente. Le saluda cordialmente, Francisco Franco».

Esta es la carta más importante y más meditada en la vida de Franco. Refleja y concluye toda la historia de sus relaciones con don Juan. Está escrita también desde un plano dinástico; desde un rey sin corona a otro rey sin corona. Quien la interprete en términos de venganza no conoce a Franco. La carta sólo puede interpretarse en términos de una enorme coherencia personal, política e histórica. La carta del Príncipe a su padre, que no se conoce hasta hoy, contiene seguramente la formulación y reconocimiento de ese pacto dinástico a que venimos aludiendo.

Don Juan acató el giro de la Historia. Permitió, sí, una reacción política, como estaba concertado en ese pacto. López Rodó y el Príncipe, que comenta el caso con el marqués de Mondéjar, llegan a la propuesta del mismo título, el usado ya por Felipe II, y que Franco acepta inmediatamente: Príncipe de España.

Esa misma tarde, mientras el país comenta y espera, sólo el diario *Madrid* cree oportuno expresar su disconformidad con el proyecto de Franco y proponer la eventual designación de sucesor a título de regente. Todo el mundo interpreta que se trata de una propuesta punto menos que diplomática ante lo ya decidido por Franco, que se adivina y, sin embargo, se aguarda, tras las medias palabras de Fraga, con enorme interés que se desborda por horas.

Durante la fiesta en los helados jardines de La Granja, el 18 de julio, Fraga conoció la declaración negativa de Estoril (criticadísima por doña María, condesa de Barcelona, que subraya la fecha). Don Juan disolvió el Consejo Privado y el Consejo Político, y el 21 de julio se hizo a la mar. Hijo de rey y padre de rey, puso a España por encima de sus raíces y convicciones personales, como todo el mundo esperaba de él menos los juanistas recalcitrantes que desde muchos años antes le habían cerrado el camino del trono.

Los días 22 y 23 de julio de 1969, Francisco Franco va a acudir a las Cortes españolas dos tardes seguidas; es su primer «doble» parlamentario en treinta años. El día 22 propone a las Cortes un proyecto de ley; a pesar de que conserva todas sus prerrogativas, prefiere que sea la Cámara la que, en su presencia y por votación nominal abierta, decida su aprobación. De esta forma, pone todo su prestigio y su influencia histórica en la petición del voto favorable que, sin su endoso, no hubiera resultado, sin duda, tan abrumador. La presencia de Franco en la votación fue

impuesta por Carrero; Fraga lo critica, pero Carrero tenía probablemente razón: sin Franco, las cosas pudieron haberse complicado.

«La decisión que hoy vamos a tomar —dice Franco a las Cortes— contribuirá en gran manera a que todo quede atado y bien atado para el futuro. Esta monarquía es la del Movimiento Nacional, continuadora perenne de sus principios e instituciones».

Ésta es la propuesta: «Al producirse la vacante en la Jefatura del Estado, se instaurará la Corona en la persona del Príncipe don Juan Carlos de Borbón y Borbón», quien, tras la correspondiente aceptación y juramento ante las Cortes, ostentará el título de Príncipe de España. Uno a uno van cayendo ante Franco los votos de los procuradores; la ley se aprueba por 491 favorables contra 19 negativos y 9 abstenciones. Casi todos los procuradores del Tercio Sindical votaron «sí», aunque entre ellos se registró el mayor porcentaje sectorial de negativas y abstenciones. Votaron «no» los carlistas vasco-navarros Escudero Rueda, Auxilio Goñi y Ángel Zubiaur; el falangista alicantino Agatángelo Soler, y el director de *ABC,* Torcuato Luca de Tena, quienes dieron con su negativa y su presencia un noble ejemplo de fidelidad a España por encima de las divisiones políticas. El voto negativo que más sorpresa provocó fue el del teniente general Rafael García Valiño. La ley aprobada apareció en el *Boletín Oficial del Estado* del día 23.

En dicha ley se estipulaba que «al producirse la vacante a la Jefatura del Estado, se instaurará la Corona en la persona del Príncipe don Juan Carlos de Borbón, quien la transmitirá a sus sucesores. Aceptada la sucesión del título, las Cortes españolas presididas por el jefe del Estado recibirán su juramento. Inmediatamente ostentará el título de Príncipe de España, con tratamiento de alteza real».

El decreto para el ascenso a general del Príncipe se firmó el mismo día 23, pero apareció el 24 en el *Boletín Oficial.* Como pidió Franco, el Príncipe acudirá en la tarde del día 23 a la Carrera de San Jerónimo con sus tres estrellas de seis puntas. Esa mañana, a las once, un nutrido cortejo presidido por el almirante Carrero Blanco, el arzobispo de Madrid, el capitán general de la I Región, la Mesa de las Cortes… entra en el palacio de la Zarzuela para presenciar la firma del acta de aceptación. Antonio María de Oriol, ministro de Justicia y notario mayor del Reino, tomó el juramento a don Juan Carlos en presencia de su esposa, doña Sofía. Firman el acta, bajo la fe del notario mayor, el presidente de las Cortes, Antonio Iturmendi, y varios testigos, encabezados —según el texto del acta— por « S.A.R. el infante Luis de Baviera y S.A.R. don Alfonso de Borbón Dampierre».

A las siete de la tarde de ese denso 23 de julio, Franco llega ante la escalinata de las Cortes con don Juan Carlos a su lado. Es, con toda seguridad, el momento estelar en la vida de Franco, la culminación institucional y personal a la vez de su obra y de su huella, la soldadura original tras la tragedia, con aquel juramento —más de medio siglo— en el patio del Alcázar a una bandera y a un rey. Juan Carlos jura «lealtad a S.E. el jefe del Estado y fidelidad a los Principios del Movimiento Nacional y demás Leyes Fundamentales del Reino». Con toda su emoción contenida bajo el mismo hilo

de voz que inauguró miles de actos y de obras, Franco rubrica: «Queda proclamado como sucesor a la Jefatura del Estado S.A.R. el Príncipe don Juan Carlos de Borbón y Borbón».

Inmediatamente después, el Príncipe se gana de entrada a las Cortes y al país —que verá la escena por televisión— con un breve discurso en el que acierta, no sólo en las palabras —eso es casi lo de menos—, sino en el tono firme y sobrecogido por la responsabilidad histórica que acababa de aceptar. No olvidarán los asistentes aquellas tres frases con las que el sucesor de Franco proclamó su fidelidad al Movimiento de Franco (quien, al oírle, revivió su pronóstico de instauración plasmado en una de las noches más difíciles de su vida, una noche salmantina en abril de 1937); su fidelidad a la dinastía y su fidelidad histórica al propio Franco, de quien toma una de sus más queridas expresiones: la de la propia aceptación de Franco ante la Junta de Defensa, en el primer Primero de Octubre.

Las tres frases de Juan Carlos son éstas:

«Recibo de S.E. el jefe del Estado la legitimidad política surgida el 18 de julio de 1936».

«Pertenezco por línea directa a la Casa Real española».

«Estoy seguro de que mi pulso no temblará».

El pueblo español, años más tarde, aceptaría y refrendaría que don Juan Carlos, dentro de la más estricta legalidad que había jurado mantener en 1969, supo interpretarla desde dentro de pleno acuerdo con el nuevo rumbo que el pueblo español deseaba y le pedía. Logró así, primero como Príncipe y luego como Rey, cuajar una de las operaciones históricas más difíciles de la historia moderna de Occidente.

Un periodista de raza, Manuel Blanco Tobío, encontró al día siguiente la fórmula exacta para resumir lo que era a la vez opinión y deseo de la inmensa mayoría del pueblo español y de toda la clase política y dirigente, unida esta vez sin una fisura: «Nos va a salir bien».

La crítica más peligrosa que desde entonces se ha hecho a don Juan Carlos, a partir de su decisión de impulsar a España en un sentido democrático, se ha formulado desde fuera de la realidad. Por el vital testimonio de Torcuato Fernández Miranda sabemos que a partir del encuentro de los dos, como maestro y discípulo, en 1960, don Juan Carlos manifestó al eminente catedrático de Derecho Político su decisión de guiar a España hacia un sistema democrático y le consultó sobre cómo lograrlo sin violar el juramento a las Leyes Fundamentales que un día inevitable tendría que formular solemnemente. El profesor no dudó un instante. «Las Leyes Fundamentales contienen de forma expresa el procedimiento para su reforma, aun cuando esta reforma sea profundísima». El Príncipe, en 1969, tenía ya resuelto el problema de su vida desde nueve años antes y cumplió con estricta fidelidad ese método para acometer la reforma política de pleno acuerdo con el pueblo español que la aprobó en 1976. La acusación de perjurio cae así por su base.

Los actos del 22 y 23 de julio entraron en la historia con mayor fuerza radical que otros más polémicos, menos unánimes y perfilados. Por eso se han formulado ya, en tomo a ellos, perspectivas históricas que sólo una poco creíble reversión podría anular. El profesor francés Max Gallo eleva así la mira tras dar cuenta de la designación de Juan Carlos: «El proyecto de los neofranquistas que rodean a Juan Carlos equivale a un Estado donde ya no es necesario aplastar a las oposiciones, porque insertas en el juego conjunto de la mecánica social resultan totalmente impotentes. De esta forma, el franquismo permitiría a España saltar, gracias a su costosa victoria de 1939, de una sociedad lastrada de revoluciones sociales tipo 1917 a una sociedad de orden y bienestar sin que España conozca —es la etapa que falta— la época de las libertades democráticas y del régimen liberal de tipo parlamentario».

El primer experto en temas constitucionales de aquella época, profesor Rodrigo Fernández Carvajal, acuña un comentario revelador: «El caso español nos presenta una superposición muy singular, entre otras cosas porque es perfectamente deliberada y consciente y se va reflejando en el derecho escrito. Se trata de injertar una monarquía limitada en el tronco de una dictadura constituyente y de desarrollo; o si se quiere renovar la metáfora, se trata de utilizar esa dictadura como vehículo que ponga en órbita a una monarquía limitada». No puede ser más oportuna la nueva metáfora ante la simultaneidad de la designación de Juan Carlos y la conquista de la luna.

Por último, José María Pemán, en uno de sus momentos expresivos más felices, firma este comentario magistral: «El general Franco ha logrado cuanto ha querido de los españoles; y uno de sus más difíciles milagros ha consistido en crear en tomo a la institución monárquica una atmósfera anuente que va desde el asentimiento resignado al entusiasmo lírico… El que mejor podría certificar eso es el propio Generalísimo Franco. Él quiso montar una operación dinástica personalísima en torno a un padre y un hijo, solicitando de cada uno de ellos cometidos dispares que exigen toneladas de discreción y de silencio. Esto sólo puede concebirse cimentado sobre uno de los presupuestos más clásicos y más difícilmente convincentes para una mente joven y pragmática de la institución: esa especie de patriotismo fisiológico que nace de una identificación de la vida pública con la vida privada. Con este lubrificante ha podido montar, más que una sucesión clásica, una *adoptio* a la romana, a nivel de nieto con dos abuelos; uno para suministrarle el prestigio de la historia y otro para suministrarle el prestigio del presente. El Generalísimo ha podido comprobar hasta dónde puede operarse políticamente con desenvoltura teniendo como materia prima personas de estirpe regia. Ha contado con un barro dócil y blando, que sólo se logra, casi carismáticamente, cuando la biografía se convierte por sí misma en historia».

Hemos preferido reproducir aquí, con toda fuerza, estos importantes testimonios que se publicaron varios años antes de la muerte de Franco, a raíz de la designación del sucesor. Como ya hemos indicado, Franco intuía que don Juan Carlos, sin violación alguna de su lealtad, marcaría rumbos diferentes a la nación.

El asunto Matesa y su crisis

Tras esta coronación de su vida pública, Franco vuelve a sumirse en el marasmo y en la impotencia; vuelve a dejar de ser Franco, cada día, cada semana, cada mes; y como una extraña divergencia simultánea de presente y futuro, no se han apagado todavía las emociones de la sucesión cuando estalla, en ese mismo verano, el asunto Matesa, suprema muestra de la degradación del régimen. López Rodó trata de soslayo el gravísimo tema.

Yugulada la acción de la justicia por una inconcebible decisión política, de la que Franco no podrá eludir su responsabilidad histórica, el problema Matesa no ha sido zanjado ni explicado todavía jurídica ni políticamente. Desde el punto de vista histórico, la solución está mucho más clara. No es objeto de este libro analizar el caso; pero sí presentarlo y extraer las conclusiones básicas.

El 13 de agosto de 1969 el diario *ABC* daba estado público a la cuestión. Políticamente el problema se había iniciado dos días antes del nombramiento del Príncipe, en un Consejo de Ministros donde el titular de Hacienda, Espinosa, trató de quitar importancia a unos alarmantes rumores sobre las actividades del señor Vilá Reyes; el tema fue traído a una comisión delegada anterior por el ministro Solís tras un viaje a Barcelona. El ministro dejó a Fraga, secretario del Consejo, unas notas para ser incluidas en el acta, no sometida a aprobación hasta el Consejo siguiente.

Matesa (Maquinaria Textil del Norte de España) era una sociedad controlada por Juan Vilá Reyes, un gran industrial catalán, carismático y poco amigo de formalidades burocráticas, pero nada parecido a la imagen del estafador que se le ha querido aplicar; en todo momento, sin el menor conato de huida, hizo frente a sus responsabilidades. Era un soñador con cualidades innatas de seducción y con dotes evidentes de capitán de empresa.

Muy relacionado con el Opus Dei, utilizó las conexiones personales con diversos miembros de la Obra, dentro y fuera del Gobierno, para tejer un inmenso negocio de exportación, basado muchas veces en vacíos y ficciones; y se aprovechó desmesuradamente de las facilidades de la desgravación y del crédito a las exportaciones —no fue él solo, ni mucho menos— con evidente negligencia por parte de miembros del Gobierno que más o menos conocían el caso y no lo vigilaron suficientemente ni lo cortaron a tiempo.

La base del negocio, y de la defraudación al Estado, era un telar sin lanzadera cuya licencia importó Matesa, y del que se exportaron miles de unidades, vendidas muchas veces a filiales de la propia Matesa en el extranjero para cobrar de esta forma las subvenciones por desgravación y otras ayudas. La cifra más manejada para la

defraudación oscilaba en tomo a los once mil millones de pesetas, una bagatela frente a los casos más flagrantes de la futura corrupción socialista.

No fueron Fraga y Solís quienes arrojaron el asunto a la opinión pública, sino el propio Espinosa, que según Fraga perdió los nervios y entregó el tema al Tribunal de Delitos Monetarios. Fraga siguió desde el primer momento una norma: «Justicia y barbas derechas; se lo anuncié a Franco en un breve despacho». En el Consejo de Ministros del 14 de agosto, en Galicia, los ministros económicos defendieron la tesis de echar tierra al asunto; pero prevaleció tesis de luz y taquígrafos, que era la de Fraga. A petición del ministro de Marina, no se aprobó la inclusión en el acta de la sesión anterior de los dos folios que luego tanto se han esgrimido contra Fraga. Desde ese momento, el asunto Matesa se politizó. El grupo Solís-Fraga lo esgrimió contra los tecnócratas; éstos convencieron a Franco de que el problema era sobre todo un problema de prensa.

El problema Matesa, convertido ya durante el verano en todo un escándalo, desmoralizó y anonadó a Franco, quien por una parte deseaba ser fiel a sí mismo e impulsar la acción de la justicia; y, por otra, se sentía internamente muy debilitado por el tratamiento de su enfermedad y quería preservar el sentido de autoridad amenazado para su Gobierno por el descrédito público. Tuvo que ser muy fuerte en su ánimo la presión del almirante Carrero, decidido a disimular el asunto, y de Gregorio López Bravo, sobre quien recaía parte importante de las presuntas responsabilidades y que gozaba de una profunda admiración por parte de Franco, quien veía en el inteligente ministro un arquetipo de la nueva generación política del régimen y distinguía a López Bravo con un afecto casi paternal. «Mal comienza otoño…», escribe Fraga el 29 de septiembre de 1969. «Franco, básicamente bien intencionado (como demostró en los consejos de La Coruña y San Sebastián), sigue en su curva descendente, sobre todo de la voluntad (consecuencia conocida de la medicación en los casos de Parkinson) y está cada vez más presionado; el Gobierno, pública y notoriamente dividido, carece de autoridad, y por supuesto de iniciativa; los problemas exteriores se agravan; la Iglesia, dividida y distanciada; el tema sindical, cada vez más difícil».

El 11 de octubre Franco se pronunciaba, en sus confidencias, sobre el asunto Matesa. Daba claramente marcha atrás; se alineaba con quienes querían enterrar el escándalo, que ya se convertía en el gran escándalo de la historia del régimen. «Hay que reconocer —decía— que por parte de los elementos responsables estatales puede haber descuidos o negligencias en el control de un negocio de tal magnitud. Creo, también, que los bancos no han estado a gran altura en este asunto, y uno de ellos ha sido el de España; por ello se ha procesado a su presidente, que no impidió hacer las fortunas realizadas por no contar con una acertada información. En fin, se exigirán las responsabilidades que procedan, debidamente comprobadas, sin tolerar que los enemigos políticos del régimen intenten aprovecharse de este desgraciado asunto para desacreditarlo, armando el consiguiente escándalo».

Todavía en esta confidencia Franco se aferra a su sentido de la justicia, aunque deja entrever su deseo de inhibición; pero poco a poco ésta irá triunfando en él gracias seguramente a las fortísimas presiones que se ejercieron sobre su voluntad desarbolada. El 1 de julio de 1970 Fraga anota que José María Gil Robles acepta la defensa de Juan Vilá Reyes; el antiguo ministro de la Guerra obtiene al fin la ocasión de medirse con su antiguo jefe del Estado Mayor Central. Unos días después, según Fraga, cuando las Cortes han informado ya sobre el escándalo, «todos se preguntan qué hará Franco; puesto que tras el informe de las Cortes la pelota está en su campo. No hará nada».

A primeros de octubre, el presidente del Tribunal Supremo comunica a Fraga un comentario de Franco sobre el caso: «Ya se ha demostrado que funciona la Justicia… Ahora vamos a parar, porque tampoco hay que pasarse». El colofón a tan triste trayectoria será la manifestación trucada del 1 de octubre de 1971, organizada por el sector tecnocrático del Gobierno para arrancar de Franco el indulto que pusiera fin a las responsabilidades por el caso Matesa.

Se trata seguramente del momento más bajo moralmente y más vergonzoso en la historia del régimen, que se posa de esta forma en el fondo de la degradación. «El Gobierno se indulta a sí mismo», dirían los comentarios de la época.

En rigor, Franco no fue muy forzado para conceder ese indulto. Una fuente segura informa a Fraga, poco después de la citada manifestación, sobre su comentario: «Si por razones políticas he tenido que indultar a los asesinos de ETA, ¿por qué no puedo hacerlo con buenos colaboradores, que simplemente se han equivocado o pecado de negligencia?»

José María Gil Robles propuso a Franco como testigo de la defensa, no como jefe del Estado, sino como jefe del Gobierno. La Sala rechazó la propuesta y naturalmente Franco no declaró. Gil Robles sabía que tal declaración era imposible. Lo que pretendió fue implicar a Franco y a su régimen en el escándalo; más que una prueba jurídica, lo que pretendía era una venganza histórica. No hacía falta. En descargo de Franco, para todo este asunto sólo puede decirse, primero, que evidentemente él no tenía la menor implicación personal en el tema; y que cuando le estalló el tema entre las manos, él ya no era casi Franco. Las presiones y sus reflejos de autoridad vencieron a sus reflejos de justicia. Matesa le dejó hondísimamente afectado. Y su régimen no se recuperaría ya nunca del trauma.

Hemos preferido no interrumpir las reacciones de Franco ante el caso Matesa antes de evocar la consecuencia más importante del escándalo: la crisis Matesa de 29 de octubre de 1969, que constituye la decisiva derrota de Franco por el equipo Carrero. Ausente Fraga de un Consejo de Ministros a primeros de septiembre de 1969, Franco le critica como responsable del escándalo ante el desmadramiento de la prensa; Franco cedía, pues, a la tesis Carrero.

Tras la recepción del 1 de octubre, que el Príncipe preside junto a Franco en el palacio de Oriente, don Juan Carlos dice a López Rodó que ha encontrado a Franco

muy decaído y que «su declive puede ser un proceso rápido». Ante las oleadas de fango que llegaban cada vez más cerca de Franco por el caso Matesa, el Príncipe comenta: «Ahora es mejor no implicarme».

Desde el 9 de octubre, Carrero ha convencido a Franco de que haga la crisis; pero por primera vez en la historia del régimen ya no será una *crisis Franco*, sino una *crisis Carrero.* El almirante lee a Franco, que escucha inerte, un largo informe sobre la situación política, que es por sí mismo una trágica prueba de la impotencia y la degradación del régimen. Carrero acusa a Solís de tener en sus manos un aparato paralelo de poder; y a Fraga de «escandalosa politización» del caso Matesa, que no era un delito, sino un lamentable error. Acusa a Castiella de antiamericanismo.

La Ley de Prensa, para Carrero, es «una escalada contra el modo de ser español y contra la moralidad pública». Desde ese momento, Carrero cerca y abruma a Franco; no le deja resquicio para reaccionar ni para imponer el equilibrio interior que había sido siempre su norma. Carrero y su equipo mantienen una guardia permanente ante el despacho de Franco. La crisis reventó por fin el 29 de octubre de 1969. El nuevo Gobierno, controlado por Carrero, era un Gobierno monocolor que se empeñó en disfrazarse de pluralista. Fue su vicepresidente Torcuato Fernández Miranda; López Bravo pasó a Asuntos Exteriores; Fraga, Solís y Castiella cesaron.

En las historias del franquismo podrá encontrar el lector detalles sobre un Gobierno que desde el punto de vista histórico interesa menos; porque no es un Gobierno de Franco, sino un Gobierno de Carrero. En una sesión del Consejo Nacional del Movimiento el 15 de diciembre siguiente, Fraga reaparece con un duro ataque contra el inmovilismo y una proclamación sobre la necesidad de una política de centro, que evite los bandazos históricos de la política española. Franco dedicará, en sus últimas confidencias, duros ataques a su anterior ministro de Información; y los editores de esas confidencias han suprimido de ellas otras críticas de Franco contra Fraga todavía mucho más duras.

Franco se quedaba solo, aprisionado en la red de Carrero y los hombres de Matesa. Su reacción se manifestaba en el silencio; dejó de contestar a dos cartas que por entonces le escribió el fundador del Opus Dei, Josemaría Escrivá de Balaguer; comprendió, muy tarde, que el Opus Dei no era la masonería blanca con que él había soñado, sino que otros de sus miembros formaban también en plataformas enemigas de su régimen y serían capaces de pactar con el mismísimo Partido Comunista; y reaccionó terriblemente contra Carrero y contra el cerco a que le sometía poco después del asesinato del almirante. Pero, desde la crisis Carrero-Matesa, Franco se adentraba cada día más en su silencio, en su impotencia y en su soledad. Terminaba pues el año 1969.

El declive de Franco se demuestra por el carácter espaciado y esotérico de sus confidencias; por la lejanía personal en sus apariciones y en sus intervenciones públicas. El 25 de noviembre de ese año Fraga asistía a una cacería junto a Franco. «Le encuentro —dice— viejo y distante, triste y solo; aun así, me dirige una sonrisa

luminosa, como de profunda lamentación». En su mensaje de fin de año, Franco repite su frase célebre: «Todo está atado y bien atado». Para Fraga, en el año 1969 comienza el posfranquismo; y Franco es ya ininteligible para la nación.

Franco ante el proceso de Burgos

El declive de Franco se acelera en los años siguientes; en todo el año 1970 su confidente sólo anota dos entradas de diario, en marzo y abril, sobre temas lejanos; en 1971 una, en enero, y los cuadernos terminan entonces mismo, por agotamiento.

Ante la retracción de Franco, el almirante Carrero podía asegurar el control político del régimen, pero no un horizonte imposible. Sus ministros manifestaban la necesidad de seguir como fuese durante unos años; y luego ya se vería. La única consigna del régimen —que iba agotándose con Franco y había expulsado a los aperturistas— era permanecer. Al iniciarse el año 1970, desaparecía hasta la sombra del viejo SEU, y la Universidad quedaba políticamente a la deriva, dominada por los grupos de extrema izquierda y por el desconcierto general de los estudiantes.

Cuando Fraga visita a Franco el 21 de enero para agradecerle la Gran Cruz de Carlos III, concedida después de su cese, Franco «se emociona casi hasta las lágrimas; me dice que la actual situación será no por mucho tiempo; en la franca entrevista me confirma que le han forzado la voluntad y que está lleno de dudas». Es un testimonio precioso que confirma cuanto acabamos de insinuar sobre la actitud profunda y aislada de Franco en torno a la crisis Matesa.

Al comenzar el mes de febrero de 1970, el Príncipe de España, en un arriesgado y calculado movimiento, concede unas declaraciones a la gran prensa de los Estados Unidos tituladas así por ella: «Juan Carlos promete un régimen democrático». El Príncipe tomaba así distancias políticas del régimen; y mantenía contactos con Estoril —un almuerzo con Areilza— que motivaron un claro distanciamiento y una dura reprensión de Franco: «Ya lo sabe, alteza: o príncipe o persona privada».

Ante esta situación, Franco no puede por menos de tolerar un auténtico acoso que se monta desde el entorno familiar del palacio de El Pardo contra el palacio de la Zarzuela. La operación está dirigida por doña Carmen Polo de Franco, que llega casi al paroxismo cuando su nieta Carmen entra, poco después, en relaciones con don Alfonso de Borbón Dampierre.

Desde el palacio de El Pardo se prodigan a los príncipes las provocaciones y las humillaciones; como si se pretendiera que abandonasen. El aguante de don Juan Carlos y la prudencia de doña Sofía, quienes sabían que el tiempo trabajaba a su favor, ganaron la batalla; contaban con el Franco profundo contra el Franco superficial, cada vez más dominado por su familia desmandada por primera vez.

En este contexto hay que describir los últimos contactos del Príncipe con Franco, durante estos años finales, a los que se refirió don Juan Carlos en la memorable entrevista difundida a través de la BBC-TV en febrero de 1981.

Contaba el ya rey que pidió a Franco entonces asistir a los consejos de ministros para adquirir experiencia. Franco le contestó que no, «porque V.A. tendrá que hacerlo de manera bien diferente». El Franco profundo comparece en los últimos párrafos de sus conversaciones íntimas muy firme en lo acertado de su reciente decisión sucesorio, muy criticada por Salvador de Madariaga y por Santiago Carrillo.

A primeros de abril, Federico Silva se harta de figurar como tapadera en el Gobierno de la crisis Matesa y se marcha. Había quedado impresionadísimo por un desmayo de Franco junto a él durante un viaje de inauguraciones. Cuando poco antes don Juan Carlos persiste, ahora en el plano interior, en su trayectoria independiente, López Rodó le advierte: «No juegue, alteza».

Pero el Príncipe manifiesta ya entonces algo que era para él como una segunda naturaleza, ante las experiencias de su abuelo Alfonso XIII y luego su cuñado Constantino de Grecia: «Yo estoy dispuesto a no irme pase lo que pase. Naturalmente no puede preverse el estado de ánimo en que uno se encontraría si vienen mal dadas, pero ya he hablado con la princesa y estamos decididos a no irnos, ni nosotros ni nuestros hijos. Esto nos dará seguridad; no se atreverán a matar a unos niños». Desde la perspectiva de 1970, pues, puede comprenderse mejor la actitud del Rey el 23 de febrero de 1981.

El general De Gaulle visita a Franco en el palacio de El Pardo a primeros de junio de 1970 y se muestra profundamente impresionado por la personalidad de Franco; ése es su comentario serio, sazonado por el que comunica en Toledo a Gregorio Marañón: «El salmón, buenísimo; pero ¡qué viejo está Franco!»

Leopoldo Calvo Sotelo, muy próximo entonces a Fraga, convoca una gran cena aperturista en su casa, donde todo el mundo aceptaría el liderazgo de Federico Silva Muñoz como cabeza de oposición al inmovilismo gubernamental. Pero Silva se retrae y poco después acepta cargos importantes en las empresas estatales. Fue, sin duda, una gran ocasión perdida. Ya en el verano, a primeros de agosto, eliminado Castiella, Gregorio López Bravo firma sin problemas el convenio de amistad y cooperación con los Estados Unidos.

El nuevo Gobierno Carrero se plegaba con suma facilidad a las exigencias de Norteamérica, cuyo embajador en Madrid, Robert Hill, actuaba como una especie de procónsul. Poco después, el presidente Nixon, en octubre de 1970, pagaba el favor con un viaje a España en el que se deshizo en elogios del Gobierno tecnocrático. Castiella denomina a Franco, en sus conversaciones de la época, «el cansado».

En sabrosas conversaciones con Fraga, Juan Rosón le cuenta muchas intimidades de Televisión Española, utilizada por su director Adolfo Suárez al margen de su ministro Sánchez Bella, en servicio de los designios del almirante Carrero.

Desde mediados de agosto, se abre el sumarísimo 31/69 que se montó como un proceso del régimen contra la ETA; sirvió paradójicamente para resucitar a la ETA y se transformó en una especie de proceso internacional contra el régimen, gracias al

aparato de propaganda exterior del Partido Comunista puesto al servicio de la organización terrorista vasca.

Tampoco es ahora ocasión de trazar los detalles del proceso, sino de subrayar nuevamente el retraimiento de Franco. Hubo, con este motivo, una intensa agitación de la juventud militar, sobre todo en el Arma de Caballería. El consejo de guerra celebrado en Burgos sufrió toda clase de presiones —desde el papa Pablo VI al propio Gobierno Carrero— para que no dictase sentencias de muerte. El clamor de la izquierda europea se hizo ensordecedor. Seis acusados son condenados a muerte, pero Franco decide conmutar a última hora las sentencias. La ofensiva exterior se desvanece, pero no se cancela. Simplemente se aplaza.

La Asamblea Conjunta

Al comenzar el año 1971, y durante sus primeros meses, mientras Franco y su régimen mantienen el ritmo descendente de su declive, se producen importantes acontecimientos que pertenecen más bien a la historia de la transición. A fines de enero de ese año, los príncipes se ganan a los principales dirigentes norteamericanos —en el Estado y en la sociedad— durante el viaje que provoca este significativo comentario de Laureano López Rodó: «Los observadores de todo el mundo se dan cuenta del apoyo americano a la solución sucesoria del régimen».

Muy poco después, el presidente Nixon encarga al jefe adjunto de la CIA, general Vernon Walters, una misión cerca de Franco para sondearle sobre el futuro. Franco convenció al emisario de que la sucesión y la transición transcurrirían ordenadamente; que el Ejército estaba con él y con el Príncipe; y que el presidente podía estar tranquilo sobre la futura paz de España cuando el Caudillo desapareciese. La misión Walters es uno de los hechos capitales de la historia de la transición, como lo es su engarce con la historia del régimen. No por desconocido deja de ser éste uno de los momentos estelares de la vida de Franco, quien por entonces había dado ya las correspondientes instrucciones para que se tolerase el establecimiento de un Partido Socialista —clandestino aún, pero no especialmente perseguido— en una España que ya estaba, como han dicho Amando de Miguel y Manuel Fraga, en el posfranquismo.

En cambio, el afianzamiento de Ruiz-Giménez en aquella época como candidato de centro-izquierda, apoyado incluso por el Partido Comunista, a la sucesión política del régimen no sólo le comprometió personalmente para el futuro, sino que, como anota agudamente Fraga, hizo imposible la implantación de una democracia cristiana con vocación mayoritaria en España, al menos en las primeras fases de la transición.

En el año 1971, mientras nacía muerta una nueva Ley Sindical, los obispos de España se dirigen a sus fieles nada menos que tres veces seguidas. Moría poco antes del verano de 1971 un compañero de Franco: el capitán general Camilo Alonso Vega. En julio de 1970, había muerto el también capitán general Muñoz Grandes. Franco estaba cada vez más solo, y a veces se le escapaba el presentimiento de su no lejana desaparición.

A mediados de septiembre se celebraba en Madrid, tras prolongada preparación táctica y estratégica, la asamblea conjunta de sacerdotes y obispos que trata de condenar con reprobable sentido antihistórico y político la actuación de la Iglesia durante la Guerra Civil; y marca de forma definitiva el despegue de la Iglesia respecto del régimen. En una actuación calificada por él mismo como «golpe de mano», Roma había colocado en la sede de Madrid al cardenal Vicente Enrique y Tarancón el 28 de mayo de 1971. Lo grave es que el consejero del cardenal era un

jesuita socialista radical, el padre José María Martín Patino, que deseaba orientar a la Iglesia en ese sentido.

Este repudio de la cruzada, por parte de la Iglesia sucesora de aquélla que la había proclamado, precede por pocas semanas a la vergonzosa manifestación organizada por el Gobierno Carrero —que era todavía nominalmente un Gobierno Franco— el día 1 de octubre, con el fin de pedir a Franco el indulto para los encausados en el caso Matesa. Ya nos hemos referido a tan triste episodio, que marca el grado más alto de manipulación de Franco a manos de sus presuntos fieles.

Entre los más duros comentarios al caso, figuran los de Rafael Calvo Serer y los del fantasmal Gobierno de la República en el exilio. Una de las consecuencias fue el cierre definitivo del diario *Madrid* tras una orden de Carrero al ministro de Información, Sánchez Bella.

El año terminaba con el anuncio del compromiso matrimonial de la nieta de Franco con don Alfonso de Borbón Dampierre. Franco ha excluido a Fraga de la lista de consejeros nacionales; hojea su libro *El desarrollo político* que le llevó el almirante Nieto Antúnez, pero lo critica indirectamente en su mortecino mensaje de Navidad; y, como resume el propio Fraga, «Franco seguía descendiendo en nivel vital, pero igualmente terco en cuanto a la necesidad de reformas políticas». Y poco más abajo: «Todos los que lo ven (a Franco) confirman que se agravan los temblores de su mano y de su vista. Por todas partes hay una conciencia de una crisis profunda y de una ausencia de liderazgo».

El acoso de El Pardo a la Zarzuela en 1972

A lo largo del año 1972, el declive físico de Franco llegaba a extremos casi increíbles. El autor de este libro le visitó más de una vez. Franco se mantenía enhiesto, saludaba con cordialidad y a veces con emoción, escuchaba con señales de enterarse a fondo, pero respondía de forma monosilábica, si bien revelaba en la hondura de su mirada que su disminuida comunicación era muy inferior a su vida interior. En los consejos de ministros, sus intervenciones eran balbucientes. Al frente de la familia, doña Carmen Polo de Franco apretaba el cerco a los príncipes en el palacio de la Zarzuela y vivía momentos de exaltación inconcebible con motivo de la boda de su nieta Carmen con don Alfonso de Borbón Dampierre.

Al concertarse la boda, la familia Franco trató de recabar informe favorable del Consejo del Reino, como para preparar un enlace regio. Don Alfonso y doña Carmen Polo pretendían el reconocimiento oficial, por parte de Franco, de un título insólito: príncipe de Borbón, con tratamiento anejo de alteza real.

Don Juan Carlos vuela a Estoril; es el primer encuentro de don Juan con su hijo después de la designación como Príncipe de España y vuelve a funcionar el pacto dinástico; los dos se oponen cerradamente a la concesión del principado —ya aceptada por Franco—, y don Juan, en carta al ministro de Justicia, llega a hablar de «seudoderechos». Afortunadamente, algunos originales partidarios de don Alfonso tratan de presentarle también como heredero de la Corona de Francia, con lo que le ponen en un serio compromiso.

Franco, dominado por su familia, se queja ante Antonio Oriol: «Quisiera saber de dónde sale la maniobra: don Alfonso tenía título de príncipe y ahora que se casa con mi nieta se lo quieren quitar». La familia de Franco pierde los nervios a medida que se acerca la fecha de la boda. Don Alfonso visita al secretario general técnico del Ministerio de Justicia, Marcelino Cabanas, para comunicarle que no considera válida la renuncia de su padre don Jaime al trono; el ambicioso nieto de don Alfonso XIII se siente muy fuerte y respaldado en aquellos momentos, y comunica a Cabanas que acepta la sucesión de su primo Juan Carlos, porque es legal y «porque resultaría complicada su derogación» nada menos. Se quejaba también de no haber recibido nada a cambio de su actuación como testigo en la aceptación de don Juan Carlos.

Cabanas se mantiene firme y su ministro, Oriol, no accede a que en el acta de matrimonio figure don Alfonso como príncipe. Don Jaime, manipulado, se atreve a conceder a Franco las insignias del Toisón de Oro en su calidad —pretendida— de jefe de la Casa de Borbón. Franco no abre la caja, pero tampoco devuelve las insignias. Cuando se aproximaba el nacimiento del primer bisnieto de Franco,

Carrero se presentó en el palacio de la Zarzuela con un decreto en el que se designaba a don Alfonso príncipe de Borbón. Pretendía la aprobación previa por parte de don Juan Carlos. El Príncipe se niega. Le dice tajantemente que Franco puede hacerlo, pero nunca a petición del sucesor. Carrero contraataca: «Un rey debe ser generoso». Don Juan Carlos replica que el descrédito recaería sobre el Caudillo; que él no pasa por ello; que alguien tiene que decírselo a Franco. Carrero le pide al Príncipe que vaya. Así lo hace inmediatamente, a través de la carretera que unía los dos palacios. Don Juan Carlos expone a Franco el problema con claridad y firmeza. Le convenció. De acuerdo con su padre, don Juan Carlos sugiere que el nuevo matrimonio use el ducado de Cádiz, como el famoso e impotente rey Francisco, el frustrado marido de doña Isabel n. Pero estos movimientos ocurrirán en el otoño.

La boda se celebró el 8 de marzo, oficiada por el cardenal Tarancón. La familia Franco ha logrado un sueño imposible: entroncar con la realeza de manera un tanto forzada, pero oficial. Franco les concederá, con el ducado, el tratamiento de altezas reales. Cuando nazca un hijo, tanto doña Carmen Polo como la marquesa de Villaverde se referirán a él en sus conversaciones privadas como «el Señor». En el protocolo helado de El Pardo, la nueva duquesa de Cádiz tendrá preferencia sobre su abuela y sobre su madre. «Doña Carmen está fuera de sí con la boda», se comentaría en el palacio de la Zarzuela.

Don Alfonso quería, además, un nombramiento. No le convenía la Embajada en Suecia. Ya en el otoño pidió el Ministerio de Deportes, y de momento la Delegación Nacional del ramo. Un ministro del Gobierno pidió al delegado, Juan Gich, que cediera el puesto, a cambio de otro. El ministro de quien dependía el deporte, Fernández Miranda, reprendió a su colega y el nombramiento no se produjo. Pero el colega había obrado a instancias de Franco. Por entonces las vanguardias comunistas saltaban ya sobre las últimas defensas de Vietnam, Nixon se disponía a viajar a Moscú, la extrema izquierda española surgía en varios partidos como la más poderosa de Europa, y un fiel servidor de Franco, el señor Catoira, disimulaba el cansancio del Caudillo en el Desfile de la Victoria, sentándole sobre un bastón-silla de golf.

Don Juan Carlos marchó a Estoril para el día de San Juan; los consejeros de su padre preparan y publican unas declaraciones que comprometen al Príncipe y provocan la indignación de un Franco a la deriva. A su regreso, don Juan Carlos advierte que Franco ha sufrido un amago de trombosis en una pierna; la amenaza se ha conjurado pero sigue latente, aunque se mantiene secreta. Se incuba en Washington el escándalo Watergate. La Iglesia confirma como presidente de la Conferencia Episcopal al cardenal de Madrid, Tarancón, y elimina como secretario a José Guerra Campos.

A mediados de marzo estalla un nuevo escándalo que afecta a las cumbres del régimen: el aceite de Redondela, el caso REACE. Se han evaporado cuatro millones de kilos de unos depósitos gallegos controlados (tan deficientemente como puede verse) por la Comisaría de Abastecímientos y Transportes, dependiente del Ministerio

de Comercio. Varias pistas importantes conducen hacia Nicolás Franco Bahamonde. Se echa tierra encima al caso; la tierra de varios muertos en circunstancias extrañísimas, todos ellos más o menos complicados en el asunto. El Rey Hassan de Marruecos se libra de milagro cuando aviones militares atacan al Boeing en el que regresa desde Barcelona; luego se sabrá que es un golpe de estado tramado por el general Ufkir. A finales de junio, la Policía detiene en una casa religiosa de Pozuelo a los principales dirigentes de Comisiones Obreras; se montará sobre el caso el célebre Proceso 1.001, otra clave de la transición.

En el XII Congreso del PSOE, celebrado durante el verano en Francia, se afianza el liderazgo de Felipe González y el Grupo Socialista de Sevilla para el futuro. En el contemporáneo VIII Congreso del PCE, los comunistas españoles velan también armas para su retomo a la lucha política interior.

El 12 de octubre de 1972 los príncipes están en Estoril para la boda de la princesa Margarita con el doctor Carlos Zurita Delgado. Este es el momento en el que se decide la concesión del ducado de Cádiz para don Alfonso y la nieta de Franco, no sin que la familia Franco intentase de nuevo arrancar al Caudillo la concesión del principado de Borbón. Este es también el momento en el que don Alfonso trata de cambiar la Embajada en Suecia por el Ministerio de Deportes. Era ya nieto político de Franco, iba a dar a Franco un bisnieto y quería recibir, como él mismo había adelantado, algo a cambio. Hubo de contentarse con la presidencia más o menos simbólica del Instituto de Cultura Hispánica. El 22 de noviembre nace Francisco, el deseado bisnieto, y, en medio de la ebullición que tal acontecimiento suscitó en la familia, dos inteligentes ministros de Carrero comentaban la dramática situación del Caudillo. «Comenté con López Bravo la decadencia física de Franco —dice López Rodó—, que ya no abría la boca en los consejos de ministros y a veces se quedaba adormilado. Hemos de suplir sus limitaciones; no podemos seguir actuando cada cual por nuestra cuenta. No hay Gobierno». López Rodó propone a López Bravo que sea él quien actúe de coordinador.

Terminaba el año en el desconcierto y en el esperpento. El 7 de diciembre el almirante Carrero acusa a la Iglesia en el Pleno de las Cortes de ingratitud al régimen, y le echa en cara los trescientos mil millones de pesetas que ha recibido del Estado desde 1939. La víspera, el autor de este libro publica en *ABC* el editorial «Comprender a la Iglesia». El 31 de diciembre, *La Codorniz* había encerrado en su famosa «cárcel de papel» a S.A.R. el duque de Cádiz y publicaba un insinuante artículo de Juan Español (hijo), seudónimo del diplomático Carlos Robles Piquer, cuñado de Fraga, en el que ponía en solfa al almirante Carrero. El régimen no pudo tolerar semejante desafío; un Consejo de Ministros decidió, con Franco inerte, el secuestro de *La Codorniz* y Robles Piquer, ex director general y futuro ministro, fue enviado a las arenas del desierto de Libia como embajador de España. El régimen de Franco no podía ya aguantar a *La Codorniz*; su final estaba cantado.

Este Episodio debe terminar aquí. El lector puede engarzarlo con los que dedicamos a la historia de la transición, relativos a la agonía y la muerte de Franco.

RICARDO DE LA CIERVA Y HOCES. (Madrid, 9 de noviembre de 1926 - Madrid, 19 de noviembre de 2015). Licenciado y Doctor en Física, historiador y político español, agregado de Historia Contemporánea de España e Iberoamérica, catedrático de Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Alcalá de Henares (hasta 1997) y ministro de Cultura en 1980.

Nieto de Juan de la Cierva y Peñafiel, ministro de varias carteras con Alfonso XIII, su tío fue Juan de la Cierva, inventor del autogiro. Su padre, el abogado y miembro de Acción Popular (el partido de Gil Robles), Ricardo de la Cierva y Codorníu, fue asesinado en Paracuellos de Jarama tras haber sido capturado en Barajas por la delación de un colaborador, cuando trataba de huir a Francia para reunirse con su mujer y sus seis hijos pequeños. Asimismo es hermano del primer español premiado con un premio de la Academia del Cine Americano (1969), Juan de la Cierva y Hoces (Óscar por su labor investigadora).

Ricardo de la Cierva se doctoró en Ciencias Químicas y Filosofía y Letras en la Universidad Central. Fue catedrático de Historia Contemporánea Universal y de España en la Universidad de Alcalá de Henares y de Historia Contemporánea de España e Iberoamérica en la Universidad Complutense.

Posteriormente fue jefe del Gabinete de Estudios sobre Historia en el Ministerio de Información y Turismo durante el régimen franquista. En 1973 pasaría a ser director general de Cultura Popular y presidente del Instituto Nacional del Libro Español. Ya en la Transición, pasaría a ser senador por Murcia en 1977, siendo nombrado en 1978

consejero del Presidente del Gobierno para asuntos culturales. En las elecciones generales de 1979 sería elegido diputado a Cortes por Murcia, siendo nombrado en 1980 ministro de Cultura con la Unión de Centro Democrático. Tras la disolución de este partido político, fue nombrado coordinador cultural de Alianza Popular en 1984. Su intensa labor política le fue muy útil como experiencia para sus libros de Historia.

En otoño de 1993, Ricardo de la Cierva creó la Editorial Fénix. El renombrado autor, que había publicado sus obras en las más importantes editoriales españolas (y dos extranjeras) durante los casi treinta años anteriores, decidió abrir esta nueva editorial por razones vocacionales y personales; sobre todo porque sus escritos comenzaban a verse censurados parcialmente por sus editores españoles, con gran disgusto para él. Por otra parte, su experiencia al frente de la Editora Nacional a principios de los años setenta, le sirvió perfectamente en esta nueva empresa.

De La Cierva ha publicado numerosos libros de temática histórica, principalmente relacionados con la Segunda República Española, la Guerra Civil Española, el franquismo, la masonería y la penetración de la teología de la liberación en la Iglesia Católica. Su ingente labor ha sido premiada con los premios periodísticos Víctor de la Serna, concedido por la Asociación de la Prensa de Madrid y el premio Mariano de Cavia concedido por el diario *ABC*.